
OBRAS DE MANUEL ACUÑA

Obras de MANUEL ACUÑA

Man. Acuña



NUEVA EDICIÓN ILUSTRADA

OBRAS

DE

MANUEL ACUÑA

CON UN PRÓLOGO

DE

Juan de Dios Peza

BARCELONA

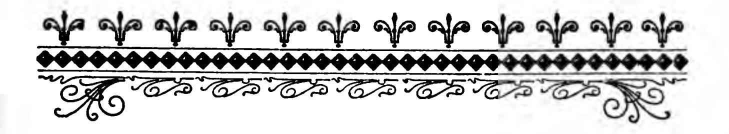
Casa Editorial Maucci.—Consejo de Ciento, 296

Buenos-Ayres
Maucci Hermanos
Cuyo, 1070

México
Maucci Hermanos
1.ª Del Relox, 1

1898

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.



Manuel Acuña



ODO se vá, todo se muere. A medida que se avanza en el camino del mundo, se van dejando pedazos del corazón sobre la fosa de cada uno de de los seres queridos que nos abandonan para siempre.

Hoy es un triste aniversario para las letras nacionales: hace veinticuatro años—¡parece que fué ayer!—que el poeta más inspirado de la generación de entonces, puso fin á sus días cegado por no sabemos qué internas y pavorosas sombras.

Vivíamos él y yo tan ligados, fuimos tan íntimos ami-os, que puedo asegurar, sin jactancia, que pocos le estu-aron como yo tan de cerca, por lo cual juzgo un deber arrarlo sobre su vida y sobre su muerte, en esta tristísi a fecha, no sólo porque á través de los años se ha adul-ado su historia, sino también porque muchos se intere-

san cuando leen sus versos en saber con toda la verdad posible cómo era, cómo vivió y cómo murió el infortunado poeta.

Así es que refundiendo antiguos apuntamientos, enlazando recuerdos que todavía están frescos en mi memoria, y juzgando con mayor experiencia lo que en aquella época no pude apreciar, encuentro ocasión oportuna para escribir un artículo en que han de campear la verdad y la justicia.

*
* *

Manuel Acuña nació en el Saltillo, capital del Estado de Coahuila, el año 1849, y vino de catorce años, ó poco menos, á esta ciudad de México, entrando como alumno interno en el colegio de S. Ildefonso. Hace él tiernísima referencia á su salida de la tierra de su padre;

«Sus brazos me estrecharon
Y después á los pálidos reflejos
Del sol que en el crepúsculo se hundía,
Sólo vi una ciudad que se perdía
Con mi cuna y mis padres á lo lejos»

Cursó con notorio talento los años de latinidad, matemáticas y filosofía y pasó á esa histórica Escuela de Medicina de donde han salido tantas lumbreras de las letras y de las ciencias.

Lo recuerdo como si lo viera en la víspera de su fin trágico. Delgado de contextura, con la frente limpia y tersa sobre la cual se alzaba rebelde el obscuro cabello echado hacia atrás y que parecía no tener otro peine que la mano indolente que solía mesarlo; cejas arqueadas, espesas y negras, ojos grandes y salientes como si se escaparan de las órbitas; nariz pequeña y afilada; boca chica, de labio

inferior grueso y caído, ornada por un bigote recortado en los extremos; barba aguzada y con hoyuelos; siempre vestido con levita obscura de largos faldones, rápido en el andar y algo dificultoso en su palabra.

Triste en el fondo pero jovial y punzante en sus frases, sensible como un niño y leal como un caballero antiguo; le atormentaban los dolores ajenos y nadie era más activo que él para visitar y atender al amigo enfermo y pobre.

Vivía en el corredor bajo del segundo patio de la Escuela de Medicina, en el cuarto número 13, el mismo cuarto que ocupó Juan Díaz Covarrubias y del cual salió para ser infamemente fusilado en Tacubaya el 11 de Abril de 1859.—Acuña tenía siempre en su derredor un cortejo de amigos que lo amábamos sin doblez, sin rencillas, sin envidia de su genio, sin censurar sus extravagancias, evitándole todos los disgustos y siendo los primeros en aplaudir sus obras. De ese cortejo han muerto Agustín F. Cuenca, Gerardo M. Silva, y viven, Javier Santa María, Juan B. Garza, Gregorio Oribe, Francisco Ortiz, Miguel Portillo, Antonio Coellar y Argomaniz, Juan de Dios Villalón y Vicente Morales que ha sido Secretario de nuestras Legaciones en Wáshington y en Italia.

Nosotros habíamos presenciado de cerca los trabajos de aquel adolescente sublime; con las lágrimas en los ojos le vimos salir á la escena en medio de aplausos atronadores, conducido por el eminente José Valero y por Salvadora Cairón, en la noche del estreno de su drama *El Pasado*; temblando de gozo le admiramos cuando hizo en unos funerales estremecerse á los viejos y sabios maestros diciendo:

«La muerte no es la nada
Sino para la chispa transitoria
Cuya Luz ignorada
Pasa sin alcanzar una mirada
De la pupila augusta de la historia.»

O cuando con su brindis titulado «Un rasgo de buen humor» hizo que lo miraran sonriendo aquellos sabios severos que se llamaron Río de la Loza, Vertiz y Barreda.

Nosotros recogíamos con cuidado fraternal cada periódico en que aparecían sus versos, guardábamos los párrafos en que lo elogiaban y nos sentíamos felices con mirarle recibir cartas de su hogar lejano, y después de leerlas, besar la firma de su madre diciendo: «¡Hace muchos años que no la veo! Pobrecita! Ya sólo me conoce en retrato.»

Esa ausencia lo mataba. Leed su poesía «Entonces y hoy,» escrita con las lágrimas más tiernas del fondo de su pecho y veréis que es una verdad la que os digo.

El viernes 5 de Diciembre de 1873, anduvimos juntos desde la mañana y nos fuimos por la tarde á la Alameda. El viento arrancaba las hojas amarillentas de los fresnos y de los chopos que al caer bajo los pies del poeta atraían sus miradas de mayor tristeza.

«Mira—me dijo mostrándome una de esas hojas que aún guardo seca por haber señalado con ella un capítulo del libro que leíamos aquella tarde;—Les feuilles d' Automne» de Víctor Hugo—mira: una ráfaga helada la arrebató del tronco antes de tiempo!

Allí me recitó la poesía «El Génesis de mi vida» que alguien extrajo de sus papeles el día de su muerte. Era una poesía lindísima de la cual vagamente recuerdo uno que otro verso. Ya sentados en una banca de piedra me dijo: «Escribe» y me dictó el soneto «A un arroyo» poniéndome después de su puño y letra una cariñosa dedicatoria. Este soneto es el último que escribió; muchos creen que el «Nocturno» es su obra postrera, pero sus amigos nos sabíamos de memoria esos versos desde tres meses antes de aquel día á que me refiero.

A propósito del «Nocturno» haré una digresión interesante. Una mañana estando en Saltillo, salimos muy temprano Jesús M. Rábago y yo, pues íbamos de expedición fuera de la ciudad. La parroquia dá su espalda al Orien-

te, así es que el sol se alzaba detrás de la torre y enfrente, rumbo al Ocaso, se extiende una calle en que Acuña vivió cuando era niño. Al fijarse en esto me dijo Rábago: Vea V. cómo es verdad aquello de:

«El sol de la mañana
detrás del campanario,
y abierta allá á lo lejos
la puerta del hogar.»

Pero reanudemos el hilo de los acontecimientos.

Abandonamos la Alameda á la hora del crepúsculo, lo dejé en la puerta de una casa de la calle de Santa Isabel y me dijo al despedirnos:

—Mañana á la una en punto te espero sin falta.

—En punto?—le pregunté.

—Si tardas un minuto más...

—Qué sucederá?

—Que me iré sin verte.

—Te irás adónde?

—Estoy de viaje... sí... de viaje... lo sabrás después.

Estas últimas palabras cayeron sobre mi alma como gotas de fuego. Quise preguntarle más; pero él se metió en aquella casa y yo me fuí triste y malhumorado como si hubiera recibido una noticia infausta.

Yo sólo sabía que aquel gigantesco espíritu estaba enfermo y temía una crisis.

Acuña llegó algo tarde á la Escuela en aquella noche; rompió y quemó muchos papeles que tenía guardados; escribió varias cartas listadas de negro, una para su ausente [illegible]dre, otra para Antonio Coellar, otra para Gerardo Silva [illegible]los para unas amigas íntimas. Dicen que al día siguien[illegible]se levantó tarde, arregló su habitación, se fué después [illegible]baño, volvió á su cuarto á las doce, y sin duda en esos [illegible]mentos, con mano segura y firme escribió las siguien[illegible] líneas:

«Lo de menos era entrar en detalles sobre la causa de mi muerte, pero no creo que le importe á ninguno; basta con saber que nadie más que yo mismo es el culpable— Diciembre 6 de de 1873.—Manuel Acuña»

Salió después á los corredores, estuvo conversando de asuntos indiferentes, y cerca de las doce y media volvió á meterse á su cuarto.

Fácil es presumir lo que sucedió entonces. Yo llegué á visitarlo á la una y minutos, porque un amigo me detuvo en la puerta de la Escuela. Encontré sobre la mesa de noche una bujía encendida y á Acuña tendido en su cama con la expresión natural del que duerme.

Toqué su frente guiado por extraño presentimiento y la encontré tibia; alcé en uno de sus ojos un párpado y la expresión de la pupila me aterró; volví entonces con sobresalto el rostro hácia la mesa de noche y me encontré en ella, junto á la vela, un vaso en que se apoyaba el papel que antes he copiado. Me incliné para leerlo y un acre olor de almendras amargas me descorrió el velo de aquel misterio.

Aturdido, loco, llamé á los entonces estudiantes y hoy médicos Vargas, Villamil y Oribe, que vivían en el cuarto de junto. Oribe se precipitó sobre el cadáver queriendo volverlo á la vida y le hizo una insuflación de boca á boca, á tiempo que Vargas movía el torax para producir la respiración artificial.

Todo fué en vano. Oribe cayó presa de un vértigo intoxicado por el olor del cianuro, pues Acuña había apurado cerca de dos dracmas de esta substancia.

La fatal noticia circuló instantáneamente en la Escuela. El prefecto del establecimiento, Dr. Manuel Domínguez, los médicos y los alumnos que á esa hora estaban allí, acudieron al lugar del siniestro y rivalizaron en empeño y actividad para tratar de devolverle la vida ¡la vida que una hora antes le había abandonado!

Llegó á pocos momentos mi amigo Francisco Sosa, y á

las cuatro de la tarde el Sr. Gaxiola, Juez en turno, que dictó las medidas oportunas, concediendo que fuéra en la Escuela de Medicina y no en el Hospital de San Pablo donde se hiciera la autopsia del cadáver.

Los miembros todos de la «Bohemia literaria» visitaron por la tarde al poeta muerto, que al anochecer fué colocado en la excapilla de la Escuela.

Alejandro Casarin acompañado del inolvidable Alamilla, sacó en yeso blando la mascarilla del rostro, para hacer un busto y trazó á lápiz un magnífico retrato.

El cadáver estuvo constantemente velado por los alumnos de la Escuela, quienes lo inyectaron á todo costo y con todas las reglas de la ciencia.

El miércoles, diez, fué el entierro, que tuvo una pompa y una majestad inusitadas. A las nueve de la mañana un inmenso gentío llenaba la plazuela de Santo Domingo, en tanto que en el interior de la Escuela de Medicina se agrupaban los representantes de las sociedades científicas, literarias y de obreros.

Los hombres más notables, los profesores más distinguidos, estaban allí dispuestos á acompañar al infortunado soñador de veinticuatro años. El gran Ignacio Ramírez había dicho al saber la muerte de Acuña: «Es una estrella que se apaga.» Altamirano que lo distinguía y mimaba como á un hijo, habíase sentido enfermo de pesar con la triste noticia, y el sabio Río de la Loza á pesar de sus arraigadas convicciones religiosas, ordenó como director de la Escuela, que no se omitieran gastos para enterrar á Acuña como lo exigía su talento.

Para no mutilar aquel cadáver querido, se extrajo del e mago el veneno con una bomba exofagiana, y después l nyectaron cuidadosamente los más inteligentes alumn . Durante el tiempo que estuvo tendido y expuesto al p blico en la ex capilla de la Escuela, se recibieron mult d de coronas y de ramilletes remitidos por corporacion y admiradores particulares. Sea por el efecto del em-

balsamiento, sea porque los tejidos se estrecharon por la rigidez, el hecho es que de los cerrados ojos del poeta estuvieron brotando lágrimas constantemente: lloraba, como lo había dicho en una estrofa:

«¡Cómo deben llorar en la última hora
Los inmóviles párpados de un muerto!»

A las diez los amigos íntimos de Acuña cargamos en hombros su cadáver y salimos de la Escuela en medio de un silencio y de una consternación profunda.

Detrás de nosotros iban los comisionados de las Sociedades Literarias presidiendo las del «Liceo Hidalgo,» la «Concordia» y el «Porvenir;» de las científicas presididas por la de Geografía y Estadística y la Filoiátrica, una diputación del Gran Círculo de Obreros y después todos los invitados. Por detrás iba el carro fúnebre más elegante de la capital llevando en su remate una lira de oro con las cuerdas rotas y sobre ella la corona alcanzada por el poeta en el estreno de su drama.

En pos del carro fúnebre iban más de cien carruajes particulares.

El cortejo recorrió las calles de la Cerca de Santo Domingo, Esclavo, Manrique, San José el Real, San Francisco, San Juan de Letrán y Hospital Real, continuando en línea recta hasta el cementerio del Campo Florido.

Allí, bajo un cobertizo de madera en donde se puso una tribuna se le tributaron los últimos honores.

Los alumnos Manuel Rocha, Porfirio Parra y Francisco Frías y Camacho hablaron en nombre de la Sociedad Filoiátrica y Gustavo Baz en nombre del Liceo Hidalgo. En seguida ocupó la tribuna Justo Sierra.—Acuña quería con profunda ternura á Justo, le miraba como á hermano sabio y erudito y la aparición de éste en aquellos instantes causó inmensa sensación en todos los presentes.

Dice Franz Cosmes en una crónica de entonces, al hablar de Justo Sierra, lo siguiente:

«Sólo los que hayan oido alguna vez esa palabra poderosa, hija de un cerebro de luz y de un corazón de fuego, podrán concebir hasta donde se remontó esa imaginación audaz, llorando sobre el cadáver de su hermano. No era un dolor común el que expresaba, era el grito de desesperación de la humanidad por la pérdida de uno de sus apóstoles, el sollozo trémulo de la poesía por la muerte de uno de sus hijos.»

«El sólo pudo comprender esas aspiraciones sin límites del poeta que en un mundo raquítico se ahogaba.»

En efecto, sólo Sierra condensó la vida del poeta en admirables versos captándose la respetuosa veneración del auditorio desde que comenzó diciendo:

«Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
De un porvenir feliz, todo en una hora
De soledad y hastío,
Cambiaste por el triste
Derecho de morir, hermano mío!»

Hablaron después en nombre de la sociedad «El Porvenir» los señores Ramírez de Arellano y Francisco de A. Lerdo; luego el inspirado José Rosas Moreno leyó una poesía hermosísima; ocuparon la tribuna Eduardo E. Zarate y José Rafael Alvarez por la Sociedad Literaria «La Concordia;» Pedro Porrez, Vicente Fuentes, Alberto del Frago que leyó unos versos de José María Valenzuela y Becerril, José Carrillo, Julián Montiel y el último el que ---tas líneas escribe.

Hablé en nombre de los amigos íntimos de Manuel: te- yo entonces veintiún años y hablé llorando...

A las doce del día el primer puñado de tierra cayó so- el ataúd, la piqueta del sepulturero resonó huecamen- en aquel sitio y todos nos separamos conmovidos.

«¡Ay! de aquella mañana á esta mañana,
de aquel sol á este sol.

como dice el poeta, han corrido fugaces veinticuatro años.

Debajo de la tierra en que ya han brotado flores nuevas, ocultos por un manto de fresco césped sobre el cual arrastra el viento las hojas secas, durmiendo están para no despertar nunca, muchos de los maestros, de los amigos y de los compañeros del poeta: Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Flores, Rosas, Moreno, Francisco Lerdo, Plaza, Alamilla, Manuel Ocaranza, pero sería larga é interminable la lista de los que han bajado á la eterna sombra.

Los versos de Acuña han recorrido todos los dominios de la lengua castellana y en todas partes los admiran y los repiten, pues entre ellos hay muchos que bastan para revelar su genio.

Acuña fué víctima del hastío, de la nostalgia moral, de esa enfermedad sin nombre que marchita las flores del alma cuando apenas están en capullo. En sus últimos días vivía de una manera extraña: sus vigilias eran constantes; leía y escribía hasta el amanecer; gustaba de tomar un café espeso, al que llamaba Manuel Flores «el néctar negro de los sueños blancos» y aparentaba una jovialidad que servía de antifaz á su secreta tristeza.

Su trágica muerte es el resultado de un estravío cerebral: nadie aparece como causa de ella y son consejas triviales las que corren en boca del vulgo.

En el Saltillo han honrado su memoria construyendo un precioso teatro que lleva su nombre y que tiene el patio en forma de lira.

En México, debido al constante empeño de algunos de sus amigos especialmente de Luis A. Escandón y de Agapito Silva, se le construyó un monumento que en esta fecha está concluido ya en el cementerio de Dolores, á don

de han sido con orden de la Autoridad trasladados sus restos.

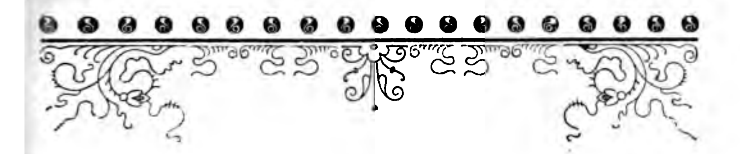
Dicen que al exhumar los restos en la mañana del veintinueve de Noviembre, encontraron intacta la ropa, cubriendo los huesos; tenía todo el cabello que cayó del cráneo al primer impulso del aire, y el Dr. Abel F. González le encontró en la bolsa del chaleco una peseta del año de 1830.

Acuña «si tan prematuramente no se roba á su propia gloria» como me dice hablando de él el inspirado Núñez de Arce, sería hoy una de las más altas personalidades literarias de México. Las composiciones que dejó escritas revelan todo lo que pudo llegar á ser: el destino apagó la llama de su vida, pero no logrará extinguir su imperecedera memoria.

Juan de Dios Peza

México, 1897





OBRAS DE MANUEL ACUÑA

Á LA

SOCIEDAD FILOIATRICA

EN SU INSTALACIÓN

¿Hasta cuándo llegará el dia en que se aprecie más el hombre que enseña que al hombre que mata?

M. Ocampo.

Sombras gigantes de Scipión y Ciro,
De César y Alejandro,
Nos os alcéis de la tumba á mis acentos;
Que si es verdad que vuestra gloria admiro,
Me espanta vuestra gloria resonando
Entre ayes de dolor y entre lamentos.

2

Yo no canto á vosotros, cuyos lauros
En la sangre crecidos
Respiran con el aire de la muerte;
Yo no canto á vosotros los temidos,
Los que formáis las leyes con la espada
Sin tener más derecho que el del fuerte.
Vuestros nombres sublimes
No hacen arder la sangre de mis venas;
Yo canto á Atenas enseñando á Roma,
No canto á Roma conquistando á Atenas.
Como el águila audaz que surca el viento
En pos de espacio que bastante sea
Para dar á sus alas movimiento,
Lo mismo mi alma cuando hallar desea
La luz de la poesía,
No busca sus raudales en la noche,
Sino en la aurora al despuntar el día;
Y al encontrar la llama indeficiente
De la verdad sagrada,
Mi pecho entonces se electriza y siente,
Y de mi lira tosca y olvidada,
Brotan cantares que sonar quisieran
Desde el nuevo hasta el viejo continente.

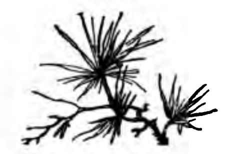
Era la sombra: entre su negro manto
Vegetaban los hombres,
Nutriéndose con penas y con llanto,
Sin otra ciencia que sufrir humildes
Del infortunio las amargas leyes,
Y sin otros señores que verdugos
Con el pomposo título de reyes.
Esqueletos del cuerpo
Y esqueletos del alma.
Los seres como Dios, no eran entonces
El Adán pensador del primer día,

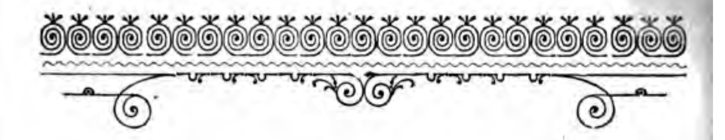
Sino siervos que ató, con mano airada,
A su carro triunfal la tiranía.
Momias vivientes que al dejar el mundo
Para volver al hueco del osario,
Legaban á sus hijos en recuerdo
La cicuta del Sócrates profundo
Y la sangre del Cristo del Calvario.
Y así pasaron siglos y más siglos
Que de su inmensa huella en la distancia
Solo dejaban sombras y vestiglos,
Vagando entre las nieblas
De la noche sin fin de la ignorancia.
Mas de pronto la luz del pensamiento
Iluminó vivífica y radiante
De la santa Razón el firmamento,
Y Dios apareció, bello y gigante,
Haciendo despeñarse en el abismo
Al soplo de sus labios soberanos
El sangriento puñal de los tiranos
Y la máscara vil del fanatismo.
Entonces fué cuando la Europa vía,
Trémula y espantada,
La mansión ignorada
Que la voz de Colón le predecía,
Y á Franklin elevándose al espacio
De su genio atrevido tras la huella,
Para robar á la rojiza nube
El fuego aterrador de la centella.
Entonces fué cuando se alzó la ciencia,
Disipando las sombras
Que huyeron en tropel á su presencia;
Y entonces cuando Méjico miraba
En la mansión maldita
Del crimen y del miedo,
En vez de la cadena y del levita

La figura grandiosa de Escobedo.
Y no tembléis al recordar la historia
Del lugar maldecido,
Donde el buitre feroz de la ignorancia
Ocultó sus polluelos y su nido;
No tembléis á la tétrica memoria
Del calabozo inmundo
Repitiendo los últimos lamentos
Del mártir moribundo;
Ya está lavada de su impura mancha
La guarida del crimen,
Que hasta la infamia misma desparece
Donde las huellas del saber se imprimen.
En vez de los verdugos,
Y del hirviente plomo y el veneno,
La Medicina que consuela y sana'
Y los hijos de Herófilo y Galeno.

Sublime redención, misión sublime
La del que sufre al consolar las penas,
La del que llora y gime
Al enjugar las lágrimas ajenas;
Misión de caridad y bienandanza,
Empezada por Cristo en el Calvario,
Que redime y que canta en su santuario
Los himnos del amor y la esperanza.
Seguidla, pues, vosotros, que impasibles
Desafiáis á la muerte y los pesares;
Y si queréis que el mundo agradecido
Conserve vuestro nombre en la memoria,
Y que os levante altares,
Seguid vuestro sendero bendecido,
Que al fin de ese sendero está la gloria;
Y continuad sin dirigir la vista
Al espinado y escabroso suelo,

Y si ansiáis la conquista
Del lauro inmarcesible de la fama,
Elevad vuestros ojos hasta el cielo
Donde está quien os mira y quien os llama.
Y no penséis en la escarpada roca,
Ni en la espina punzante
Que atraviesa la planta que la toca;
No cejéis ni un instante
En vuestra noble y celestial carrera,
¡Adelante...! ¡Adelante...!
Aún está muy distante
La corona de rosas que os espera.





LA BRISA

(IMITACIÓN)

A MI QUERIDO AMIGO J. C. FERNÁNDEZ



Aliento de la mañana
Que vas robando en tu vuelo
La esencia pura y temprana
Que la violeta lozana
Despide en vapor al cielo:

Dime, soplo de la aurora,
Brisa inconstante y ligera,
¿Vas por ventura á esta hora
Al valle que te enamora
Y que gimiendo te espera?

¿O vas acaso á los nidos
De los jilgueros cantores
Que en la espesura escondidos,
Te aguardan medio adormidos
Sobre sus lechos de flores?

¿O vas anunciando acaso,
Soplo del alba naciente,

Al murmurar de tu paso,
Que el muerto sol del Ocaso
Se alza ya niño en Oriente?

Recoje tus leves alas,
Brisa pura del Estío,
Que los perfumes que exhalas
Vas robando entre las galas
De las violetas del río.

Detén tu fugaz carrera
Sobre las risueñas flores
De la loma y la pradera,
Y ve á despertar ligera
Al ángel de mis amores.

Y dila, brisa aromada
Con tu murmullo sonoro,
Que ella es mi ilusión dorada,
Y que en mi pecho grabada
Como á mi vida la adoro.





YA SE POR QUE ES

DOLORA

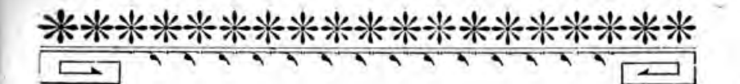
A ELMIRA

Era muy *niña* María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué se sonríen
Las flores tan dulcemente,
Cuando las besa el ambiente
Sobre su aromada tez?
—Ya lo sabrás más delante,
Niña amante,
La contesté yo... ¡después!
Y más tarde, una mañana,
La niña pura y hermosa,
Al entreabrirse una rosa,
Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*
Y la graciosa criatura,
Blanca y pura
Se ruborizó... y después,
Ligera como las aves
Que cruzan por la campiña,
Corrió hacia el bosque la niña

Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Y yo la seguí jadeante,
Palpitante
De ternura y de interés,
Y... oí un beso dulce y blando,
Y una voz después del beso,
Que fué á perderse en lo espeso,
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Era muy *joven* María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué la azucena
Se abate y llora marchita
Cuando el aura no la agita
Ni besa su blanca tez?
—Ya lo sabrás más delante,
Niña amante,
Le contesté yo... ¡después!
Y más tarde ¡ay! una noche,
La joven de angustia llena,
Al ver triste á una azucena,
Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*
Y ahogando un suspiro ardiente,
La inocente
Me vió llorando... y después,
Corrió al bosque, y en el bosque
Esperó mucho la bella,
Y al fin... se oyó una querella
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Era muy *linda* María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué se sonríe
El niño en la sepultura,
Con una risa tan pura,

Con tan dulce sencillez?
Ya lo sabrás más delante,
Niña amante,
La contesté yo... ¡después!
Y... murió la pobre niña,
En vez de llorar, sonriendo,
Y voló al azul, diciendo,
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Ya lo ves, mi hermosa Elmira,
Quien delira
Sufre mucho, ¡ya lo ves!
Y así, ilusiones, ni encanto,
Ni acaricies ni mantengas,
Para que, al llorar, no tengas
Que decir: *¡Ya sé por qué es!*





YA VERAS

DOLORA

(IMITACIÓN)

Goza, goza, niña pura,
Mientras en la infancia estás,
Goza, goza esa ventura
Que dura lo que una rosa.
—Qué, ¿tan poco es lo que dura?
—Ya verás, niña graciosa,
Ya verás.

Hoy es un verjel risueño
La senda por donde vas;
Pero mañana, mi dueño,
Verás abrojos en ella.
—Pues qué, ¿sus flores son sueño?
Sueño nada más, mi bella,
Ya verás.

Hoy el carmín y la grana
Coloran tu linda faz;
Pero ya verás mañana
Que el llanto sobre ella corra...
—Qué, ¿los borra cuando mana?

—Ya verás como los borra,
Ya verás.

Y goza, mi tierna Elmira,
Mientras disfrutas de paz;
Delira, niña, delira
Con un amor que no existe,
—Pues qué, ¿el amor es mentira?
—Y una mentira muy triste,
Ya verás.

Hoy ves la dicha delante
Y ves la dicha detrás;
Pero esa estrella brillante
Vive y dura lo que el viento.
—Qué, ¿nada más un instante?
—Sí, nada más un momento,
Ya verás.

Y así, no llores, mi encanto.
Que más tarde llorarás;
Mira que el pesar es tanto,
Que hasta el llanto dura poco.
—¿Tampoco es eterno el llanto?
—Tampoco, niña tampoco,
Ya verás.





LA AUSENCIA Y EL OLVIDO

DOLORA

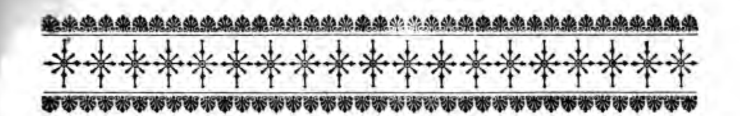
A LOLA

Iba llorando la Ausencia,
Con el semblante abatido,
Cuando se encontró en presencia
Del Olvido,
Que al ver su faz marchitada,
Sin colores,
La dijo con voz turbada:
—«Ya no llores, niña bella,
Ya no llores,
Que si tu contraria estrella
Te oprime incansable y ruda,
Yo te prometo mi ayuda
Contra tu mal y contra ella.»
Oyó la Ausencia llorando
La propuesta cariñosa,
Y los ojos enjugando
Ruborosa,
—«Admito desde el momento,
Buen anciano,»
Le dijo con dulce acento,

«Admito lo que me ofreces
Y que en vano
He buscado tantas veces,
Yo que, triste y sin ventura,
La copa de la amargura
He apurado hasta las heces.»

Desde entonces, Lola bella,
Cariñoso y anhelante
Vive el Olvido con ella,
Siempre amante;
Y la Ausencia ya ni gime,
Ni doliente
Recuerda el mal que la oprime;
Que un amor ha concebido
Tan ardiente
Por el anciano querido,
Que si sus penas resiste,
Suspira y llora muy triste
Cuando la deja el Olvido.





MENTIRAS DE LA EXISTENCIA

DOLORA

¡Qué triste es vivir soñando
Con un mundo que no existe!
Y qué triste
Ir viviendo y caminando.
Sin ver en nuestros delirios,
De la razón con los ojos,
Que si hay en la vida lirios,
Son muchos más los abrojos.

Nace el hombre, y al momento
Se lanza tras la esperanza,
Que no alcanza
Porque no se alcanza el viento;
Y corre, corre, y no mira
Al ir en pos de la gloria,
Que es la gloria una mentira
Tan bella como ilusoria.

No ve al correr como loco.
Tras la dicha y los amores,
Que son flores
Que duran poco, ¡muy poco!

¡No ve cuando se entusiasma
Con la fortuna que anhela,
Que es la fortuna un fantasma
Que cuando se toca vuela!

Y que la vida es un sueño
Del que, si al fin despertamos,
Encontramos,
El mayor placer pequeño;
Pues son tan fuertes los males
De la existencia en la senda,
Que corren allí á raudales
Las lágrimas en ofrenda.

Los goces nacen y mueren
Como puras azucenas,
Mas las penas
Viven siempre y siempre hieren;
Y cuando vuela la calma
Con las ilusiones bellas,
Su lugar dentro del alma
Queda ocupado por ellas.

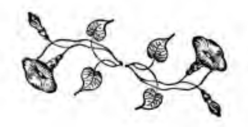
Porque al volar los amores
Dejan una herida abierta
Que es la puerta
Por donde entran los dolores;
Sucediendo en la jornada
De nuestra azarosa vida,
Que es para el pesar «entrada»
La que para el bien «salida.»

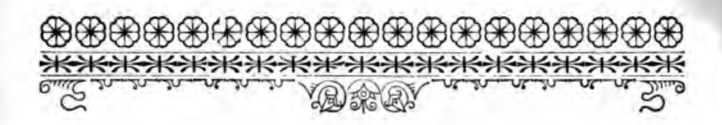
Y todos sufren y lloran
Sin que una queja profieran,
¡Porque esperan

Hallar la ilusión que adoran...!
Y no mira el hombre triste
Cuando tras la dicha corre,
Que solo el dolor existe
Sin que haya bien que lo borre.

No ve que es un fatuo fuego
La pasión en que se abrasa,
Luz que pasa
Como relámpago, luego:
Y no ve que los deseos
De su mente acalorada
No son sino devaneos,
No son más que sombra, nada.

Que es el amor tan ligero
Cual la amistad que mancilla,
Porque brilla
Solo á la luz del dinero;
Y no ve cuando se lanza
Loco tras de su creencia,
Que son *la fe y la esperanza*
Mentiras de la existencia.





LA RAMERA

A MI QUERIDO AMIGO MANUEL ROA

Humanidad pigmea,
Tú que proclamas la verdad y el Cristo,
Mintiendo caridad en cada idea:
Tú que, de orgullo el corazón beodo,
Por mirar á la altura
Te olvidas de que marchas sobre lodo:
Tú que diciendo *hermano,*
Escupes al gitano y al mendigo
Porque son un mendigo y un gitano:
Allí está esa mujer que gime y sufre
Con el dolor inmenso con que gimen
Los que cruzan sin fé por la existencia;
¡Escúpela también...! ¡anda...! ¡no importa
Que tú hayas sido quien la hundió en el crimen
Que tú hayas sido quien mató su creencia!

Pobre mujer, que abandonada y sola

Sobre el obscuro y negro precipicio,
En lugar de una mano que la salve
Siente una mano que le impele al vicio,
Y que al fijar en su redor los ojos
Y á través de las sombras que la ocultan
No encuentra más que seres que la miran
Y que burlando su dolor la insultan...!

Y antes era una flor... una azucena
Rica de galas y de esencias rica,
Llena de aromas y de encantos llena;
Era una flor hermosa,
Que envidiaban las aves y las flores,
Y tan bella y tan pura,
Como es pura la nieve del armiño,
Como es pura la flor de los amores,
Y como es puro el corazón del niño.

Las brisas la brindaban con sus besos,
Y con sus tibias perlas el rocío.
Y el bosque con sus álamos espesos,
Y con su arena y su corriente el río;
Y amada por las sombras en la noche,
Y amada por la luz en la mañana,
Vegetaba magnífica y lozana
Tendiendo al aire su purpúreo broche;
Pero una vez el soplo del invierno
En su furia maldita,
Posó, sobre ella y la arrancó sus hojas
Pasó sobre ella y la dejó marchita;
Y al contemplar sin galas
Su cálice antes de perfumes lleno,
Le arrebató implacable entre sus alas
Y fué á hundirla *cadáver* en el cieno.

¡Filósofo mentido...!
¡Apóstol miserable de una idea
Que tu cerebro vil no ha comprendido!
Tú que la ves que gime y que solloza,
Y burlas su sollozo y su gemido...
¿Qué hiciste de aquel ángel
Que amoroso y sonriente
Formó de tu niñez el dulce encanto?
¿Qué hiciste de aquel ángel de otros días,
Que lloraba contigo si llorabas
Y gozaba contigo si reías...?
¡Te acuerdas...! Lo arrancaste de la nube
Donde flotaba vaporoso y bello,
Y arrojándole al hambre,
Sin ver su angustia ni su amor siquiera,
Le convertiste de camelia en lodo:
¡Le transformaste de ángel en ramera!

¡Maldito tú que pasas
Junto á las frescas rosas,
Y que sus galas sin piedad les quitas!
¡Maldito tú que sin piedad las hieres,
Y luego las insultas por marchitas!
¡Pobre mujer...! ¡Juguete miserable
De su verdugo mismo...!
Víctima condenada
A vegetar sumida en un abismo
Más negro que el abismo de la nada
Y á no escuchar más eco en sus dolores,
Que el eco de la horrible carcajada
Con que el hombre le paga sus amores.

¡Pobre mujer, á la que el hombre niega
El sublime derecho
De llamar hijo á su *hijo!*

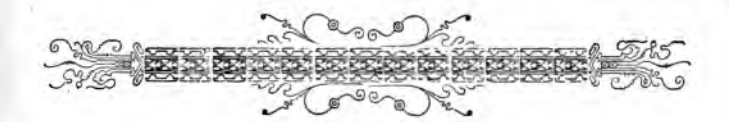
¡Pobre mujer que de rubor se cubre
Cuando le escucha que la grita *madre!*
Y que quiere besarle, y se detiene,
Y que quiere besarle, y calla y gime,
Porque sabe que un beso de sus besos
¡Se convierte en borrón donde lo imprime!

Deja ya de llorar, pobre criatura,
Que si del mundo en la escabrosa senda,
Caminas entre fango y amargura,
Sin encontrar un sér que te comprenda
En el cielo los ángeles te miran,
Te compadecen, te aman,
Y lloran con el llanto lastimero
Que tus ojos bellísimos derraman.

¡Y que te burle el hombre, y que se ría!
¡Y que te llame harapo y te desprecie!
Déjale tú reir, y que te insulte,
Que ya llegará el día
En que la gota cristalina y pura
Se desprenda del lodo
Para elevarse nube hasta la altura.

Y entonces en lugar de un anatema,
En lugar de un desprecio,
Escucharás al Cristo del Calvario,
Que añadiendo tu pena
A tus lágrimas tristes en abono,
Te dirá como ha tiempo á Magdalena;
Levántate, mujer, yo te perdono.





EL HOMBRE...

AL SEÑOR DON IGNACIO M. ALTAMIRANO

HOMENAJE

....Où va l'homme sur terre?
V. Hugo.

*
* *

Allá va... como un átomo perdido
Que se alza, que se mece,
Que luce y que después desvanecido
Se pierde entre lo negro y desparece.
Allá va... en su mirada
Quién sabe qué fulgura de profundo,
De grande y de terrible...
Allá va, sin destino y vagabundo,
Tocando con su frente lo invisible,
Con sus plantas el mundo...
¿De dónde vino...?

Preguntadlo al caos
Que dió forma á los seres
De su potente voz al «levantaos;»
Decídselo á la nada,
Que ella, tal vez, sabrá cual fué la cuna
De ese arcángel vestido con harapos
A que llamamos hombre;
Que ella, tal vez, sabrá de donde vino
Ese titán pigmeo
Tan grande y tan mezquino,
¿Del lodo? puede ser; pero su frente
Está demasiado alta para el lodo;
¿Del cielo? puede ser; pero la tumba,
Donde concluye todo,
No dista de sus plantas más que un paso,
Y si fuera del cielo, debería
Ya que tiene un ocaso,
Tener también su oriente como el día.
Aborto incomprensible de la nada
Que lo lanzó, destello de su abismo,
Esperad, esperad á que las sombras
Entre sus negros pliegues os cobijen,
Que allí tal vez, escrito entre esos pliegues
Encontraréis su origen...
Esperad el momento en que se os abra
Negro y aterrador ante los ojos,
Ese libro de sangre donde labra
La triste muerte en caracteres rojos
De sus calladas víctimas el nombre,
Y allí veréis, acaso, la palabra
Que os ayude á saber quién es el hombre.

*
* *

Y entre tanto... allá va...

Solo... en el mundo
Que tiembla con su peso de gusanos
Y que al mirarle se estremece y duda;
Sobre la tierra inmensa
Que le siente su rey y le saluda,
Que le siente su dios y que le inciensa.
Allá va... soberano cuya frente
Circunda por diadema el infinito,
Monarca cuyo trono omnipotente
Es el trono de mármol y granito
Tallado por los buitres en la roca;
Y que marcha, y que marcha dominando
Lo mismo en lo que ve y en lo que toca,
Desnudo y mendigando.
Un pedazo de pan para su boca.



Polluelo de ese cóndor de lo obscuro
Que se llama el misterio,
Y que sin alas y sin luz se lanza
Por el supremo espacio de la idea
En pos de una esperanza...
Polluelo que adormido entre la noche
Sueña ver una estrella,
Y enamorado de ella, y atrevido,
Se escapa de su nido
Creyéndose capaz de ir hasta ella;
Quién sabe anoche en su delirio blando
Que luz ó que ilusión distinguiría,
En medio de esas nubes caprichosas
Que pueblan, al soñar, la fantasía;
Quién sabe lo que en su alma
Durante la embriaguez germinaría;
Pero capullo que despierta rosa

Con los halagos de la brisa amante,
El, creciendo de formas en el sueño,
Durmió pequeño y despertó gigante.
Y «El Universo es mío»
Clamó al sentirse poderoso y fuerte,
Y agitando su cráneo en el vacío,
Sin escuchar la ruda carcajada
Que como eco á su voz daba la muerte,
«¡Adelante!»—se dijo—¡El mundo es poco
Para encerrar mi espíritu... hasta el cielo!
Y sin mirar siquiera por donde iba,
Se lanzó despeñado como un loco,
Con la mirada arriba... siempre arriba.

***

Sonámbulo que duerme y deja el lecho
Al supremo mandato
De yo no sé qué voz grande y divina
Que alzándose en su pecho
Le sorprende y le grita poderosa;
«¡Levántate y camina...!»
Pisando aquí una espina y una rosa,
Y más allá una rosa y una espina,
El hombre con un cielo de esperanzas
Germinando en montón en su cerebro,
Sigue á tientas y á obscuras por la senda
Desde antes á sus pasos señalada,
Soñando... y en los ojos una venda
Que con sus pliegues lóbregos y espesos
Le impide que comprenda
Su marcha entre sepulcros y entre huesos.

***

Y allá va... ¡pobre niño que aún suspira
Como en los dulces tiempos de la infancia!
Mas dejadle seguir, y será el hombre
Que haga nacer la vida del osario,
El apóstol sin nombre,
Que Dios admire y que mortal asombre
Lo mismo en el Tabor que en el Calvario.
Dejadle caminar, dejad que siga
El vuelo de su genio por los mares,
Y mañana ese niño
Será el anciano pálido y fecundo,
Que, moderno criador, haga que brote
Del seno de las olas otro mundo.



Allá va... con un tronco por apoyo
Y un girón miserable por abrigo,
Valiente y ambicioso y soberano,
Bajo su mismo harapo de gitano
Y su corteza sucia de mendigo.
¿Qué busca? ni aun él sabe
Lo que busca en su loco devaneo...
Ni aun él acierta á definir ese algo
Que le hace encontrar siempre su deseo;
Pero titán del sueño que en la sombra
Forja un espacio y á escalarlo sube,
El, mientras pisa en el inmundo cieno,
Se duerme con el pie sobre una nube.



Soñar... esa es la vida, ese es el puente
Que entre la cuna y el sepulcro media,
El papel miserable del viviente



¡Ondinas que se tienden por el aire
Al despuntar la vida, allá á lo lejos

(Pág. 43.)

De la existencia vil de la comedia:
Soñar un cielo en que revueltos vagan
Hermosos y magníficos vapores,
La esperanza, la dicha,
La gloria y el placer y los amores;
¡Ondinas que se tienden por el aire
Al despuntar la vida, allá á lo lejos
Y que con ella crecen y con ella
Mueren entre los últimos reflejos!



Y, hermoso cisne que en el limpio lago
Agitando las olas con su pluma,
Ve brotar de su juego al dulce halago
Mil copos blancos de rizada espuma,
Y arroja un canto dolorido y vago
Al mirarlos perderse entre la bruma
El hombre en su tristeza,
Al ver rodar sus blancas ilusiones,
Sin colores, sin luz y sin belleza,
De la noche que empieza
Por yo no sé qué lóbregas regiones;
Suspirando y en lágrimas deshecho
Ante la triste realidad que asoma,
Arranca un ¡ay! terrible de su pecho,
Y luego, al dar un paso, se desploma.



Atleta del dolor, de nuevo emprende
La lucha formidable
Con ese gladiador de las tinieblas
Que se llama el destino;
Y cantando y sonriendo

Para insultar la palpitante pena
Que le destroza el corazón mezquino,
Lanza un grito feroz y entra á la lucha...
Pero, vencido al fin, rueda en la arena
Que su alma es poca y su amargura es mucha.



Y entonces... cuando hambriento de placeres
Soñándolos su presa,
Se mira débil y abatido y solo
Sobre el obscuro borde de la huesa,
Recuerda el Dios á quien por darle oculto
El se fingiera omnipotente y bueno;
Pero al sentir dentro del alma oculto
Del pesar y del dolor todo el veneno,
En su miseria misma
Lo ve pequeño, pobre,
Y cogiendo del cieno en que se arrastra
Miserable reptil con su congoja,
Burlándose de su ídolo, á la frente
Como un supremo insulto se lo arroja.



Después... el aire de la muerte zumba
Con su bramar inquieto,
El átomo vacila, y... se derrumba...
La tierra es una tumba...
El hombre un esqueleto.



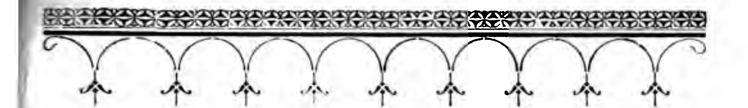
Todo acabó... la noche de la nada

Confundiendo en sus pliegues
Todo eso grande que la mente forma
Y que en el cráneo encierra,
Sólo dejó al pasar, como en recuerdo,
Un pedazo de tierra...
Y allí... ¿qué hay más allá...?
¿Qué encuentra el hombre
Tras ese velo negro que separa
La luz de las tinieblas...?
¿Es en la tumba, acaso, donde toca,
Viéndola cara á cara,
Esa ilusión que en su carrera loca
Convertida en vapor se le escapara?
¿Es allí donde encuentra los perfumes
Y las notas dulcísimas y suaves.
Que no pudieron darle en sus encantos
Las flores ni las aves...?
O luminoso punto que camina
Partiendo de la nada,
Por un círculo estrecho, y que termina
Su existencia mezquina
Allí donde ha empezado la jornada,
¿Concluye en el sepulcro
Que sus despojos últimos recibe?
¿Es allí donde muere para siempre?
¿Es allí para siempre donde vive?
¡Quién sabe...! Nuestra mente
No alcanza á descifrar esos arcanos
Escritos entre huesos y mortajas
Por yo no sé qué fétidos gusanos...
Remueve y busca en el inmundo hueco
Donde ha visto rodar un sér inerme,
Y sin hallar á sus preguntas eco,
Sólo ve un cráneo seco
Que entre sus antros asquerosos duerme,



Y entre tanto... allá va...
Luz tenebrosa
Cuyo destino y cuyo sér esconde
La impenetrable niebla del abismo...
Allá va... tropezando y caminando,
¡Sin comprender adónde,
Sin comprenderse el mismo...!





EN LA APOTEOSIS

DEL ACTOR

MERCED MORALES

Mentira el *¡más allá!* ¡Mentira el alma
Que el retroceso impuro
Hace nacer llenando lo futuro,
Del triste cementerio entre la calma!
¡Engaño esa creación que el fanatismo
Hace brotar del último lamento
Que nos lleva al abismo!
¡Mentira ese *ad terrorem* que el convento
Lanza á la humanidad mezquina y necia
Que, oyendo á la razón y al pensamiento
No abarca esa mentira y la desprecia!
El hombre es sólo el hombre,
Pobre criatura de miseria y lodo,
Que sueña, que delira, y que en la fosa
Mira rodar con su existencia todo;
Pobre ser que termina la jornada

Con el eco de su último latido,
Para volver en sombra convertido
A su punto de origen, *á la nada.*
Es un astro misterio que atraviesa
La curva de la vida y se derrumba
Al cor cluir la carrera de ese cielo
Que en Oriente de la cuna empieza
Y acaba en el Ocaso de la tumba;
Molécula que, oculta entre la gasa
De la noche, sin ruta y sin destino,
Como una exhalación flébil y escasa,
Nace, se mece y pasa
Sin dejar una huella en su camino,
Y que á veces llegándose valiente
Hasta el sol de la gloria,
Se enciende en él y vuela,
Pero dejando entonces, donde acaba,
El germen de otra luz sobre la estela.
Luz inmortalidad con que deliran
El sabio y el artista y el guerrero
En medio de esos éxtasis soberanos
Que son la hora suprema
En que el genio prepara con sus manos,
Para ceñir sus frentes la diadema;
Hora en que el hombre alcanza.
Por el zodiaco de la fe y del arte,
Llegar hasta el zenit de su esperanza
Para robarle el rayo que algún día
Sobre su pobre lápida mortuoria,
Caiga á encender, sublime de peesía,
La antorcha fulgurante de la gloria.
Luz inmortalidad con que soñaban
Sonriendo de placer en su delirio,
El mártir·libertad en el cadalso
Y el espectro conciencia en el martirio;

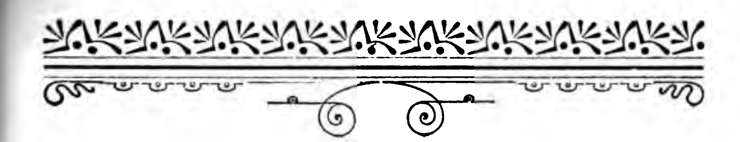
Fulgor que, en la conquista
Del saber y el talento, se levanta
Descorriendo grandioso ante la vista,
El soñado horizonte de una tierra
Donde bendita y mágica se encierra
La tierra prometida del artista,
Esplendor auroral que era el ensueño
Consolador y grato en su pobreza
Del actor inspirado,
Que aún ayer se encontraba circundado
Con la aureola del genio en la cabeza;
Del audaz fingidor que ayer hacía
Sollozar ó reir bajo este techo,
Y que hoy, cadáver, duerme
De un pedazo de tierra sobre el lecho.
Cayó... sobre su tumba
Gime, el arte y la patria inconsolada
Con sus hermosos besos maternales
Deposita una lágrima adorada,
En tanto que la fama que abandona
De la muerte en los antros funerarios
Al despojo... y al hombre,
Vuela augusta á escribir en sus santuarios
Las letras de su nombre.

. . . .

¡Muerto, reposa en paz! y si en la fiebre
De tu ambición y tu querer fecundo
Soñastes con un mundo más risueño
Que este pequeño y miserable mundo;
Si astro que cruza la extensión vacía
Soñaste con dejar escrita en ella
Algo como la luz que en tí vivía
Para hacerte inmortal con esa huella,
Tu sueño está cumplido... tus cenizas
Ya no son más que escoria;

Pero el azul radioso de tu patria
Cuenta otra luz, la luz de tu memoria.
Los hombres como tú, jamás perecen
Al tocar los umbrales
De la obscura región de lo ignorado;
Los hombres como tú, mueren y crecen
Con la figura inmensa de granito
Que de pie y magestuosa se levanta
De entre el polvo impalpable que la planta
Envuelve al resbalar en lo infinito.
Para tí no hay sepulcro, que el reflejo
De tu luz poderosa
Te basta en la caída,
Para seguir viviendo en otra vida,
No en la estrechez de tu escondida fosa...
Tú como el astro hermoso de la aurora
Que rueda en el ocaso,
Dejando como huella de su paso
La luna brilladora,
Caíste en el abismo,
Nítido sol de mejicano cielo:
Pero dejando al terminar el vuelo,
La luna de tí mismo.

Sacerdote titánico del arte,
Envuélvete sonriendo en la mortaja
Que te arropa en la huesa...
Donde tu cuerpo mísero reposa
Y se alza el pedestal de tu grandeza.
¡Adiós, muerto sublime!
¡Sublime y noble atleta del proscenio!
Descansa en paz mientras tu patria gime
Sobre el recuerdo que tu gloria abona,
Y mientras teje en su santuario el genio,
Para rodear tu nombre, una corona.



OCAMPO

«¡Allá!» se dijo, y extendiendo al aire
Las gigantescas plumas,
Con la mirada fija en los fulgores
Que á través de las brumas
Conducen en su vuelo á los condores,
Subió asentando la atrevida garra
Sobre la cumbre inmensa,
Donde el mundo genésico concluye
Y se levanta el mundo del que piensa;
Sobre la blanca cima de esa roca
Cuyas piedras de mármol y granito
Se alzan entre lo azul de lo infinito,
De pedestal sublime al que las toca;
Allí donde se encienden los tabores
Con su grandiosa y santa refulgencia
Al resonar del cántico que entona
Como un grito de alarma la conciencia.

***

Subió, llegó, y al extender los ojos,
Sobre la turba de hombres
Que germinaba de sus pies debajo,
Anhelando mirar lo que es un pueblo
Que marcha por la senda del trabajo,
En vez de la ilusión de su utopía,
Halló un pueblo de libres
Envuelto del incienso entre el aroma
Y enlazando á su cuello esa cadena
Cuyo eslabón primero empieza en Roma;
Halló la libertad aprisionada
Entre los negros muros del convento,
Y un *más-allá* de luto y de tinieblas
Marcando el *hasta aquí* del pensamiento;
Al Dios dulzura convertido en otro
De sangre y venganza,
Al Dios creador entrando en la pelea
Con el rojo puñal de la matanza;
Y gozando al murmullo de los salmos
Y gozando al gemir de la agonía,
Al Dios que sólo quiere que en sus altares
Los himnos del amor y la poesía.



Y «¡No!» dijo él, ardiendo
En esa inspiración sencilla y santa
Que hizo del vagabundo de Judea
El muerto más sublime de los muertos
En el martirologio de la idea;
«Ya es tiempo de volver á su santuario
El dulce amor de la familia humana,
Sustituir el hogar al relicario,
Sustituir la violeta al incensario,
Y el trino del turpial á la campaña;

Ya es tiempo de rascar el negro abismo
Que oculta la verdad á la existencia,
Y cambiar por el Dios del fanatismo
El Dios de la razón y la conciencia.»
Dijo, y abandonando las remotas
Cumbres de la esperanza y de la vida,
Bajó á la tierra entre las dulces notas
De esa cántiga tierna y bendecida
Cuya primera vibración se escucha
Brotando de las arpas del delirio,
Y la última en la lucha
Con el ¡ay! estertóreo del martirio.



Bajó, y apóstol de la *buena nueva,*
De la luz y el derecho,
Su palabra de paz sonó en los aires
Anunciando al Mesías
Que el porvenir en su ilusión espera,
Y de quien son augustas profecías
Las protestas del mártir en la hoguera.
Bajó, y envuelto entre el vapor espeso
De los blancos perfumes conventuales
El pueblo suyo, por el monje opreso,
Escuchó la palabra de progreso
Salida de sus labios inmortales;
Y al buscar al apóstol atrevido
Donde su airado grito resonara,
Oyó el nombre de Dios... luego un gemido,
El incienso quedó desvanecido...
Y allí estaba el cadáver junto al ara.

* * *

La lucha fué un instante...
Un instante no más, y aquel vidente,
Misionero de luz entre los ciegos,
Se hundió en la sombra y ocultó la frente.



Fué el cóndor que se lanza de las nubes
Sobre el tigre feroz que le arrebata
Los polluelos hermosos de su cría,
Y que baja, se mece,
Lucha, se aparta, vuelve, le provoca,
Y en el punto de herirle se estremece
Cayendo á agonizar sobre una roca.



Murió... su apostolado
Hizo temblar en su poder al fraile,
Y el fraile en nombre de ese dios maldito
Que vive entre la noche y lo encubierto,
Armó su mano entre la niebla impía,
Y después, al nacer del otro día,
Halló el mundo... *un patíbulo y un muerto.*



Ese muerto allí está... dentro el sepulcro
Cavado para ahogar en su silencio
La gigante protesta de sus labios...
Esqueleto sublime y majestuoso
Más grande y elocuente en el reposo
De su lecho eternal y soberano,
Que en medio de la grita atronadora
Que alzara en su redor el Vaticano.

Allí está... en ese túmulo sombrío
Regado con el llanto de los libres...
Santa reliquia que la edad presente
Guarda de su cariño
En el inmenso y dulce relicario,
Como un recuerdo de tristeza y gloria,
Que evoca del pasado en la memoria
Su camino de sangre y su calvario.
Allí stá,.. murmurando una esperanza
De miel y libertad para el futuro
Precursor auroral de esa lumbrera
Tanto soñada y esperado tanto
Y á cuya luz en hoy vienen tus hijos
Á arrullar tu dormir con sus canciones,
Á gemir en tu polvo, y á decirte
Sus nobles y sentidas bendiciones.



¡Mártir, descansa ya de la tarea,
Y duérmete en el lecho de perfumes
Con que la gratitud cubre tu foso...
Duérmete ya... mientras la fé y el templo
Cuyo poder al cabo se derrumba,
Vienen á despertarte en su caída.
De tu sueño inmortal bajo la tumba.





UNO Y QUINIENTOS

Pensando las quinientas unidades
Que el número quinientos componían,
Que si quinientas eran
Al uno y nada más se lo debían;
En sociedad se unieron, y los miembros
Sin vacilar ni protestar alguno,
Levantaron un templo y en sus aras
Pusieron como Dios al número uno.

***

Mientras que unidos todos le adoraban
Á nadie aquello le causó extrañeza;
Pero cierta ocasión en que uno de ellos
Llegó solo del templo á los umbrales,
Á pesar de la fe y el fanatismo,
Se halló con que él y Dios eran lo mismo,
Puesto que el uno y él eran iguales.



Después de recorrer estos renglones
Que tantas reflexiones nos ofrecen,
Deduzco entre otras muchas conclusiones,
Que en materia de Dios y religiones
Los quinientos y el mundo se parecen.





LA SOÑADORA

ODA

Leída por José Zamora, á nombre de su autor, en el beneficio de María Servín

Pueblo: tú que prorrumpes en gigantes
Himnos de admiración y de entusiasmo
Ante el arte y lo bello;
Tú, de cuya alma toma
La vestal de la gloria y de la fama
Fuego para encender á su destello
De una lámpara mística la llama;
Tú, que eres soñador y eres artista,
Lo mismo entre la paz que entre la lucha,
Prepara una guirnalda de tus flores
Más queridas y... escucha.

Era una cuna, un lecho entretejido
De gasas y jazmines...

Pequeño, vaporoso, recogido...
Una forma de nido
Como esos que se ven en los jardines.
Y en ese nido columpiado al aire
Con el vaivén arrullador del viento,
Era una niña hermosa que soñaba
Con yo no sé qué blanco pensamiento;
Una niña inocente que dormía
Entre los chales de su tibia cuna,
Como una de esas hadas misteriosas
Que fingen las tinieblas y la luna
Entre el húmedo cáliz de las rosas;
Virgen de amor en cuya casta frente
El sol de lo inmortal resplandecía
Majestuoso y ardiente,
Con su rayo de luz grabando en ella
Esa chispa radiosa que, más tarde,
Ante el sepulcro abierto se alza estrella
Y en la *vía láctea* de los genios arde.

Y la noche era negra, era una noche
Que flotaba impalpable como un velo
Prendido en las montañas,
Sin la luz de un zig-zag entre las sombras
Ni la luz de un cocuyo entre las cañas;
Negro y basto ropaje
Que cobijaba al átomo del mundo
Como al grano de arena el oleaje,
Quedando aquella niña en el vacío
De las tinieblas, escondida y sola,
Como queda la gota de rocío
Cuando cierra la brisa una corola...

Mas de pronto la curva de los cielos
Recogió su gigante vestidura,

Y libre de los pálidos fantasmas,
Que rodaban informes en la altura,
El aire se cubrió de resplandores
Que se acercaron tibios y temblantes,
Circuyendo la frente de la niña
Como un laurel inmenso de diamantes;
Y entonces una voz cuya candencia
Sonaba arrulladora
Como el canto de amores de la virgen,
Se oyó que repetía
En su dulce cascada de gorgeos:
—Duérmete, vida mía,
Gozando con la luz y la poesía
De la región que pueblan tus deseos...
Duérmete, flor del arte,
Á la que el beso de las auras mece...
Duérmete... y cuando venga á despertarte
La voz de tu destino,
Yo, el ángel de tu cuna,
Regaré de perfumes y de galas
La áspera cumbre que tu genio adora,
Y á donde tienden las inmensas alas
Tu ambición y tu fe de soñadora.

Dijo la voz: y la corona ardiente
Ensanchando su cerco luminoso
De estrellas inmortales,
Se perdió en los lejanos horizontes,
Mezclada con el fuego de la aurora
Que asomaba su luz tras de los montes.

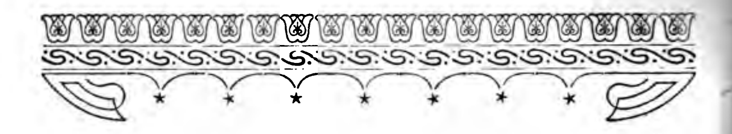
Después, aquella niña
Despertó de su mágico letargo,
Y emprendiendo el camino
De la jornada que á la gloria lleva

Entre el dolor y el desaliento amargo,
El mundo la miró sobre el proscenio
Arrancando un laurel á su destino
Y esculpiendo su busto peregrino
Sebre el augusto pedestal del genio.
Blanca y tierna paloma
Que hasta el templo del arte alzó las alas
Para robar al arte sus secretos,
Descendiendo después sonriente y bella
Entre el aplauso universal de un mundo
Lleno de amor y admiración por ella.

Por ella, que eres tú, la que hoy recojes
El ideal de tus sueños infantiles
Entre el incienso embriagador del triunfo...
Por tí que haces salir entusiasmado
El corazón del pueblo que hoy arranca
La cadencia más dulce y más sentida
Del arpa de su gloria,
Para arrojarla con su flor más blanca
Sobre el gigante altar de tu victoria.

Por ella, que eres tú, la más querida
Esperanza de Méjico, la virgen
Á quien el porvenir desde la cuna
Prometiera su espléndida guirnalda,
Y que hoy viene el rumor de las conquistas
Que tu celeste inspiración abona
Á ceñir tu frente esa corona
Que hace iguales á Dios y á los artistas.





OBLACION

A LOS MUERTOS DE LA SOCIEDAD FILOIÁTRICA

Cuando la aurora enciende las montañas,
Y el águila que duerme
Se siente acariciada por sus besos,
El águila se agita entre las rocas
De su salvaje y solitario nido,
Tiende la vista al cielo
Dominio de su empuje soberano,
Y desatando el poderoso vuelo,
Cruza la selva el llano,
Del llano se levanta hasta las cumbres
Que la extensión corona,
Y allí, fuerte y robusta,
En pie sobre la nieve y el granito,
Se alza de nuevo y sube hasta que incrusta,
Sus formas de gigante en lo infinito.

Cuando el sol de la gloria,

Surtiendo en el espacio inteligencia
Baña á un niño en su luz, el niño se alza
Sobre el desierto oscuro de la vida;
Y guiado por la fe que en su conciencia
Lleva como una lámpara encendida,
Desterrado del cielo sobre el mundo
Y entreviendo su patria
A través de la bruma de su ensueño,
Se lanza de su ensueño por la vía,
Dejando al confundirse con la nada,
De su carrera de astros como huellas,
Las letras de su nombre,
Que son como las mágicas estrellas
Que brillan al crepúsculò del hombre.

Letras que al proyectar sobre la tumba
Sus luces inmortales,
Son la más grande historia
Que pudiera grabar en sus anales
La virgen soberana de la gloria.

En la cuna de aquellos
Que hoy tienen nuestras almas por santuario,
Y por incienso, el de las rosas blancas
Que nacen en los bordes del osario,
También surgió con su fulgor de aurora
La chispa de la idea, también ellos
Sintieron palpitar sobre su frente
Los ósculos de ese ángel que en la noche
Baja á inspirar sus sueños al creyente...
Sueños blandos y dulces, como todos
Los que su ánfora encierra
Y que al fundirse con el hombre, lo hacen
La encarnación de Dios sobre la tierra.

El ideal de sus almas, el que en ellos
Infiltraba la luz de sus caricias,
Era el amor bajo la doble forma
Del espacio y del mundo,
Del mundo, en la expresión de sus dolores
Marcados por la faz de un moribundo,
Y del espacio, como la hostia blanca
En donde oculta su divina esencia,
Ese Cristo del pobre y del que sufre,
Que se llama la ciencia.

Y esa fué su visión, esa la doble
Senda en que dividieron el camino,
Señalado en su afán supremo y noble
Por la sonrisa de ángel del destino,
Esa la ardiente cima en que se alzaron
Pensadores y apóstoles á un tiempo,
Buscando la verdad mientras vertían
La miel de sus virtuosos corazones...
Iguales á esas nubes que se lanzan
Tras la huella del sol por el vacío,
Derramando á la vez sobre la tierra
Las caricias de amor de su rocío.

Y así fueron en tanto que la vida
Latió bajo de sus cráneos;
Fe y corazón, estrellas y perfumes;
Sublime dualidad de una alma misma
Que en distinta región alzando el vuelo,
Arriba, era la forma de la idea,
¡Y abajo, era la forma del consuelo!

Así fueron... constante sacrificio
Sobre el altar del bien, mártires prontos
A morir por sus creencias en el ara

De la impiadada suerte:
Grupo de caridad que aparecía
Fiel en cumplir su augusto pensamiento
Donde quiera que hallaba un sufrimiento,
¡O el buitre de la muerte se mecía!...

Y cuando llenos de ese santo orgullo
Que la virtud derrama en la conciencia,
Tocaban ya la cumbre brilladora
De su visión querida,
¡La vida los dejó!... pero las frases
Que al dolor arrancaron con su muerte,
Fueron bajo el destello sacrosanto
Que irradiaba al fulgor de su memoria,
Las primeras estrofas de ese canto
Que hoy los arrulla en su mansión de gloria.

Allí duermen, y allí como un perfume
Se alzan las bendiciones por la noche,
Flores del corazón que agradecidas
Bajo el ojo de Dios abren su broche:
Allí duermen, y allí los que en el mundo
Les dijimos hermanos,
Depositando la oblación sencilla
De nuestro amor, hacemos de sus nombres
El grito de entusiasmo que en la lucha
Dará al cobarde animación y brío;
Y del radioso albor de su recuerdo
Un astro suspendido en el vacío,
Que será en los instantes de la prueba,
Cuando el cansancio nuestra frente amague,
La antorcha sideral en donde el alma
Encenderá su fe cuando se apague.



RASGO DE BUEN HUMOR

¿Y qué? ¿Será posible que nosotros
Tanto amemos la gloria y sus fulgores,
La ciencia y sus placeres,
Que olvidemos por eso los amores,
Y más que los amores, las mujeres?

¿Seremos tan ridículos y necios
Que por no darle celos á la ciencia,
No hablemos de los ojos de Dolores,
De la dulce sonrisa de Clemencia,
Y de aquella que, tierna y seductora,
Aún no hace un cuarto de hora todavía,
Con su boca de aurora,

«No te vayas tan pronto,» ¿nos decía?
¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
Y tan duros y esquivos con las bellas,

Que no alcemos la copa
Brindando á la salud de todas ellas?

Yo, á lo menos por mí, protesto y juro
Que si al irme trepando en la escalera
Que á la gloria encamina,
La gloría me dijera:

—Sube, que aquí te espera
La que tanto te halaga y te fascina;
Y á la vez una chica me gritara:
—Baje usted, que lo aguardo aquí en la esquina,
Lo juro, lo protesto y lo repito,
Si sucediera semejante historia,
A riesgo de pasar por un bendito,
Primero iba á la esquina que á la gloria.

Porque será muy tonto
Cambiar una corona por un beso;
Mas como yo de sabio no presumo,
Me atengo á lo que soy, de carne y hueso,
Y prefiero los besos y no el humo,
Que al fin, al fin, la gloria no es más que eso.

Por lo demás, señores,
¿Quién será aquel que al ir para la escuela
Con su libro de texto bajo el brazo,
No se olvidó de Lucio ó de Robredo
Por seguir, paso á paso,
A alguna que nos hizo con el dedo
Una seña de amor, así... al acaso?
¿O bien, que aprovechando la sordera
De la obesa mamá que la acompaña,
Nos dice:—¡No me sigas!
Porque mamá me pega y me regaña?

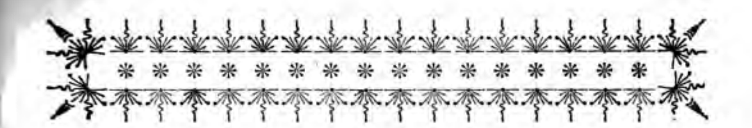
¿Y quién no ha consentido
En separarse del objeto amado
Con tal de no mirarlo contundido?

¿Quién será aquél, en fin, que no ha sentido
Latir su corazón enamorado,
Y á quién, más que el café, no ha desvelado
El *café* de no ser correspondido?

Al aire, pues, señores,
Lancemos nuestros hurras por las bellas,
Por sus gracias, sus chistes, sus amores,
Sus perros y sus gatos y sus flores
Y cuanto tiene relación con ellas.

Al aire nuestros hurras
De las criaturas por el sér divino,
Por la mitad del hombre,
Por el género humano femenino.





EN EL TERCER ANIVERSARIO

DE LA

SOCIEDAD FILOIATRICA Y DE BENEFICENCIA

Falange de soñadores
Que de tu delirio en pos.
Marchas entre los negrores
De la vida á los fulgores
Que en tu alma refleja Dios.

Juventud grande y ardiente
Que á la luz que centellea
Tu porvenir esplendente,
Muestras ceñida la frente
Con el laurel de la idea.

Tú, que llevando contigo
Cuanto hay de noble y humano

Al que miras sin abrigo,
En vez del nombre de amigo
Le das el nombre de hermano.

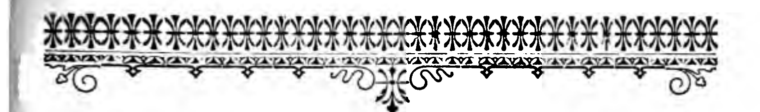
Tú, que siguiendo la huella
Qué á tu conciencia se ajusta,
Has atesorado en ella
La virtud que te hace bella,
Y el saber que te hace augusta.

No cejes en tu camino
Aunque el destino te mande
Luto y penas de continuo,
Que si es muy fuerte el destino
Tú también eres muy grande.

Y si en tu alma de inspirada
Hay fuerza y valor de sobra
Para concluir la jornada,
Ya que tu obra está empezada,
Juventud, completa tu obra.

Sigue, sigue tras el vuelo
De esa virgen cuyo encanto
Forma tu vida y tu anhelo;
Sigue tu marcha hacia el cielo
De tus delirios, y en tanto,

Recibe de quien te admira
Proclamando tus victorias,
Los acentos de una lira
Que con tus glorias se inspira.
Porque hace suyas tus glorias.



LAGRIMAS

A LA MEMORIA DE MI PADRE

> **Quum subit illius tristísima noctis imago**
> **Quae mihi supremum tempus in urbe fuit:**
> **Quum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui,**
> **Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.**
> ***Ovidio.—Elegia III.***

Aún era yo muy niño, cuando un día,
Cogiendo mi cabeza entre sus manos
Y llorando á la vez que me veía
« ¡Adiós! ¡Adiós! » me dijo;
« Desde este instante un horizonte nuevo
Se presenta á tus ojos;
Vas á buscar la fuente
Donde apagar la sed que te devora;
Marcha... y cuando mañana
Al mal que aún no conoces
Ofrezcas de tu llanto las primicias,
Ten valor y esperanza,

Anima el paso tardo,
Y mientras llega de tu vuelta la hora,
Ama un poco á tu padre que te adora,
Y ten valor y... marcha... yo te aguardo.»

Así me dijo, y confundiendo en uno
Su sollozo y el mío,
Me dió un beso en la frente.
Sus brazos me estrecharon...
Y después... á los pálidos reflejos
Del sol que en el crepúsculo se hundía
Sólo vi una ciudad que se perdía
Con mi cuna y mis padres á lo lejos.

El viento de la noche
Saturado de arrullos y de esencias,
Soplaba en mi redor, tranquilo y dulce
Como aliento de niño;
Tal vez llevando en sus ligeras alas
Con la tibia embriaguez de sus aromas,
El acento fugaz y enamorado
Del silencio beso de mi madre
Sobre del blanco lecho abandonado...

Las campanas distantes repetían
El toque de oraciones... una estrella
Apareció en el seno de una nube;
Tres de mi obscura huella
La inmensidad se alzaba...
Yo entonces me detuve,
Y haciendo estremecer el infinito
De mi dolor supremo con el grito:
«Adiós, mi santo hogar,» exclamé llorando;
«¡Adiós, hogar bendito,
En cuyo seno viven los recuerdos

Más queridos de mi alma...
Pedazo de ese azul en donde anidan
Mis ilusiones cándidas de niño...!
¡Quién sabe si mis ojos
No volverán á verte...!
¡Quién sabe si hoy te envío
El adiós de la muerte...!
Mas si el destino rudo
Ha de darme el morir bajo tu techo,
Si el ave de la selva
Ha de plegar las alas en su nido,
¡Guárdame mi tesoro hasta que vuelva!»

Las lágrimas brotaron
A mis hinchados párpados... las sombras
Espesas y agrupadas de repente
Se abrieron de los astros á la huella...
Cruzó una luz por lo alto, alcé la frente,
El cielo era una página y en ella
Ví esta cifra:—¡Detente!
Detente... y á mi oído
Llegó como un arrullo de paloma
La nota de un gemido,
Algo como un suspiro de la noche
Rompiendo del silencio la honda calma...
Algo como la queja
De una alma para otra alma....
Algo como el adiós con que los muertos,
Del amor al esfuerzo soberano,
Saludan desde el fondo de sus tumbas
Al recuerdo lejano.
. . . .

Al despertar de aquel supremo instante
De letargo sombrío,

La noche de la ausencia desplegaba
Su impenetrable velo,
Sus sombras sin estrellas,
Su atmósfera de hielo...
Esa odiosa ceguez en que el ausente
Proscrito del cariño,
Cumple con su destierro, suspirando
Por sus recuerdos vírgenes de niño;
Ese inmenso dolor que hace del alma
En el terrible y solitario viaje,
Un árido desierto
En donde es un miraje cada punto
Y en donde es un amor cada miraje...

Y así de la ampolleta de mi vida
Se deslizaban las eternas horas
Sobre mi frente mustia y abatida,
Sonando al extenderse en lontananza,
Como una dulce estrofa desprendida
Del arpa celestial de la esperanza;
Así, cuando una vez, en el instante
En que la blanca flor de mi delirio
Desplegada en los aires su capullo;
Cuando mi muerta fe se estremecía
Bajo sus ropas fúnebres de duelo,
Al ver flotando en el azul del cielo
El alma de mi hogar sobre la mía;
Cuando iba ya á sonar para mis ojos
La última hora de llanto,
Y se cambiaba en música de salve
La música elegiaca de mi canto;
Mi corazón como la flor marchita
Que se abre á las sonrisas de la aurora
Esperando la vida de sus rayos,
También se abrió... para plegar su broche,

Á las caricias del amor abierto,
Encerrando en el fondo de su noche
¡Las caricias de un muerto!...

En el espacio blanco y encendido
Por los trémulos rayos de la luna,
Yo ví asomar su sombra...
La gasa del sepulcro lo envolvía
Con sus espesos pliegues...
En su frente espectral se dibujaba
Una aureola de angustia, lo que dijo
Se perdió en la región donde flotaba...
Su mano me bendijo...
Su pecho sollozaba...
La sombra se elevó como la niebla
Que en la mañana se alza de los campos;
Cerré los ojos suspirando, y luego...
Oí un adiós en la profunda calma
De aquella inmensidad muda y tranquila,
Y al levantar de nuevo la pupila
¡El cielo estaba negro como mi alma!

En el reloj terrible
Donde cada dolor marca su instante,
El destino inflexible
Señalaba la cifra palpitante
De aquella hora imposible;
Hora triste en que el íntimo santuario
De mis sueños de gloria,
Vió su altar solitario,
Convertido un sol en tenebrario,
Y su culto en memoria...
Hora negra en que la urna consagra
Para envolverte, ¡oh, padre!
Del cariño en la esencia perfumada,

Fué un sepulcro sombrío
Donde sólo dejaste tu recuerdo
Para hacer más inmenso su vacío.

¡Padre... perdón porque te amaba tanto,
Que en el orgullo de mi amor creía
Darte en él un escudo!
¡Perdón porque luché contra la suerte,
Y desprenderme de tus brazos pudo!
¡Perdón porque á tu muerte
Le arrebaté mis últimas caricias
Y te dejé morir sin que rompiendo
Mi alma los densos nublos de la ausencia,
Fuera á unirse en un beso con la tuya
Y á escuchar tu postrera confidencia!
Sobre la blanca cuna en que de niño
Me adurmieron los cantos de la noche,
El cielo azul flotaba,
Y siempre que mis párpados se abrían,
Siempre hallé en ese cielo dos estrellas
Que al verme desde allí se sonreían;
Mañana que mis ojos
Se alcen de nuevo hacia el espacio umbrío
Que se mece fugaz sobre mi cuna,
Tú sâbes, padre mío,
Que sobre aquella cuna hay un vacío,
Que de esas dos estrellas me falta una.

Caíste... de los libros de la noche
Yo no teugo la ciencia ni la clave;
En la tumba en que duermes
Yo no sé si el amor tiene cabida...
Yo no sé si el sepulcro
Puede amar á la vida;
Pero en la densa obscuridad que envuelve

Mi corazón para sufrir cobarde,
Yo sé que existe el germen de una hoguera
Que á tu memoria se estremece y arde...
Yo sé que es el más dulce de los nombres
El nombre que te doy cuando te llamo,
Y que en la religión de mis recuerdos
Tú eres el dios que amo.

Caíste... de tu abismo impenetrable
La helada niebla arroja
Su negra proyección sobre mi frente,
Crepúsculo que avanza
Derramando en el aire trasparente
Las sombras de una noche sin oriente
Y el capuz de un dolor sin esperanza.
Padre... duérmete... mi alma estremecida
Te manda su cantar y sus adioses;
Vuela hacia tí, y flotando
Sobre la piedra fúnebre que sella
Tu huesa solitaria,
Mi amor la enciende, y sobre tí, sobre ella,
En la noche sin fin de tu sepulcro
Mi alma será una estrella,





A LAURA

Yo te lo digo, Laura... quien encierra
Valor para romper el yugo necio
De las preocupaciones de la tierra.

Quien sabe responder con el desprecio
A los que, amigos del anacronismo,
Defienden el pasado á cualquier precio.

Quien sacudiendo todo despotismo
A ninguno somete su conciencia
Y se basta al pensar consigo mismo.

Quien no busca más luz en la existencia
Que la luz que desprende de su foco
El sol de la verdad y la experiencia,

Quien ha sabido en este mundo loco
Encontrar el disfraz más conveniente

Para encubrir de nuestro sér lo poco.

Quien al amor de su entusiasmo siente
Que algo como una luz desconocida
Baja á imprimir un ósculo en su frente.

Quien tiene un corazón en donde anida
El genio á cuya voz se cubre en flores
La paramal tristeza de la vida;

Y un ser al que combaten los dolores
Y esa noble ambición que pertenece
Al mundo de las almas superiores;

Culpable es, y su lira no merece
Si debiendo cantar, rompe su lira
Y silencioso y mudo permanece.

Porque es una tristísima mentira
Ver callado al zentzontle y apagado
El tibio sol que en nuestro cielo gira;

O ver el broche de la flor cerrado
Cuando la blanca luz de la mañana
Derrama sus caricias en el prado.

Que indigno es de la gloria soberana,
Quien siendo libre para alzar el vuelo,
Al ensayar el vuelo se amilana.

Y tú, que alientas ese noble anhelo,
Mal harás si hasta el cielo no te elevas
Para arrancar una corona al cielo...

Alzate, pues, si en tu interior aún llevas

El germen de ese afán que pensar te hace
En nuevos goces y delicias nuevas.

Sueña, ya que soñar te satisface
Y que es para tu pecho una alegría
Cada ilusión que en tu cerebro nace.

Forja un mundo en tu ardiente fantasía,
Ya que encuentras placer y te recreas
En vivir delirando noche y día.

Alcanza hasta la cima que deseas,
Mas cuando bajes de esa cima al mundo
Refiérenos al menos lo que veas.

Pues será un egoismo sin segundo,
Que quien sabe sentir como tú sientes
Se envuelva en un silencio tan profundo.

Haz inclinar ante tu voz las frentes,
Y que resuene á tu canción unido
El general aplauso de las gentes.

Que tu nombre do quiera repetido,
Resplandeciente en sus laureles sea
Quien salve tu memoria del olvido;

Y que la tierra en tus pupilas lea
La leyenda de una alma consagrada
Al sacerdocio augusto de la idea.

Sí, Laura... que tus labios de inspirada
Nos repitan la queja misteriosa
Que te dice la alondra enamorada;

Que tu lira tranquila y armoniosa
Nos haga conocer lo que murmura
Cuando entreabre sus pétalos la rosa;

Que oigamos en tu acento la tristura
De la paloma que se oculta y canta
Desde el fondo sin luz de la espesura;

O bien el grito que en su ardor levanta
El soldado del pueblo, que á la muerte
Envuelto en su bandera se adelanta.

Sí, Laura... que tu espíritu despierte
Para cumplir con su misión sublime,
Y que hallemos en tí á la mujer fuerte
Que del oscurantismo se redime.





¡SALVE!

EN UNOS PREMIOS

Hoy que radiante de vida,
De ensueños y de placer,
Vienes, juventud querida,
A palpar estremecida
Tus ilusiones de ayer.

Hoy que la gloria sonriente
Que con sus gracias te atrajo,
Te acaricia dulcemente,
Ciñendo sobre tu frente
Las coronas del trabajo.

Hoy que á la luz que destella
La estrella de la victoria
Sobre tu empezada huella,

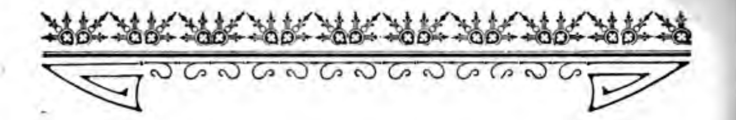
Ves surgir al cabo de ella
Todo un porvenir de gloria;

Gózate mientras agite
Tu noble alma la emoción,
Y entre tus goces, permite
Que á tus plantas deposite
Mi lira y mi corazón.

Y mañana que á seguir
Tus pasos vuelvas triunfante,
Recuerda hasta sucumbir
Que el lema del porvenir
Es marchar siempre adelante.

Y graba un tu pensamiento
Si tu valor se rebaja
Porque se agote tu aliento,
Que en el taller del talento
Quien triunfa es el que trabaja.





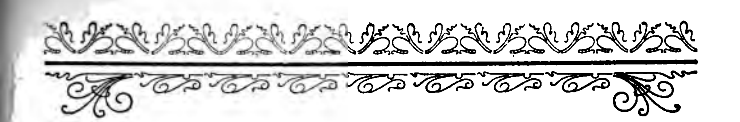
GRACIAS

A tí, niña, la voz del sentimiento,
La palabra dulcísima y serena...
Que me has hecho al arrullo de tu acento,
Olvidar èste eterno sufrimiento
Al que Dios ó la suerte me condena.
¡A tí... la blanca estrella, á la que debo
La luz de un rayo de ilusión y calma,
Yo que hace tanto tiempo que no llevo
Más que luto y tinieblas en el alma!
A tí... la que te llamas mensajera
De un porvenir de ensueños y de gloria
Que mi espíritu muerto ya no espera...
La dulce golondrina, la que me hablas
De una mañana y de una primavera,
En medio de estas brumas invernales,
Y en medio de estos ásperos breñales
Que ya no brotan ni una flor siquiera.

¡Gracias...! si tú no sabes ni adivinas
La suprema ventura que se siente
Cuando de la corona de la frente
Viene alguien á quitarnos las espinas;
Si ignoras lo que vale
Una frase de amor y de consuelo
Para aquel que suspira sin un cielo
Que guarde el *¡ay!* que de su pecho sale;
Yo no, que acostumbrado
A llorar mis dolores siempre solo
Y en el fondo de mi alma retirado,
Yo, niña, he comprendido que no hay queja
Como la queja que respuesta no halla,
Que no hay pesar como el pesar oculto,
Que no hay dolor como el dolor que calla,
Y que triste el llorar, agobia menos
La calcinante lágrima que rueda,
Cuando una mano cariñosa enjuga
La que temblando en las pestañas queda.
¡Sí, niña! desde ahora
Ya al sufrimiento no seré cobarde,
Ni me hará estremecer aterradora
La llegada tristísima de esa hora
Que empieza en las tinieblas de la tarde;
Te tengo á tí... la que á mi lado vienes
Cuando el consuelo de tu voz reclamo...
La que me das tus brazos y tu abrigo,
La que sufres conmigo si yo sufro,
La que al verme llorar lloras conmigo...
¡Gracias! y si algún día,
Cuando tu pecho al desengaño abras,
Llegas á padecer esta agonía
Y esta negra y letal melancolía
Que tanto han endulzado tus palabras,
Si alguna vez te miras en el mundo

Sola y abandonada á tu congoja,
Sin encontrar en tu dolor profundo
Quien tus calladas lágrimas recoja;
Llámame entonces, y á tu blando lecho,
Mientras que tú dormitas y descansas
Yo iré á velar tranquilo y satisfecho
Y á encender en el fondo de tu pecho
La estrella de las dulces esperanzas;
Llámame... y cuando en vano
Tiendas la vista en tu redor sombrío,
Yo iré á llevarte en el consuelo mío
Los besos y el cariño de un hermano.





POR ESO

Porque eres buena, inocente
Como un sueño de doncella,
Porque eres cándida y bella
Como un nectario naciente,

Porque en tus ojos asoma
Con un dulcísimo encanto,
Todo lo hermoso y lo santo
Del alma de una paloma,

Porque eres toda una esencia
De castidad y consuelo,
Porque tu alma es todo un cielo
De ternura y de inocencia,

Porque al sol de tus virtudes
Se mira en tí realizado
El ideal vago y soñado
De todas las juventudes;

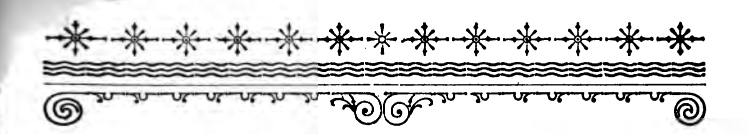
Por eso, niña hechicera,
Te adoro en mi loco exceso;
Por eso te amo, y por eso
Te he dado mi vida entera;

Por eso á tu luz se inspira
La fe de mi amor sublime;
¡Por eso solloza y gime
Como un corazón mi lira!

Por eso cuando te evoca
Mi afán en tus embelesos,
Siento que un mundo de besos
Palpita sobre mi boca;

Y por eso entre la calma
De mi existencia sombría,
Mi amor no anhela más día
Que el que una mi alma con tu alma,





MISTERIO

Si tu alma pura es un broche
Que para abrirse á la vida
Quiere la calma adormida
De las sombras de la noche.

Si buscas como un abrigo
Lo más tranquilo y espeso,
Para que tu alma y tu beso
Se encuentren solo conmigo.

Y si temiendo en tus huellas
Testigos de tus amores,
No quieres ver más que flores,
Más que montañas y estrellas;

Yo sé muchas grutas, y una
Donde podrás en tu anhelo,
Ver un pedazo de cielo
Cuando aparezca la luna,

Donde á tu tímido oído
No llegarán otros sones
Que las tranquilas canciones
De algún ruiseñor perdido.

Donde á tu mágico acento
Y estremecido y de hinojos,
Veré abrirse ante mis ojos
Los mundos del sentimiento.

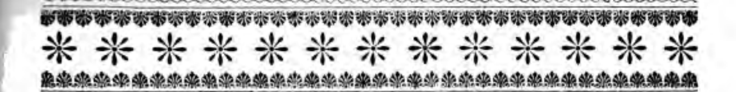
Y donde tu alma y la mía,
Como una sola estrechadas,
Se adormirán embriagadas
De amor y melancolía.

Ven á esa gruta, y en ella
Yo te diré mis desvelos,
Hasta que se hunda en los cielos
La luz de la última estrella,

Y antes que el ave temprana
Su alegre vuelo levante
Y entre los álamos cante
La vuelta de la mañana,

Yo te volveré al abrigo
De tu estancia encantadora,
Donde al recuerdo de esa hora
Vendrás á soñar conmigo...

Mientras que yo en el exceso
De la pasión que me inspiras
Irè á soñar que me miras,
E iré á soñar que te beso.



ESPERANZA

Mi alma, la pobre mártir
De mis ensueños dulces y queridos,
La viajera del cielo, que caminas
Con la luz de un delirio ante los ojos,
No encontrando à tu paso más que abrojos
Ni sintiendo en tu frente más que espinas;
Sacude y deja el luto
Con que la sombra del dolor te envuelve,
Y olvidando el gemir de tus cantares
Deja la tumba y á la vida vuelve.

Depón y arroja el duelo
De tu tristeza funeral y yerta,
Y ante la luz que asoma por el cielo
En su rayo de amor y de consuelo,
Saluda al porvenir que te despierta.

Transforma en sol la luna
De tus noches eternas y sombrías;

Renueva las sonrisas que en la cuna
Para hablar con los ángeles tenías;
Y abrigando otra vez bajo tu cielo,
De tus horas de niña la confianza,
Diles tu último adiós á los dolores,
Y engalana de nuevo con tus flores
Las ruinas del altar de tu esperanza.

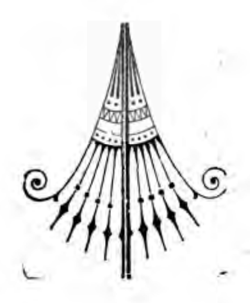
Ya es hora de que altivas
Tus alas surquen el azul como antes,
Ya es hora de que vivas,
Ya es hora de que cantes;
Ya es hora de que enciendas en el ara
La blanca luz de las antorchas muertas,
Y de que abras tu templo á la que viene
En nombre del amor ante sus puertas.

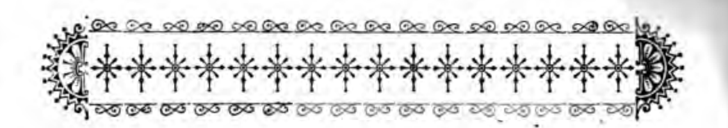
Bajo el espeso y pálido nublado
Que enluta de tu frente la agonía,
Aún te es dado que sueñes, y aún te es dado
Vivir para tus sueños todavía...
Te lo dice su voz, la de aquel ángel
Cuya memoria celestial y blanca
Es el solo entre todos tus recuerdos
Que ni quejas ni lágrimas te arranca...
Su voz dulce y bendita
Que cuando tu dolor aún era niño,
Bajaba entre tus cánticos de muerte,
Mensajera de amor á prometerte
La redención augusta del cariño...

Y yo la he visto, ¡mi alma! desgarrando
Del manto de la bruma el negro broche
Y encendiendo á la luz de su mirada,
Esas dulces estrellas de la noche

Que anuncian la alborada...
Yo he sentido el perfume voluptuoso
Del crespón virginal que la envolvía,
Y he sentido sus besos, y he sentido
Que al acercarse á mí se estremecía...

¡Sí, mi pobre cadáver, desenvuelve
Los pliegues del sudario que te cubre
Levántate, y no caves
Tu propia tumba en un dolor eterno!...
La vuelta de las aves
Te anuncia ya que terminó el invierno:
Saluda al sol querido
Que en el Levante de tu amor asoma,
Y ya que tu paloma vuelve al nido,
Reconstrúyele el nido á tu paloma.





RESIGNACION

A...

¡Sin lágrimas, sin quejas,
Sin decirlas adiós, sin un sollozo!
Cumplamos hasta lo último... la suerte
Nos trajo aquí con el objeto mismo,
Los dos venimos á enterrar el alma
Bajo la losa del escepticismo.

Sin lágrimas... las lágrimas no pueden
Devolver á un cadáver la existencia;
Que caigan nuestras flores y que rueden,
Pero al rodar, siquiera que nos queden
Seca la vista y firme la conciencia.

¡Ya lo ves! para tu alma y para mi alma
Los espacios y el mundo están desiertos...
Los dos hemos concluído,
Y de tristeza y aflicción cubiertos,
Ya no somos al fin sino dos muertos

Que buscan la mortaja del olvido.

Niños y soñadores cuando apenas
De dejar acabábamos la cuna,
Y nuestras vidas al dolor ajenas
Se deslizaban dulces y serenas
Como el ala de un cisne en la laguna;
Cuando la aurora del primer cariño
Aún no asomaba á recoger el velo
Que la ignorancia virginal del niño
Extiende entre sus párpados y el cielo,
Tu alma como la mía,
En su reloj adelantando la hora
Y en sus tinieblas encendiendo el día,
Vieron un panorama que se abría
Bajo el beso y la luz de aquella aurora;
Y sintiendo al mirar ese paisaje
Las alas de un esfuerzo soberano,
Temprano las abrimos, y temprano
Nos trajeron al término del viaje.

Le dimos á la tierra
Los tintes del amor y de la rosa;
A nuestro huerto nidos y cantares,
A nuestro cielo pájaros y estrellas;
Agotamos las flores del camino
Para formar con ellas
Una corona al ángel del destino...
Y hoy en medio del triste desacuerdo
De tanta flor agonizante ó muerta,
Ya sólo se alza pálida y desierta
La flor envenenada del recuerdo.

Del libro de la vida
La que escribimos hoy es la última hoja..

Cerrémoslo en seguida,
Y en el sepulcro de la fé perdida
Enterremos también nuestra congoja.
Y ya que el cielo nos concede que este
De nuestros males el postrero sea,
Para que el alma á descansar se apreste,
Aunque la última lágrima nos cueste,
Cumplamos hasta el fin con la tarea.
Y después cuando al ángel del olvido
Hayamos entregado estas cenizas
Que guardan el recuerdo adolorido
De tantas ilusiones hechas trizas
Y de tanto placer desvanecido,
Dejemos los espacios y volvamos
A la tranquila vida de la tierra,
Ya que la noche del dolor temprana
Se avanza hasta nosotros y nos cierra
Los dulces horizontes del mañana.

Dejemos los espacios, ó si quieres
Que hagamos, ensayando nuestro aliento,
Un nuevo viaje á esa región bendita
Cuyo sólo recuerdo resucita
Al cadáver del alma al sentimiento,
Lancémonos entonces á ese mundo
En donde todo es sombras y vacío,
Hagamos una luna del recuerdo
Si el sol de nuestro amor está ya frío;
Volemos, si tu quieres,
Al fondo de esas mágicas regiones,
Y fingiendo esperanzas é ilusiones,
Rompamos el sepulcro, y levantando
Nuestro atrevido y poderoso vuelo,
Formaremos un cielo entre las sombras,
Y seremos los duendes de ese cielo.



EPITALAMIO

A MI QUERIDO AMIGO J. M. BANDERA

Pues que en tu cielo aún brilla
la luz de la esperanza,
Pues que en tu mundo aún vierte
la fé su resplandor,
Poeta, duerme y sueña
mientras que tu alma avanza
Por esa blanca huella
que te abre en lontananza
La encarnación bendita
del ángel de tu amor.

Embriáguete la copa
de sueños y ventura
Que acerca hasta tus labios
su mano virginal,
La misma que en tus horas
inmensas de amargura

Rasgaba de tu noche
    la negra vestidura
Para encender en ella
    la luz de lo inmortal.

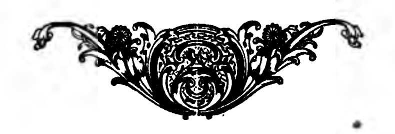
Que lance tu arpa al aire
    su acento enamorado;
Que tiemble entre sus cuerdas
    tu ardiente corazón,
Tu afán está cumplido,
    tu ensueño realizado:
Ya tiene una ave el nido
    que estaba abandonado,
Ya vuelve al culto el templo
    cerrado á la ilusión.

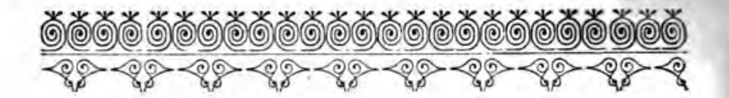
Del viaje que á los cielos
    tu noble fé emprendiera,
Buscando lo que el mundo
    jamás te pudo dar,
Ceñida de ilusiones
    ha vuelto la viajera,
Trayéndote en sus brazos
    la dulce compañera
Que tanto reclamaban
    los ecos de tu hogar

Piadosa de tu luto,
    piadosa de tu duelo,
Tendió al oir tus quejas
    sus alas hacia aquí...
¡Poeta! dale gracias
    y fórmale en tu anhelo,
Un mundo donde acabe
    por olvidar el cielo,

El cielo venturoso
 que abandonó por tí.

Despiértate á la aurora
 dichosa de este día
En que por fin acaban
 tus noches de dolor;
Y en brazos de la virgen
 que tu ilusión te envía,
Elévate á ese espacio
 donde alza su armonía
La voz del infinito,
 del alma y del amor.





DOS VICTIMAS

¿Se acuerda usted de Juan? de aquel muchacho
De quien le dije á usted
Que eran aquellos cuadros tan bonitos
¿Y el paisajito aquél?
¿Sí? pues, señor, ayer por la mañana
Como á eso de las diez,
Se suicidó por celos de su novia;
¿Lo pasará usted á creer?
Yo no pude ir á verle, porque he estado
Muy malo desde antier;
Pero Antonio, el que en casa de Jacinta
Nos habló aquella vez,
Cuando por poco mata á usted á palos
El papá de Isabel,
Dice que estaba el pobre hecho pedazos
Desde el cuello á los pies,
Con la lengua de fuera y con los ojos
Volteados al revés;
Que el pavimento estaba ensangrentado,

Manchada la pared,
Y que además del pecho en que tenía
Dos heridas ó tres
Se rasgó la garganta y, según dicen,
La barriga también.
Juzgando por el dicho de los guardas
Y el dueño del hotel,
El arma con que Juan se dió la muerte
Fué un tronchete leonés.
El caso es que en la bolsa del chaleco
Le hallaron un papel
Que, sobre poco más ó menos, dice
Lo que va usted á ver:
—Para que á nadie acuse de mi muerte
Don Tiburcio Montiel,
Sépase que me mato, porque quiero
Dejar de padecer...
Porque ya estoy cansado de esta vida
Que tan odiosa me es,
Y porque ya he bebido hasta las heces
El cáliz de la hiel.
Mi novia Sinforiana se ha casado,
Y esto no puede ser...
Un desgraciado menos... Pasajero,
¡Ruégale á Dios por él...!—
Así dice la carta que yo mismo
Ví en «El Siglo» de ayer,
¿Quién se hubiera pensado hace tres días,
Figúrese usted, quién,
Que aquel huero tan gordo y colorado,
Que el barbencito aquel,
Tan callado y tan serio, moriría
Pocas horas después...?
¿Verdad que nadie? pues el hecho es ese,
Así como también

Que la tal Sinforiana ha derramado
Mil lágrimas por él,
Pues dice que su esposo el comandante,
Solamente en un mes,
Le ha dado tres palizas soberanas
Sin contar la de ayer;
Que llega por la noche en un estado
Incapaz de embriaguez;
Que sin llevarle el diario le está siempre
Pidiendo que comer,
Y, en fin, que una y mil veces le ha pesado
Haberse ido con él.
La pobrecita está tan apurada
Que ya no halla qué hacer,
Y según yo la he visto, apostaría
Doscientos contra cien,
A que si dura, durará á lo mucho
¡Hasta fines del mes...!
Conclusión.—Sinforiana se ha matado.
¿No se lo dije á usted?



ENTONCES Y HOY

Ese era el cuadro que, al romper la noche,
Sus velos de crespón,
Alumbró, atravesando las ventanas,
La tibia luz del sol:
Un techo que acababa de entreabrirse
Para que entrara Dios,
Una lámpara pálida y humeante
Brillando en un rincón.
Y entre las almas de los dos esposos,
Como un lazo de amor,
Una cuna de mimbres con un niño
Recien nacido... *¡yo!*
Posadas sobre la áspera cornisa
Todas de dos en dos;
Las golondrinas junto al pardo nido
Lanzaban su canción.
En tanto que á la puerta de sus jaulas,
Temblando de dolor,
Mezclaban la torcaza y los zentzontlis

Sus trinos y su voz.
La madreselva, alzando entre las rejas
Su tallo trepador,
Enlazaba sus ramas y sus hojas
En grata confusión,
Formando un cortinaje en el que había
Por cada hoja una flor,
En cada flor una gotita de agua,
Y en cada gota un sol,
Reflejo del dulcísimo de entonces
Y del doliente de hoy.
Mi madre, la que vive todavía
Puesto que vivo yo,
Me arrullaba en sus brazos suspirando
De dicha y de emoción,
Mientras mi padre en el sencillo exceso
De su infinito amor,
Me daba las caricias que más tarde
La ausencia me robó,
Y que á la tumba en donde duerme ahora
A pagarle aún no voy...
Forma querida del amante ensueño
Que embriagaba á los dos,
Yo era en aquel hogar y en aquel día
De encanto y bendición,
Para mi cuna blanca, un inocente,
Para el mundo un dolor,
Y para aquellos corazones buenos
¡Un tercer corazón....
De aquellas horas bendecidas, hace
Veintitres años hoy...
Y de aquella mañana á esta mañana,
De aquel sol á este sol,
Mi hogar se ha retirado de mis ojos,
Se ha hundido mi ilusión,

Y la que tiene al cielo entre sus brazos,
La madre de mi amor,
Ni viene á despertarme en las mañanas,
Ni está donde yo estoy;
Y en vano trato de que mi harpa rota
Module una canción,
Y en vano de que el llanto y sus sollozos
Dejen de ahogar mi voz...
Que solo y frente á todos los recuerdos
De aquel tiempo que huyó,
Mi alma es un santuario en cuyas ruinas,
Sin lámpara y sin Dios,
Evoco á la esperanza, y la esperanza
Penetra en su interior,
Como en el fondo de un sepulcro antiguo
Las miradas del sol...

* * *

Bajo el cielo que extiende la existencia
De la cuna al panteón,
En cada corazón palpita un mundo,
Y en cada amor un sol...
Bajo el cielo nublado de mi vida
Donde esa luz murió,
¿Qué hará este mundo de los sueños míos?
¿Qué hará mi corazón?



AL POETA MARTIR

JUAN DIAZ COVARRUBIAS

I

Hoy que de cada laúd
Se eleva un canto á tu muerte,
Con la que supiste hacerte
Un altar del ataúd;
Unido á esa juventud
Que tu historia viene á hojear,
Mientras ella alza el cantar
Que en su pecho haces nacer,
Yo también quiero poner
Mi ofrenda sobre tu altar.

II

En la tumba donde flota
Tu sombra augusta y querida
Descansa muda y dormida

La lira de tu alma, rota...
De sus cuerdas ya no brota
Ni la patria ni el amor;
Pero en medio del dolor
Que sobre tu losa gime
Ese silencio sublime,
Ese es tu canto mejor.

III

Ese es el que se levanta
De la harpa del patriotismo;
Ese silencio es lo mismo
Que la libertad que canta;
Pues en esa lucha santa
En que te hirió el retroceso,
Al sucumbir bajo el peso
De la que nada respeta,
Sobre el cadáver del poeta
Se alzó cantando el progreso.

IV

Un monstruo cuya memoria
Casi en lo espantoso raya,
El que subió en Tacubaya
Al cadalso de la historia,
Sacrificando su gloria
Creyó su triunfo más cierto,
Sin ver en su desacierto
Y en su crueldad olvidando,
Que un labio abierto y cantando
Habla menos que el de un muerto.

V

De tu existencia temprana
Tronchó la flor en capullo,

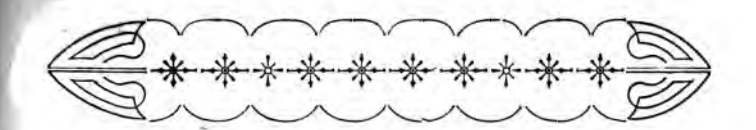
Matando en ella al orgullo
De la lira americana.
Tu inspiración soberana
Rodó ante su infamia vil;
Pero tu pluma gentil
Antes de romper su vuelo,
Tomó por página el cielo
Y escribió *el once de Abril.*

VI

La patria á quien en tributo
Tu santa vida ofreciste,
La patria llora y se viste
Por tu memoria, de luto...
Y arrancando el mejor fruto
De su glorioso vergel,
Te erige un altar y en él,
Corona tu aliento noble
Con la recompensa doble
De la palma y el laurel.

VII

Si tu afán era subir
Y alzarte hasta el infinito,
Ansiando dejar escrito
Tu nombre en el porvenir;
Bien puedes en paz dormir
Bajo tu sepulcro, inerte:
Mientras que la patria al verte
Contempla enorgullecida,
Que si fué hermosa tu vida,
Fué más hermosa tu muerte.



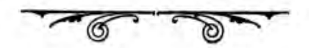
SONETO

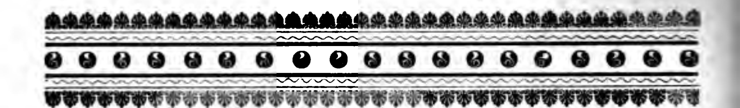
Á MI QUERIDO AMIGO Y MAESTRO MANUEL DOMÍNGUEZ

Sabiendo, como sé, que en esta vida
Todo es llanto, tristeza y amargura,
Y que no hay ni siquiera una criatura
Que no lamente una ilusión perdida.

Sabiendo que la dicha apetecida
Es la sombra y no más de una impostura,
Y que la sola aspiración segura
Es la que al sueño eterno nos convida:

Mi voz no puede levantar su acento
Para desearte, á más de los que tienes,
Otros años de lucha y sufrimiento;
Pero mi voz te da sus parabienes,
Porque sé que hasta el último momento
Brillará la honradez sobre tus sienes.





HIMNO

A LA SOCIEDAD FILOIATRICA

CORO

Hoy es nuestro cumpleaños,
hoy es la luz del día,
La misma de aquel día
que nos sintió vivir,
Cuando era nuestra gloria
la niña que nacía,
Cuando era el sol la ciencia,
y el cielo el porvenir.

I

Viajeros de la gloria,
que en fe de vuestra creencia
Buscáis donde á la ciencia
rendir adoración,
Ni os hace falta un templo
teniendo la conciencia,

Ni os hace falta una arpa
teniendo el corazón.

II

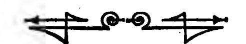
Que libres y tranquilos
se mezclan en el viento
La tímida violeta
y el pálido azahar,
Teniendo en vuestras almas
Las flores del talento
Ningunas son más propias
ni dignas de su altar.

III

Para esa nueva Vesta
que exige del que la ama
Velar constantemente
de su ara junto al pié,
¡Ni antorchas ni perfumes...!
soplad sobre la llama,
Y que jamás se extinga
la luz de vuestra fé.

IV

Así es como á la ciencia
se deben los cantares,
Así es como á la ciencia
se debe la ovación;
Cambiando para el culto
del mundo en sus altares,
Al hombre en sacerdote,
Y al libro en oración.





ANTE UN CADAVER

¡Y bien! aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.

Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
A que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.

Aquí donde la fábula enmudece
Y la voz de los hechos se levanta
Y la superstición se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta
A leer la solución de ese problema

Cuyo sólo enunciado nos espanta.

Ella que tiene la razón por lema
Y que en tus labios escuchar ansía
La augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya... tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe,
Tu máquina vital descansa inerte
Y á cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más! dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida
Se acercarán á tí, y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida.

Pero, ¡no!... tu misión no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos,
Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando al querer medirla le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro sér reviste, ni tampoco
Será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar donde la triste esposa
Sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto
Irá al lecho infeliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores
Tu cráneo lleno de una nueva vida,
En vez de pensamientos dará flores,

En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó al adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo à la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Allí acaban la fé y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota
Se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El ser que muere es otro ser que brota.

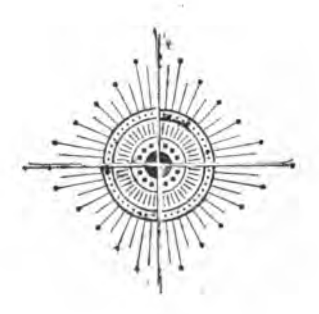
El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera
Y forma y hace de él otro organismo.

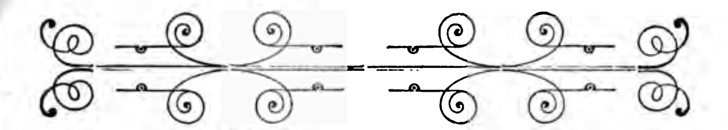
Abandona á la historia justiciera
Un nombre, sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.

Él recoje la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto
Se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto,
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria
A la que tanto nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas; pero nunca muere.





LA FELICIDAD

Un cielo azul, dos estrellas
Brillando en la inmensidad;
Un pájaro enamorado
Cantando en el florestal;
Por ambiente los aromas
Del jazmín y el azahar;
Junto á nosotros el agua
Brotando del manantial:
Nuestros corazones cerca,
Nuestros labios mucho más,
Tú levantándote al cielo
Y yo siguiéndote allá,
Ese es el amor, mi vida,
¡Esa es la felicidad...!
Cruzar con las mismas alas
Los mundos de lo ideal;
Apurar todos los goces,

Y todo el bien apurar;
De los sueños y la dicha
Volver á la realidad,
Despertando entre las flores
De un césped primaveral;
Los dos mirándonos mucho,
Los dos besándonos más,
Ese es el amor, mi vida,
¡Esa es la felicidad...!





ODA

ANTE EL CADÁVER DEL DR. JOSÉ B. DE VILLAGRÁN

Si la vida es un cielo, y si la muerte
Es la noche más negra de ese cielo,
Cuando el hombre al morir deja encendida
La luz inmaculada de sus huellas;
Cuando igual á la tarde,
Sucumbe ceronándose de estrellas
Y haciendo en su caída
De un astro nuevo aparecer la cuna,
Entonces esa sombra maldecida
Que se alza del abismo de la nada,
Si es la noche en el cielo de la vida,
En el cielo del triunfo es la alborada.

La tumba se convierte
En el primer peldaño de esa escala

Que los Jacob del genio sueñan tanto;
La lira de la muerte
En lugar de un gemido ensaya un canto;
Y la cripta mortuoria
Se cambia ante la losa que la cierra,
En la última jornada de la tierra
Y en la primera jornada de la gloria.

Allí es donde comienza ese paisaje
Con que á su fé y á su destino fieles,
Deliran en su afán los soñadores;
Donde está la partida de ese viaje
Que tiene por bellísimo miraje
Todo un mundo de palmas y de flores...
Allí es donde el Colón-inteligencia,
Divisando en la playa de su anhelo
La santa realidad de su creencia,
Se alza en todo el vigor de su conciencia
Gritando al verla y al tocarla... *¡cielo!*

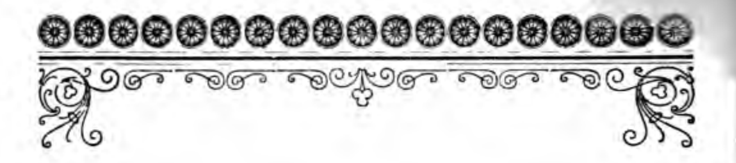
La muerte no es la nada,
Sino para la chispa transitoria
Cuya luz ignorada
Pasa, sin alcanzar una mirada
De la pupila augusta de la historia;
Pero la flor que muere y que se inclina
Falta de aliento y de vigor al suelo,
Sigue viviendo aún en el mismo ocaso
Que de sus ricas galas la despoja,
Cuando al rodar del vaso la última hoja
Queda su esencia perfumando el vaso.

Tú sucumbiste así; y aunque el abismo
Al mundo robe con tu cuerpo un hombre,
Tú para el mundo seguirás el mismo

Mientras viva el perfume de tu nombre;
Por eso el sentimiento
Que en torno á este ataúd nos ha reunido,
No ès el dolor hipócrita que al viento
Lanza la inútil queja de un gemido;
No es el pesar que apaga su lamento
En el silencio ingrato del olvido,
Sino el placer que brota y se levanta
Sobre la eterna marca de tus huellas,
Y que del himno que escribiste en ellas
Hace el himno inmortal con que te canta.

Venimos á ceñir sobre tu frente
La corona de luz que tú querías;
A recoger para tu fé naciente
La llama que en tu espíritu escondías...
Y al mundo triste y de dolor cubierto
Que aguarda á que la tumba te devore
Venimos á decirle que no llore,
Venimos á decirle que no has muerto...

Que hoy es cuando tú naces
A la luz de la gloria y de la vida,
Y hoy cuando te despiertas y cuando haces
Tu entrada por la tierra prometida,
Que en vez de ser testigos
De un crepúsculo débil que se apaga,
Los que hoy venimos á entregar un hombre
Al antro de las sombras eternales,
Venimos á encender en su desierto
El sol que se alza de ese libro abierto
Donde quedan tus hechos inmortales.



AL RUISEÑOR MEJICANO

Hubo una selva y un nido
Y en ese nido un jilguero
Que alegre y estremecido,
Tras de un ensueño querido
Cruzó por el mundo entero.



Que de su paso en las huellas
Sembró sus notas mejores,
Y que recogió con ellas
Al ir por el cielo, estrellas,
Y al ir por el mundo, flores.



Del nido y de la enramada
Ninguno la historia sabe;

Porque la tierra admirada
Dejó esa historia olvidada
Por escribir la del ave.

***

La historia de la que un día,
Y al remontarse en su vuelo,
Fué para la patria mía
La estrella de más valía
De todas las de su cielo.

***

La de aquella á quien el hombre
Robara el nombre galano
Que no hay á quien no le asombre,
Para cambiarlo en el nombre
De Ruiseñor mejicano.

***

Y de la que al ver perdido
Su nido de flores hecho,
Halló en su suelo querido
En vez de las de su nido
Las flores de nuestro pecho.

***

Su historia... que el pueblo ardiente
En su homenaje más justo
Viene á adorar reverente
Con el laurel esplendente
Que hoy ciñe sobre tu busto.

Sobre esa piedra bendita
Que grande entre las primeras,
Es la página en que escrita
Leerán tu gloria infinita
Las edades venideras;

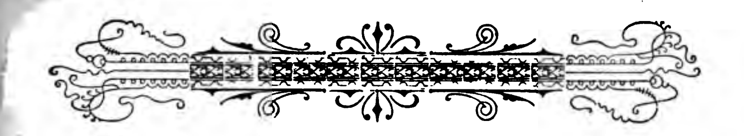


Y que unida á la memoria
De tus hechos soberanos,
Se alzará como una historia
Hablándoles de tu gloria
A todos los mejicanos.



Porque al mirar sus destellos
Resplandecer de este modo,
Bien puede decirse entre ellos
Que el nombre tuyo es de aquellos,
Que nunca mueren del todo.





LA VIDA DEL CAMPO

Beatus ille qui procul negotiis...
Horacio.

Yo no sé si el señor Horacio Flaco
Fué quien se alzó el primero,
Echando á noramala la cultura
Y hablando de la dicha y la ventura
Que se goza viviendo á lo ranchero;
Yo no sé si el buen vate poseería
Quinta ó hacienda, ó lo que allá se estile,
Ni si viviendo en ella se hallaría
Cuando dió en escribir su *Beatus ille;*
Pero el hecho y el caso
Es que desde él á Rosas,
Sin contar á Fray Luis y á Garcilaso,
No hay poeta que no hable á cada paso
De la vida del campo y de sus cosas;
Y tanto de magnífico y de bueno
Nos dicen de esa vida,

Y tanto nos repiten *la escondida*
Senda y la fruta del cercado ajeno,
Que ganas dan de veras
De comprar unas buenas chaparreras,
De abandonar el fieltro por el ancho,
El bastón por la reata,
Y adiós diciendo á la ciudad ingrata,
A caballo ó á pié lanzarse á un rancho.
Y como esos señores
Saben decirlo y presentarlo todo
Con ese *memodeodo*
Exclusivo á los buenos escritores,
De aquí resulta en consecuencia clara,
Que ante cuadros tan bellos y felices,
Más de cuatro lectores
Se quedan con un palmo de narices
Y soñando en rediles y pastores.

De estos cuatro entusiastas, el que menos
Es seguro que exclama:
«¡Oh! ¡la vida del campo! ¡Cuán hermoso
Debe de ser en la abrasada siesta
Gozar de la frescura y del reposo,
Cabe la margen del riachuelo undoso
Que corre serpenteando en la floresta!»
O bien si se halla çerca la señora
Con la que piensa dar en el *busilis*,
Y que tiene por fuerza que ser Filis
Desde el momento en que entre á labradora,
Le dirá: «Por la tarde, Filis mía,
Nos iremos al monte, y desde el monte
Verás cuán grato es al morir el día
El cuadro que presenta el horizonte.»
Y ésto, que ciertamente
Es de una grande y poética belleza,

Le parece al *señor* tan convincente,
Que sin andarse *en chicas*,
Ni pensarlo primero,
Se mete de ranchero en la confianza
De que el dolor no puede ser ranchero.

¡Ah! ¡si yo refiriera una por una
Las víctimas que debe
Este error, en el siglo diez y nueve
Va haciéndose tan raro por fortuna!
Sin caminar más lejos,
Yo que conmigo aún no me reconcilio
Por haberme buscado esa desgracia;
Yo soy el más completo verbi gracia
De un mártir de su amor por el idilio.

Dióme hace tiempo ya por la manía
De leer y releer cuanto á mis manos
Sobre la vida pastoril caía,
Y tanto dí en pensar noche y día
Sobre los bienes rústicos y urbanos,
Que convencido al fin de que la corte
Solo es del mal y del dolor la senda,
Exclamé: ¡Que el demonio te soporte...!
Y después de pedir mi pasaporte
Me puse en dirección para una hacienda.

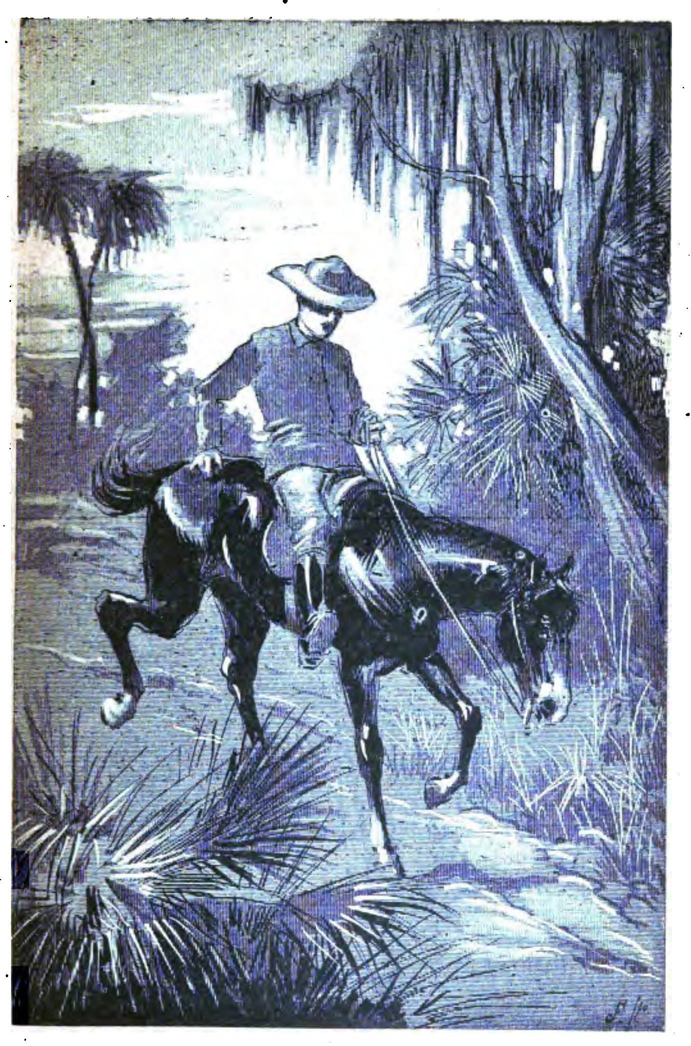
Aún no asomaba el rubicundo Febo
Poniendo al universo como nuevo,
Y el saltador y alegre jilguerillo
Aún no alzaba su canto entre las breñas,
Cuando yo y mi tordillo,
Un animal muy bruto por más señas,
Atravesando cerros y asustando
Aquí á un conejo y más allá á una liebre,

Ibamos ya en vereda y caminando
Yo en busca de un hogar y él de un pesebre.

Después de una hora larga
De correr y correr á la ventura,
A despecho y pesar de mi andadura
Que protestaba ya contra la carga,
Más que pesada, dura,
Y más que dura y que pesada, amarga,
Pues era nada menos mi amargura;
Después de una hora impía
De correr y de andar inútilmente,
Sin poder distinguir ni aún vagamente
Las señales de alguna ranchería,
Dimos por fin con una
Donde cansados ya de correr tanto,
Mi animal se alzó y dijo: *¡qué fortuna!*
Y yo me bajé y dije: *¡aquí me planto!*

Hacerlo, y que tres perros
Se me echaran encima, fué todo uno;
Pero á la voz de alarma,
Salieron de la choza unos pastores,
Y cogiendo unas piedras, que son la arma
De que se valen siempre esos señores,
A su sola presencia fué acabando
Del canino furor hasta el residuo,
Y yo pude por fin en eco blando
Cantar la instalación de mi individuo.

—¡Oh habitantes felices
De esta comarca rústica y tranquila...!—
Les dije yo tan luego
Que ví los canes en lugar seguro.
—Yo vengo aquí tras del feliz sosiego



Ibamos ya en vereda y caminando
Yo en busca de un hogar y él un pesebre

(Pág. 128.)

[illegible]

Que en la alma del labriego
Derrama este aire embalsamado y puro,
Cansado de la vida
Que se lleva en la corte aborrecida;
Yo vengo con el mal que me destroza
Y que gimiendo mi zampoña exhala,
A que me déis un sitio en vuestra choza,
Media torta de pan... y una zagala.—

Así fué, sobre poco más ó menos,
El pequeño y tristísimo discurso
Que improvisé al mirarme entre el concurso
De aquellos hombres rústicos y buenos;
Y media hora después, una pastora,
No Flérida ni Arminda,
Pero, eso sí, tan linda
Que casi era una chica encantadora,
Se presentó á mi vista completando
Con un trozo de pan que me traía
Las tres cosas aquellas,
Y haciéndome gozar con todas ellas,
De modo que yo dije: *¡aquí es la mía!*
Nunca lo hubiera dicho,
O por mejor decir, no lo hubiera hecho,
Pues apenas sintió ella sobre su hombro
Un beso que le dí en mi desvarío,
Cuando con triste asombro,
Cayó de mi ilusión sobre el escombro
Un bofetón de Dios y Señor mío...

Después de que comí aquel pan amargo
Al que hizo más amargo este detalle,
De mi fé y de mis creencias en descargo
Pronuncié suspirando un *sin embargo,*
Y me puse en camino para el valle...

Allí, pensaba yo, mientras seguía
El mejor y más cómodo sendero,
Allí bajo de un olmo
Encontraré un consuelo en mi tristeza,
Ya que la pérfida esa
A mi pena y dolor ha puesto colmo,
Bajo sus verdes y brillantes hojas
Iré á llorar la pena que me mata;
Y si la muy ingrata
Va á reirse aún allí de mis congojas,
Pues que en mi tierno y ardoroso ahinco
Ni una sonrisa de su amor merezco,
O le hago comprender lo que padezco,
O le hago comprender *¡cuántas son cinco!*

Pero, señor, en el bendito valle,
Como en la alma de un poeta de veinte años.
Todo estaba tan seco y tan marchito
Como ella á los primeros desengaños,
Los árboles sin ramas y sin hojas,
La hierba macilenta y amarilla,
Y en medio de este cuadro y á lo lejos,
Un arroyo estancado, á cuya orilla
Rumiaban con afán dos toros viejos.
Ante tal panorama,
Yo que soñaba coronar mi frente
Con las flores cogidas á una rama
De las verdes y muchas de la fuente;
Yo que soñaba en recrear mi oído
Con la canción dulcísima y sabrosa
Del tordo filarmónico escondido
Cabe las ramas de la selva umbrosa,
Me senté sobre el tronco de un encino
Y me puse á llorar con tantas ganas,
Que los cielos al verme y al oirme

Llorar con un dolor tan verdadero,
Empezaron también recio y de firme
A gemir y á llorar un aguacero.

¡Ay! cómo y cómo entonces
Extrañé los *simones* de la plaza,
Y cómo fué aquel líquido elemento
Que entraba hasta mis huesos poco á poco,
El mejor y más sólido argumento
Para obligarme á ver que estaba loco.
Cuando llegué á la choza, las estrellas
Brillaban ya en el éter indeciso,
Y en derredor del fuego
Que alumbraba muy poco ciertamente,
Me hallé con que á la ley de un uso añejo,
Pero para ellos bueno y necesario,
Bajo la voz de un viejo, un poco viejo,
Rezaban todos juntos el rosario.
Esto sí no es conmigo,
Me dije yo al primer *Santa María,*
Viendo que no era aquella la más propia
Ocasión de salvarme del infierno;
Y encontrando en la fé que mi alma acopia,
Que aquella copia era muy mala copia
Para darle el valor de un Padre Eterno;
Y como el sueño, gente que no reza,
Me estaba ya doblando la cabeza
Y yo empezaba ya á sentir en mi alma
Sus primeras y dulces vaguedades,
Me decidí á dormir en santa calma
Para acabar con tantas necedades....

—El sueño por lo menos
Me hará gozar de la ilusión que ansío—
Pensaba yo temblando

¡Y estremecido todo por el frío!
—Y como ellos me han puesto en este brete
Que peor no puede ser según barrunto,
Evocaré á Fray Luís y á Navarrete
¡Y les diré lo que hay sobre el asunto...!—

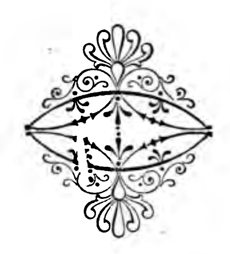
Y me dormí... pero una santa gota
Que cayendo del techo
Con una precisión constante y rara,
Bajaba desde el techo hasta la cara
Para seguir después por todo el pecho,
Me obligó á despertar en el instante
En que soñaba yo, lleno de galas,
Bailar bajo la luz de un sol brillante
Entre un grupo magnífico y radiante
De blancas y bellísimas zagalas.

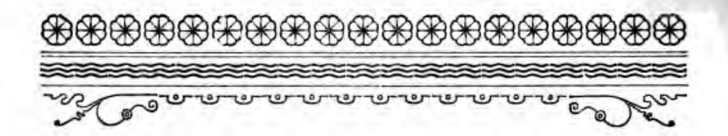
¡Ah! y lo que roncan esas buenas gentes
Que á los más fuertes árboles destroncan,
Y que hacen tanto ruido con los dientes
Que parece mentira lo que roncan:
Nunca me hubiera yo ni sospechado
Ver por aquellos mundos,
Reunidos y durmiendo lado á lado
Tantos *bajos profundos*...
Así es que hallando aquello peor que el rezo,
Pues era una calumnia contra el arte,
Le dí gracias á Dios, y después de eso,
Me largué con la música á otra parte.

Metido entre un trigal y decidido
A terminar con él lo que era fácil
No estando muy crecido,
Me encontré al animal de mi caballo
Tan dado y atareado en su faena,

Que á no ser por un medio
Muy usado y común entre animales,
Probablemente no hallo otro remedio
De sacarlo de aquellos andurriales.

Y aún no asomaba iluminando al mundo
La dulce claridad del rubicundo,
Y la pastora aquella
Aún se alzaba á ver la última estrella,
Cuando cansado ya de ser tan loco
Y de soñar en lo que ya no pasa,
Rompí de mi ilusión las dulces redes
Y me volví á la corte y á mi casa,
Donde estoy á las órdenes de ustedes.





ODA

Á LA MEMORIA DEL EMINENTE NATURALISTA

EL DOCTOR LEONARDO OLIVA

Si eso fuera, si fuera cierto
Que la última palabra de la vida
Es la palabra débil y no oída
Con que del mundo se despide un muerto
Si la existencia humana
Solo durara lo que dura el soplo
Que la alienta y la empuja en su camino,
Y si el límite negro de las tumbas
Fuera el límite impuesto á su destino;
La majestad que su misión encierra
Con su aliento vital se perdería,
Y el cadáver de un sabio no sería
Sino un cadáver más sobre la tierra...

Pero, ¡no! que si el golpe de la muerte
Es bastante á doblar bajo su peso
Lo mismo que al idiota al varón fuerte,
Jamás podrá la tumba
Prestarles á los dos la misma talla.
Como el destino ciego
Jamás podrá bajo su golpe injusto,
Igualar á la encina y al arbusto
Que ruedan bajo el hacha del labriego.
Los hombres son iguales
Ante el abierto fondo de un sepulcro,
Porque del hombre en el cadáver frío
La creación inmortal no ve ni encuentra,
Sino una estatua que al perder la forma
Para otra forma en sus talleres entra;
Pero allí donde se hunde
Todo pié, y enmudece todo labio,
Allí donde se pierde y se confunde
La huella del idiota y la del sabio,
Si la tumba entreabierta
Cubre á los dos bajo la misma calma,
Y si al cruzar la inmensidad desierta
Los dos encuentran la misma puerta
Confundiendo en el cielo á una y otra alma;
La justiciera historia
Dejando al uno vejetar perdido,
Alza al otro un altar en su memoria,
Marcando entre los dos la diferencia
Que la tierra y el cielo
Borran ante la vida y la creencia,
Y haciendo en el lugar aborrecido
Donde acaba esta vida transitoria,
Algo como otro cielo, de la gloria,
Y algo como otro infierno, del olvido...

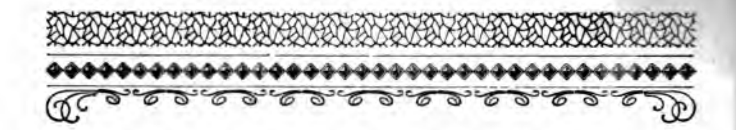
Podrá el cincel hebreo
Dar á Josué una estatua en sus talleres
Y negar esa estatua á Galileo;
Pero no podrá hacer que olvide el mundo
El robusto y divino *e pur si muove*
De su credo profundo;
Que á pesar del fanático sombrío
Que en el silencio del dolor lo encierra,
Su grito sonará sobre la tierra
Mientras ruede la tierra en el vacío...
Podrá el templo cristiano
Desdeñar para su aire otro perfume,
Que el del incienso que en columnas blancas
Sobre el dorado vaso se consume;
Pero el santuario augusto de la ciencia
Jamás tuvo en su altar mejor aroma,
Que en aquel santo día
En que era un mundo entero el incensario,
Y un loco, un pensador, un temerario,
Quien aquel incensario le ofrecía.

La ciencia, como el cielo,
Tiene también sus himnos y sus cantos,
Y, lo mismo que Dios, tiene su culto,
Y, lo mismo que Dios, tiene sus santos...
En vez de las suntuosas catedrales
Que el suelo cubren con su inmensa mole,
Ella tiene la escuela, donde unidos
Por el amor sagrado de la idea,
Sobre el arpa bendita del santuario
Levantan la oración del pensamiento,
El sabio contemplando el firmamento
Y el niño deletreando el silabario.

Y allí es donde la gloria

Tiene un altar y un busto
Para cada escogido de la historia;
Allí es donde la ciencia
Va á repetir entre el clamor del mundo,
La palabra de luz del moribundo
Que sucumbe en la fé de su conciencia.
Y allí es donde tú vives, varón justo,
Al que ahora bendice en sus altares
La santa voz del porvenir augusto;
El que tu ciencia y tus virtudes premia,
Consagrando á tu ciencia y sus virtudes
Las canciones de todos sus laúdes
En el templo inmortal de la Academia.
Allí será donde tu boca, el libro,
Nos seguirá enseñando las verdades
Que al Universo le arrancó tu aliento;
Y allí donde el progreso agradecido
Cuando la historia de tus hechos abra,
Llegará con tu nombre bendecido
A tocar á las puertas del olvido
Para hacerte brotar de tu palabra.





SONETO

Porque dejaste el mundo de dolores
Buscando en otro cielo la alegría
Que aquí, si nace, sólo dura un día
Y eso entre sombras, dudas y temores.

Porque en pos de otro mundo y de otras flores
Abandonaste esta región sombría,
Donde tu alma gigante se sentía
Condenada á continuos sinsabores:

Yo te vengo á decir mi enhorabuena
Al mandarte la eterna despedida
Que de dolor el corazón me llena;
Que aunque cruel y muy triste tu partida,
Si la vida á los goces es agena,
Mejor es el sepulcro que la vida.





ADIOS

A....

Después de que el destino
me ha hundido en las congojas
Del árbol que se muere
crujiendo de dolor,
Tronchando una por una
las flores y las hojas
Que al beso de los cielos
brotaron de mi amor.

***

Después de que mis ramas
se han roto bajo el peso
De tanta y tanta nieve
cayendo sin cesar,
Y que mi ardiente savia
se ha helado con el beso

Que el ángel del invierno
me dió al atravesar.



Después... es necesario
que tú también te alejes
En pos de otras florestas
y de otro cielo en pos;
Que te alces de tu nido,
que te alces y me dejes
Sin escuchar mis ruegos
y sin decirme adiós.



Yo estaba solo y triste
cuando la noche te hizo
Plegar las blancas alas
para acogerte á mi,
Y entonces mi ramaje
doliente y enfermizo
Brotó sus flores todas,
y todas para tí.



En ellas te hice el nido
risueño en que dormías
De amor y de ventura
temblando en su vaivén,
Y en él te hallaban siempre
las noches y los días
Feliz con mi cariño
y amándote también...

¡Ah! nunca en mis delirios
creí que fuera eterno
El sol de aquellas horas
de encanto y frenesí;
Pero jamás tampoco
que el soplo del invierno
Llegara entre tus cantos,
y hallándote tú aquí...



Es fuerza que te alejes...
rompiéndome en astillas
Ya siento entre mis ramas
crujir el huracán,
Y heladas y temblando
mis hojas amarillas
Se arrancan y vacilan,
y vuelan y se van...



Adiós, paloma blanca,
que huyendo de la nieve
Te vas á otras regiones
y dejas tu árbol fiel;
Mañana que termine
mi vida obscura y breve,
Ya sólo tus recuerdos
palpitarán sobre él.



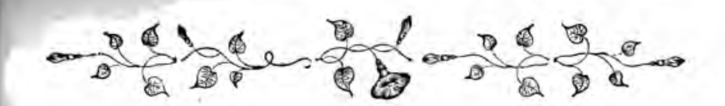
Es fuerza que te alejes...
del cántico y del nido

Tú sabes bien la historia,
paloma, que te vas...
El nido es el recuerdo
y el cántico el olvido
El árbol es el *siempre,*
y el ave es el *jamás.*

***

Y ¡adiós! mientras que puedes
oir bajo este cielo
El último ¡ay! del himno
cantado por los dos...
Te vas y ya levantas
el ímpetu y el vuelo,
Te vas y ya me dejas,
paloma, ¡adiós, adiós!





A UNA FLOR

¿Cuándo tu broche apenas se entreabría
Para aspirar la dicha y el contento,
Te doblas ya y cansada y sin aliento,
Te entregas al dolor y la agonía?

¿No ves, acaso, que esa sombra impía
Que ennegrece el azul del firmamento
Nube es tan sólo que al soplar el viento,
Te dejará de nuevo ver el día?...

¡Resucita y levántate! Aún no llega
La hora de que en el fondo de tu broche
Des cabida al pesar que te doblega.
Injusto para el sol es tu reproche,
Que esa sombra que pasa y que te ciega,
Es una sombra, pero aún no es la noche.





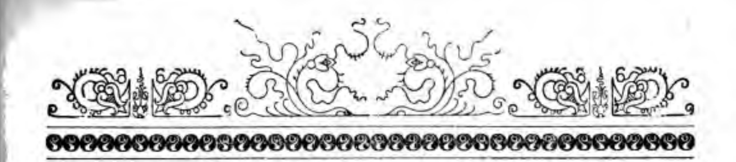
ESTA HOJA...

Esta hoja arrebatada á una corona
Que la forma colocó en mi frente
Entre el aplauso fácil é indulgente
Con que el primer ensayo se perdona.

Esta hoja de un laurel que aún me emociona
Como en aquella noche, dulcemente,
Por más que mi corazón comprende y siente
Que es un laurel que el mérito no abona:

Tú la viste nacer, dulce y buena
Te estremeciste como yo al encanto
Que produjo al rodar sobre la escena;
Guárdala, y de la ausencia en el quebranto,
Que te recuerde, de mis besos llena,
Al buen amigo que te quiere tanto.





NADA SOBRE NADA

Poesía leída en la velada literaria que celebró la Sociedad *El Porvenir* la noche del 3 de Mayo de 1873

Pues, señor, dije yo, ya que es preciso,
Puesto que así lo han hecho en el programa,
Que rompa yo la bendecida prosa
Que preparada para el caso había,
Y que escriba en vez de ella alguna cosa
Así, que se parezca á una poesía,
Pongámonos al punto,
Ya que es forzoso y necesario, en obra.

Así dije, y tomando
No el arpa ni la lira,
Que la lira y el arpa,
No pasan hoy de ser una mentira,
Sino una pluma de ave
Con la que escribo yo generalmente.

Violenté las arrugas de mi frente
Hasta ponerla cejijunta y grave,
Y pensando en mi novia, en la adorada
Por quien suspiro y lloro sin sosiego,
Mojé mi pluma en el tintero, y luego
Puse estas ocho letras: *A mi amada.*

Su retrato, un retrato
Firmado por Malleto y compañía,
Se alzaba junto á mí plácido y grato,
Mostrándome las gracias y recato
Que tando adornan á la amada mía;
Y como el verlo solo
Basta para que mi amada se emocione,
Que Apolo me perdone
Si dije aquí que me sentí un Apolo.

Ello no es una rosa,
Ni es un sér ideal ni cosa que lo valga,
Pero en verso ó en prosa
No seré yo el estúpido que salga
Con que mi novia es fea,
Cuando puedo decir que es muy hermosa,
Por más que ni ella misma me lo crea;
Así es que en mi pintura,
Hecha en rasgos por cierto no muy fieles,
Aumenté de tal modo su hermosura
Que casi resultaba una figura
Digna de ser pintada por Apeles.

Después de dibujarla como he dicho
Faltando á la verdad por el capricho,
Iba yo á colocar el fondo negro
De su alma inexorable y desdeñosa,
Cuando al hacerlo me ocurrió una cosa

Que hundió mi plan, y de lo cual me alegro;
Porque, en último caso,
Como pensaba yo entre las paredes
De mi cuarto sombrío,
¿Qué les importa á ustedes
Que mi amada me niegue sus mercedes,
Ni que yo tenga el corazón vacío?
Si mi vida vejeta en la tristeza
Y el yugo del amor ya no soporta,
¿Caeré de referirlo en la simpleza
Para que alguien me diga en su franqueza:
Si viera usted que á mí nada me importa...?

No, de seguro, que antes
Prefiero verme loco por tres días,
Que imitar á ese eterno Jeremías
Que se llama el señor de Caravantes.

Y convencido de ésto;
Lo que era conveniente y necesario,
Borré el título puesto,
Y buscando á mi lira otro pretexto
Escribí este otro título: *El Santuario.*

¡El santuario!... exclamé; pero y ¿qué cosa
Puedo decir de nuevo sobre el caso,
Cuando en cada volúmen de poesías,
En versos unos malos y otros buenos
Hay diez odas y media por lo menos,
Sobre templos, santuarios y abadías?
Para entonar sobre ésto mis cantares
Á más de que el asunto vale poco,
¿Qué entiendo yo de claustros ni de altares,
Ni qué se yo de sacristán tampoco?

No, en la naturaleza
Hay asuntos más dignos y mejores,
Y más llenos de encanto y de belleza,
Y ya que he de escribir, haré una pieza
Que se llame: *Los prados y las flores.*

Hablaré de la incauta mariposa
Que en incesante y atrevido vuelo,
Ya abandona á la rosa por el cielo,
Y ya abandona el cielo por la rosa,
Del insecto pintado y sorprendente
Que de esconderse entre las hierbas trata,
Y de la ave inocente que lo mata;
Lo cual prueba que no es tan inocente;
Hablaré... pero y luego que haya hablado
Sacando á luz al boquirrubio Febo,
Yo pregunto, señor, ¿qué habré ganado
Con tratar lo que todos han tratado,
Si al hacerlo no digo nada nuevo?...

Conque si ésto tampoco es un asunto
Digno de preocuparme una sola hora,
Dejemos sus inútiles detalles,
Ya que no hay ni un señor ni una señora
Que no sepan muy bien lo que es la aurora
Y lo que son las flores y los valles...
Coloquemos á un lado esas materias
Que se prestan tan poco para el caso,
Y pues ésto se ofrece á cada paso
Hablemos de la vida y sus miserias.

Empezaré diciendo desde luego,
Que no hay virtud, creencias ni ilusiones;
Que en criminal y estúpido sosiego
Ya no late la fe en los corazones;

Que el hombre imbécil, á la gloria ciego,
Sólo piensa en el oro y los doblones,
Y concluiré en estilo gemebundo:
Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

Y me puse á escribir, y así en efecto,
Lo hice en ciento cincuenta octavas reales,
Cuyo único defecto,
Como se ve por la que dicha queda,
Era que en voz de ser originales
No pasaban de un plagio de Espronceda.
Como era fuerza, las rompí en el acto
Desesperado de mi triste suerte,
Viendo por fin que en esto de poesía
No hay un solo argumento ni una idea
Que no peque de fútil, ó no sea
Tan vieja como el pan de cada día.

En situación tan triste
Y estando la hora ya tan avanzada,
¿Qué hago, me dije yo, para salvarme
De este grave y horrible compromiso.
Cuando ningún asunto puede darme
Ni siquiera un adarme
De novedad, de encanto, ó de un hechizo?
¿Hablaré de la mar yo que en mi vida
He viajado tan poco,
Que en materia de charcos sólo he visto,
Y eso una vez, el lago de Texcoco?

¿Hablaré de la guerra y de la gente
Que enardecida de las cumbres baja
Desafiando al contrario frente á frente,
Y habré de convertirme en un valiente
Yo que nunca he empuñado una navaja?

No, señor, que aunque estudio medicina
Y pertenezco á esa importante clase
Que no hay pueblo y lugar en que no pase
Por ser la más horrible y asesina,
Aparte de que en ésto hay poco cierto,
Como lo prueba y mucho la experiencia,
Yo, á lo menos hasta hoy, me hallo á cubierto
De que se alce la sombra de algún muerto
A turbar la quietud de mi conciencia.

Sobre los libros santos, se podría
Con meditar y con plagiar un poco,
Arreglar ó escribir una peesía;
Pero ni ésto es muy fácil en un dia
Ni para hablar sobre ésto estoy tampoco;
Porque en fiestas como ésta
Donde el placer está como en su templo,
Salir con el Diluvio, por ejemplo,
Fuera casi querer aguar la fiesta;
Y como yo no quiero que se diga
Que he venido á tal cosa,
Ya que en mi numen agotado no hallo
Ni el asunto ni el plan á que yo aspiro
Rompo mi humilde cítara, me callo,
Y con perdón de ustedes me retiro.





CINCO DE MAYO

I

Tres eran, mas la Inglaterra
Volvió á lanzarse á las olas,
Y las naves españolas
Tomaron rumbo á su tierra,
Sólo Francia gritó: «¡Guerra!»
Soñando ¡oh patria! en vencerte,
Y de la infamia y la suerte
Sirviéndose en su provecho
Se alzó erigiendo en derecho
El derecho del más fuerte.

II

Sin ver que en lid tan sangrienta
Tu brazo era más pequeño,
La lid encarnó en su empeño
La redención de tu afrenta,

Brotó en luz amarillenta
La llama de sus cañones,
Y el mundo vió á tus legiones
Entrando al combate rudo,
Llevando por solo escudo
Su escudo de corazones.

III

Y entonces fué cuando al grito
Lanzado por tu denuedo,
Tembló la Francia de miedo
Comprendiendo su delito.
Cuando á tu aliento infinito
Se oyó la palabra *sea*,
Y cuando al ver la pelea
Terrible y desesperada
Se alzó en tu mano la espada
Y en tu conciencia la idea.

IV

Desde que ardió en el oriente
La luz de ese sol eterno
Cuyo rayo puro y tierno
Viene á besarte en la frente,
Tu bandera independiente
Flotaba ya en las montañas,
Mientras las huestes extrañas
Alzaban la suya airosa,
Que se agitaba orgullosa
Del brillo de sus hazañas.

V

Y llegó la hora, y el cielo
Nublado y obscurecido
Desapareció escondido

Como en los pliegues de un velo.
La muerte tendió su vuelo
Sobre la espantada tierra,
Y entre el francés que se aterra
Y el mejicauo iracundo,
Se alzó estremeciendo al mundo
Tu inmenso grito de guerra.

VI

Y allí el frances, el primero
De los soldados del orbe,
El que en sus glorias absorbe
Todas las del mundo entero,
Tres veces pálido y fiero
Se vió á correr obligado,
Frente al pueblo denonado
Que para salvar tu nombre,
Te dió un soldado en cada hombre
¡Y un héroe en cada soldado!

VII

¡Tres veces! y cuando hundida
Sintió su fama guerrera,
Contemplando su bandera
Manchada y escarnecida,
La Francia, viendo perdida
La ilusión de su victoria,
A despecho de su historia
Y á despecho de su anhelo,
Vió asomar entre otro cielo
Y en otro mundo la gloria.

VIII

Que entre la niebla indecisa
Que sobre el campo flotaba,

Y entre el humo que se alzaba
Bajo el paso de la brisa,
Su más hermosa sonrisa
Fué para tu alma inocente,
Su canción más elocuente
Para entonarla á tu huella,
Y su corona más bella
Para ponerla en tu frente.

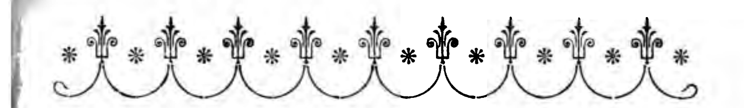
IX

¡Sí, patria! desde ese día
Tú no eres ya para el mundo
Lo que en su desdén profundo
La Europa se suponía,
Desde entonces, patria mía,
Has entrado á una nueva era,
La era noble y duradera
De la gloria y del progreso,
Que bajan hoy, como un beso
De amor, sobre tu bandera

X

Sobre esa insignia bendita
Que hoy viene á cubrir de flores
La gente que en sus amores
En torno suyo se agita.
La que en la dicha infinita
Con que en tu suelo la clava,
Te jura animosa y brava,
Como ante el francés un día,
Morir por tí, patria mía,
Primero que verte esclava.





SONETO

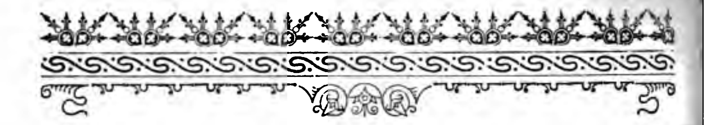
A MI QUERIDO AMIGO VICENTE FUENTES

¡Oh, tú que á la llegada de mi santo
Tu tarjeta y tus plácemes me envías
En prueba de las buenas simpatías
Con que has sabido distinguirme tanto!

¡Oh, tú que en vez de música y de canto,
Y en vez de bandolones y poesías,
Vienes y llegas y me das los días
Con un *Vicente Fuentes* que da encanto!

Párate, y sabe que, aunque no lo creas,
Te he agradecido en mi ánimo infinito
El que tan bueno con tu amigo seas;
Pero también que sepas necesito
Que ya que tantos años me deseas,
Debes darme el *remedio* y el *trapito*.





ODA

Leida en la sesión que el Liceo Hidalgo
Celebró en honor de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

De los tres cielos que recorre el hombre
De la existencia en la medida impía,
Cuando la gloria me enseñó tu nombre
Yo estaba en el primero todavía.

La pena que del pecho
Hasta el abismo lóbrego desciende,
Y del cadáver de un amor deshecho
Finje flotando en derredor del lecho
La aparición bellísima de un duende;
La sombra á cuyo peso aborrecido
Muere el placer y el alma se acobarda,
Tratando de evocar en el olvido
El recuerdo dulcísimo y querido
De los besos del ángel de la guarda;
Todo eso que en la frente

Deja un sello de luto y desconsuelo,
Cuando en el alma pálida y doliente
No queda ni la fé, que es del creyente
La última golondrina que alza el vuelo,
Todo eso que de noche
Baja hasta el corazón como una sombra,
Y que terrible y sin piedad ninguna
Sus ilusiones todas despedaza,
Aún no era sobre el cielo de mi cuna
Ni la pálida nube que importuna
Se levanta enseñando la amenaza.

Dichoso con la dulce indiferencia
Del que al amor de su callado asilo
Ha vivido á la luz de la inocencia,
Acostumbrado á ver en la existencia,
La imagen de un azul siempre tranquilo,
Yo entonces ignoraba
Que, más allá de aquel humilde techo
Que sus caricias y su amor me daba,
Clamando al cielo y suspirando en vano
Desde el rincón sin luz de la vigilia,
Hubiera en otro hogar una familia
De la que yo también era un hermano...
Mi amor no sospechaba que existiera
Más ilusión ni cariñoso exceso,
Que la mirada dulce y hechicera
De la santa mujer que la primera
Nos anuncia á la vida con un beso...
Y hasta que al dulce y mágico sonido
Del arpa que temblaba entre tus manos,
Dejé mi rama, abandoné mi nido
Y te seguí hasta ese árbol bendecido
Donde todos los nidos son hermanos,
Fué cuando despertando de la calma

En que flotaba la existencia mía,
Sentí asomar en lo íntimo de mi alma
Algo como la luz de un nuevo día.

Tu voz fué la primera
Que me habló en la dulzura de ese idioma
Que canta como canta la paloma
Y gime como gime la palmera...
Las cuerdas de tu lira,
Como la voz de la primera alondra
Que llama á las demás y las despierta,
Fueron las que al arrullo de tu acento
Sonaron sobre mi alma estremecida,
Como si siendo un pájaro la vida
Quisieran despertarlo al sentimiento...

Tu nombre va ligado en mi cariño
Con los recuerdos santos y amorosos
De mis tiempos de niño,
Con los placeres dulces y sabrosos
De esa época sonriente
En la que es cada instante una promesa,
Y en la que el ángel de la fé aún no besa
Las primeras arrugas de la frente;
Tu nombre es la memoria
Del pueblo y del hogar adonde un día
Fué á estremecerme el eco de tu gloria
Y el trino arrullador de tu poesía;
La evocación de todo lo más santo
En medio de mis noches desmayadas,
Que aún tiemblan á las dulces campanadas
De aquellas horas en que amaba tanto...

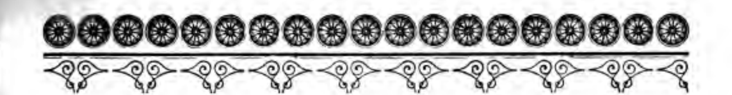
Y así, cuando yo supe
Que abandonada á tu dolor morías,

Y que en tu muda y lánguida tristeza
Renunciabas á ver junto á tu lecho,
Quien, al rodar sin vida tu cabeza,
Recogiera el laurel de tu grandeza
Y el último sollozo de tu pecho;
Cuando yo supe que en la huesa insana
Te inclinabas por fin pálida y sola,
Sin que al adiós de tu alma soberana
Se enlutara la cítara cubana
Ni gimiera la cítara española;
Al darte mis adioses, los adioses
De la eterna y postrera despedida,
Sentí que algo de triste sollozaba
De mi dolor en el obscuro abismo,
Y que tu sombra que flotaba arriba,
Al extinguirse y al borrarse se iba
Llevándose un pedazo de mí mismo.
Y entonces al poder de los recuerdos
Borrando la distancia
Tendí mis alas hacia el nido blando
De los primeros sueños de la infancia;
Llegué al rincón modesto
Donde tus dulces páginas leía
A la fé y al amor siempre dispuesto
Y allí de pié frente á la blanca cuna
Donde en sus flores me envolvió el destino,
Busqué en su fondo alguna
Que aún no cerrara su oloroso broche,
Y en él hallé dormida
Esta con la que el alma agradecida
Viene á aromar las sombras de esta noche.

Deuda que en mi cariño
Contraje desde niño con tu nombre,
Esta flor es el cántico del niño

Mezclada con las lágrimas del hombre;
Esta flor es el fruto de aquel germen
Que derramaste en mi niñez dichosa,
Y que al rodar sobre la humilde fosa
Donde tus restos duermen,
Entre sus piedras ásperas se arraiga,
Recogiendo su jugo en tus cenizas,
Y esperando en su cáliz á que caiga
La gota de los cielos que la traiga
La esencia y el amor de tus sonrisas.





A LA LUNA

AL SR. D. MANUEL J. DOMINGUEZ

Oh, luna, blanca luna,
Que desde el cielo viertes tus fulgores
A despecho de todos los vapores
Con que la negra noche te importuna,
Yo sé que al permitirme la confianza
De que á abusar cantándote me atrevo,
Antes que hablarte de otra cosa debo
Darte una explicación de mi tardanza;
Pero sabiendo, porque así lo he visto,
No recuerdo en que parte,
Que tú eres noble y generosa y buena
Con todos los prosélitos del arte,
Entre los que me inscribo al protestarte
Que nada hay que sin tí valga la pena,
Dejo los cumplimientos
Y las excusas fútiles y vanas

A fin de aprovechar estos momentos,
Que tú al ver que en mis labios
Se agita el estro y mi silencio trunca,
Recordarás que el vulgo y aun los sabios
Dicen que *vale más tarde que nunca.*

No, y mira tú: desde hace mucho tiempo
Pensaba yo en venir á saludarte,
Y hasta recuerdo que salí una noche
Sin más objeto que ese;
Pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento
Me hizo creer que en el cielo te hallaría,
Tù, que probablemente estabas mala,
Te ocultaste y me diste una antesala
Que me pesa en el cuerpo todavía.

Esto no te lo digo
Por lanzarte una pulla ni un reproche;
Pero este negro bosque me es testigo
De que no más que por hablar contigo
Me anduve por aquí toda la noche.
Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo
Si fué en Abril ó en Mayo... suspirando
Por verte frente á frente
Y á tu lado pasar la noche entera,
De modo y de manera
De estar solos y lejos de la gente,
Vengo, y tú que sin duda me creíste
Algún gemidor de esos
Que porque está desesperado y triste
Ya quiere que le des un par de besos,
No bien tras de estos álamos me viste,
Que escondiéndote en medio de las nubes
Cerraste tu balcón y te metiste.

Y la verdad que si esta fué tu idea
Ante mi aparición inoportuna,
Por mi vida te juro y te respondo,
Que te llevaste el chasco más redondo
Que te has llevado desde que eres luna;
Pues aunque ya á mis años
Se usa entre los humanos corazones
Contar los sufrimientos á montones,
Y á montones también los desengaños,
Yo que si algo he sufrido
De mi existencia en la carrera corta,
Tengo la convicción íntima y grande
De que á nadie le importa,
Porque si sufro no hay quien me lo mande;
Si al pisar de la vida los abrojos
A verter una lágrima me atrevo,
La dejo que se escape de mis ojos
Y al llegar á mis labios me la bebo.

Conque ya verás tú si yo sería
Quien fuera á molestarte á tales horas,
Para llamarte solitaria ó fría,
Y cometer así una grosería
De esas que no perdonan las señoras,
Aparte de que á tí, si no me engaño,
Te debe de importar muy poca cosa
Que en la vida enojosa
Camine el goce junto con el daño,
Así como que al tiempo de las flores
Siga el invierno nebuloso y frío,
O que en las tibias noches del estío
Disminuyan de fuerza los calores,
Cosa que á muchos saca de su casa
Por tener de decírtelo el orgullo,
Cuando todo eso en realidad no pasa

De ser una verdad de *Pero Grullo.*

Y sin mentar personas,
Por *allí* anda la ilustre Avellaneda,
Que en paz duerma en su lecho de coronas,
Que sin mirar que tú, rueda que rueda,
Maldito el caso que del tiempo hacías,
Ella al son de sus mágicos bordones
Te delataba á ese ladrón nefando
Que tantos goces con pasar nos roba,
Sin oir que su esposo despertando
La llamaba en un tono no muy blando
Después de registrar toda la alcoba.

Y el sin igual Zorrilla,
El que nos regaló aquel mamarracho
Que yo admiraba tanto de muchacho
Creyéndolo la octava maravilla,
El que con una calma
Cuyo molde es difícil que se encuentre,
Hizo aquí entre otros dramas el del vientre,
Y hasta allá fué á acordarse del del alma.

Y Carpio, el que de turco disfrazado
Sufrió tan honda pena
Que por poco se arroja al mar salado;
Pero que al fin se fué por otro lado
Arrastrando el alfanje por la arena.

Y Tagle, el que te hablaba allá en los tiempos
De discordias civiles,
En que Rocha aún no andaba por el mundo
Y en que aún eran de chispa los fusiles,
Pues éstos y otros más, si no tan buenos
Sí tan desocupados,

Han emprendido de entusiasmo llenos
La imitación de sus antepasados,
Por el placer de repetirte alguna
De esas necias é insulsas tonterías,
O porque hechos los tomos de poesías
No faltara en el índice:—«A la luna.»

Y si á lo menos fueran pasaderas
Las tantas que en tu elogio se han escrito
Y cuyas firmas por prudencia callo,
Pues, señor, con trescientos de á caballo,
Muy puesto en su lugar y muy bonito;
Pero, nada... que entre esas que no cito
Porque no se me diga impertinente,
Hay muchas (no agravio la presente)
Que son un verdadero gregorito.

Lo digo y lo repito,
Sí, señor, que ésta no es una indirecta,
Pues aunque salte alguno
Que deseando escapar á este reproche,
Reclame la palabra y manifieste
Cargado de razones y veneno,
Que no se puede hacer nada de bueno
Sobre un terreno tan vulgar como éste,
No habiendo obligación chica ni grande
De escribir sobre tal ó cual materia,
Se comprende y se ve muy á las claras,
Aunque hable de ésta con tan poco aprecio,
Que el culpable no es ella sino el necio
Que se mete en camisa de once varas.

¿Quién obliga á ninguna
De las vivientes almas á que escriba,
Ni menos á que suba tan arriba

Que tenga que escribir sobre la luna...?

Yo mismo, si mañana
A algún crítico ocioso y exigente
Se le diera la gana
De zurrar á esta silva la pavana,
Y de hacerlo delante de la gente,
Pues yo mismo, aunque fuera á mi despecho,
(No pudiendo olvidarme de que es mía)
Mirando la justicia no tendría
Más que decir á todo: *muy bien hecho.*

Y tan es cierto que lo encuentro justo,
Y que me temo mucho una descarga
Por haberme salido con mi gusto,
Que con objeto de que el sabio adusto
No halle esta silva demasiado larga,
Una vez que tú, luna,
No me has de consolar si tal sucede,
Lo cual (aquí en confianza) muy bien puede
Por un capricho cruel de la fortuna,
Bien convencido de que en todo caso
Francos y leales seguiremos siendo
Tan amigos como antes,
Te dejo preparándole á la aurora
El dulce néctar de los nuevos broches,
Y sin más que decirte por ahora,
Con el alma, tu humilde servidora,
Me alegraré que pases buenas noches.





EL REO DE MUERTE

AL EMINENTE ACTOR D. JOSÉ VALERO

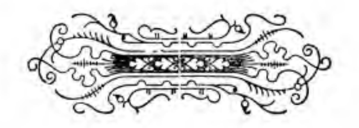
. . . .
Esa noche, ardiendo el pueblo
De animación y entusiasmo
Bajo el influjo sublime
De tu genio soberano,
Todo era bravos y dianas,
Todo era vivas y aplausos,
Todo cariño en los ojos,
Todo cariño en los labios,
Y todo flores, laureles,
Admiración y.... entretanto,
Allá muy lejos, muy lejos,
Sonando lento y pausado,
Se alzaba entre las tinieblas
Y entre el silencio un cadalso,
Sin otro eco que el latido
Del pecho del condenado

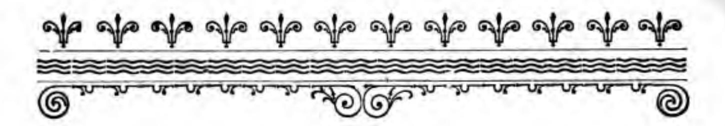
Que en diálogo con la muerte
Velaba en un subterráneo.
Aquel cadalso se alzaba
Cada vez más y más alto,
Como un espectro, sombrío,
Como un vampiro, callado,
Como una tumba, implacable,
Y como un monstruo, inhumano;
Se alzaba y sin que ninguno
Oyera aquel ruido amargo,
Por los sollozos de un hombre
Solamente acompañado.
La humanidad impasible
Bajo su mudo letargo,
Miraba crecer y alzarse
Las formas de aquel cadalso,
Cuando tú, tú que escuchaste
Sus ecos tristes y vagos
Te levantaste por ella
Con la voz del entusiasmo,
Y en presencia de aquel pueblo
Y en frente de aquel tablado
Ceñida con tus laureles
La hiciste hablar por tus labios,
Salvando al sol de aquel día
Del rubor de aquel cadalso.



Yo no sé si ya habrá muerto
Aquel que en su desamparo,
Aún más que unos pocos días,
Y aún más que unos pocos años
Pudo gozar la dulzura
De ver á su hijo en los brazos,

Libre del infame nombre
De hijo del ajusticiado;
Pero yo que desde niño
Aprendí lleno de espanto
Á aborrecer los verdugos
Y á maldecir los cadalsos,
Dejo á la gloria que entone
Para ensalzarte su canto,
Y del condenado á muerte
Bajo los recuerdos gratos,
En nombre suyo, las gracias
De la humanidad te mando.





A JOSEFINA PEREZ

(EN SU ÁLBUM)

En cambio de los cielos
De amor y sentimiento
Que el alma adolorida
abrió tu inspiración,
Y en cambio de las horas
de olvido al sufrimiento
Que á tu arpa dulce y blanda
le debe el corazón.

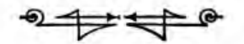
En cambio, nuestros cantos
y todo lo que encierra
De bueno y amoroso
nuestra alma y nuestro sér...
Y en cambio nuestras flores,
las flores de esta tierra,
Tu nido como alondra,
tu altar como mujer.

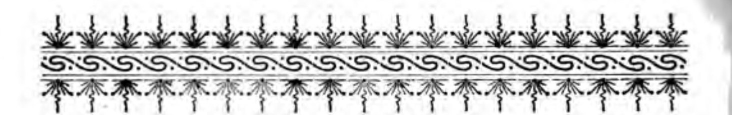


A LA EMINENTE ACTRIZ

SALVADORA CAYRON

Si del boscaje fecundo
No quise flores cortar,
Cuando ví en mi afán profundo
Que al robárselas al mundo
Se las robaba á tu altar;
En mi ansia por tributarte
Mi ofrenda de admiración,
Acudo, señora, á darte,
Si no las flores del arte,
Las flores del corazón.





ADIOS A MEJICO

Escrita para la Sra. Cayrón y leída por ella en su función de despedida

Pues que del destino en pos
Débil contra su cadena,
Frente al deber que lo ordena
Tengo que decirte *adiós;*

Antes que mi boca se abra
Para dar paso á ese acento,
La voz de mi sentimiento
Quiere hablarte *una palabra.*

Que muy bien pudiera ser
Que cuando de aquí me aleje,
Al decirte *adiós*, te deje
Para no volverte á ver.

Y así entre el mal con que lucho
Y que en el dolor me abisma,

Yo anhelo que por mí misma
Sepas *que te quiero mucho.*

Que enamorada de tí
Desde antes de conocerte,
Yo vine sólo por verte,
Y al verte *te puse aquí.*

Que mi alma reconocida
Te adora con loco empeño,
Porque tu amor era el sueño
Más hermoso de mi vida.

Que del libro de mi historia
Te dejo la hoja más bella,
Porque en esa hoja destella
Tu gloria más que mi gloria.

Que soñaba en no dejarte
Sino hasta el postrer momento,
Partiendo mi pensamiento
Entre tu amor y el del *arte.*

Y que hoy ante esa ilusión
Que se borra y se deshace,
Siento ¡ay de mí! que se hace
Pedazos mi corazón...

Tal vez ya nunca en mi anhelo
Podré endulzar mi tristeza
Con ver sobre mi cabeza
El esplendor de tu cielo.

Tal vez ya nunca á mi oído
Resonará en la mañana,

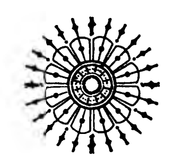
La voz del ave temprana
Que canta desde su nido.

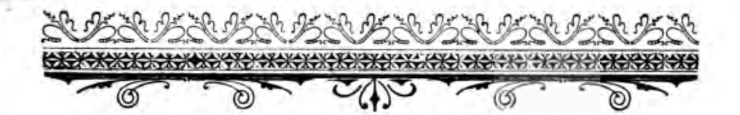
Y tal vez en los amores
Con que te adoro y te admiro,
Estas flores que hoy aspiro
Serán *tus últimas flores.*

Pero si afectos tan tiernos
Quiere el destino que deje,
Y que me aparte y me aleje
Para no volver á vernos;

Bajo la luz de este día
De encanto inefable y puro
Al darte mi *adiós* te juro,
¡Oh dulce Méjico mía!

Que si *él* con sus fuerzas trunca
Todos los humanos lazos,
Te arrancará de mis brazos,
Pero de mi pecho, *¡nunca!*





A ASUNCION

EN SU ÁLBUM

Mire usted, Asunción: aunque algún ángel
Metiéndose á envidioso,
Conciba allá en el cielo el mal capricho
De venir por la noche á hacerle el *oso*
Y en un rapto *glorioso*
Llevársela de aquí, como le ha dicho
No sé que nigromante misterioso,
No vaya usted, por Dios, á hacerle caso,
Ni á dar con el tal ángel un mal paso;
Estése usted dormida,
Debajo de las sábanas metida,
Y deje usted que la hable
Y que la vuelva á hablar y que se endiable,
Que entonces con un dedo
Puesto sobre otro en cruz, ¡afuera miedo!
No vaya usté á rendirse
Ante el ruego ó las lágrimas y á irse...

Que donde usted nos deje
Por seguir en el vuelo á su Tenorio,
Después irá á llorar al purgatorio
Sin tener quien la mime, aunque se queje...
Conque mucho cuidado
Si siente usted un ángel á su lado,
Que yo, como su amigo,
Con tal que usted, Asunción, me lo permita,
Le aconsejo y le digo
Que después de Rosario y Margarita
No admita usted más ángeles consigo.
Estése usted con ellas
Compartiendo delicias é ilusiones,
Que rodeada de tales corazones
Todas las horas tienen que ser bellas;
Viva usted muchos años
(Como un humilde criado le diría)
Y mañana que sola ó entre extraños
Se encuentre por desgracia en este día,
Si busca usted una alma que la ame
Llame usted á mi pecho, y con que llame,
Si no estoy muerto encontrará la mía.





ROMANCERO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

EL GIRO

I

Medio oculta entre la selva
Como un nido entre las ramas,
Y medio hundida en el fondo
Tranquilo de una cañada,
Allá por aquellos tiempos
Hubo en Landín (1) una casa
Que no por ser tan sencilla
Ni de una fecha tan larga,
Era menos pintoresca,
Ni tampoco menos blanca,
Sombreaba su puerta un olmo
De hojosas y verdes ramas,
Puntos de citas de todas

Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.

Las aves de las montañas;
Y en uno de sus costados,
Brotando límpida y clara,
Saltaba entre los terrones
Y entre las hierbas el agua,
De noche siempre tranquila
Y eternamente callada.
Apenas el sol naciente
Filtraba por sus ventanas,
Cuando estremeciendo el aire,
Sonaban dulces y claras,
La voz de una cuna hablando
De cuanto los niños hablan;
La voz de una madre, rica
De sentimientos y de alma,
Y la voz de un hombre que era
La eterna voz de la patria,
Soñando ya con sus glorias
Y ya con sus esperanzas.
Tez cobriza como aquellos
Primeros hijos de Anahuac.
Que tantas veces hicieron
Temblar de miedo á la España,
Cuando la España atrevida
Midió con ellos sus armas;
Fuerte y ágil como todos
Los hijos de las montañas;
Como un labriego, robusto;
Como un patriota, entusiasta;
Como un valiente, atrevido,
Y como un joven, todo alma,
El hombre de aquellas selvas,
El hombre de aquella casa,
Era el eterno modelo
De esas figuras sagradas

Que en el altar de los siglos
Hacen un dios de una estatua.
Veinticinco años apenas
Por ese tiempo contaba,
Y de sus nobles heridas
La suma aún era más larga,
Que no hubo por el Bajío
Ningún combate ni hazaña
Donde su ardor no estuviera,
Donde faltara su lanza,
Ni donde al grito de muerte
Sus huellas no señalara
Con el licor de sus venas
Ó el de las venas extrañas.
Y allí tranquilo y oculto
Su triste vida pasaba,
Lamentando en su impotencia
La esclavitud de la patria
Que renunciando á la lucha,
Renunciaba á la esperanza:
Cuando una mañana, á la hora
Que el último sueño marca,
Despertó, oyendo á lo lejos
Un ruido confuso de armas;
Y adivinando al instante
La suerte que le amagaba,
Bajó del lecho al influjo
De una decisión extraña;
Besa en los labios á su hijo,
Besa en la frente á su amada,
Clava los ojos ardientes
En la entreabierta ventana,
Y al ver por sus enemigos
Ya casi envuelta su casa,

Salta á las rocas, y entre ellos
Se escapa por la montaña.

II

Aún no se alzaba del todo
La niebla de la mañana,
Y aún no acertaban á darse
Cuenta de tamaña audacia
Los sitiadores furiosos
Que sorprenderle esperaban,
Cuando al galope y bajando
Camino de la cañada,
Vieron venir á lo lejos
Un grupo de gente armada,
Compuesto de ocho jinetes
Y el hombre que los mandaba,
En mayor número que ellos
Y con superiores armas,
Seguros de la victoria
Fácil que se les aguarda,
Todos empuñan las riendas,
Todos afirman la lanza,
Todos ven al enemigo
Todos miden la distancia,
Y en silencio y todos ellos
Prontos á ponerse en marcha,
Sólo esperan á que llegue
La hora de entrar en batalla.
Los insurgentes en tanto
Viendo las huestes contrarias,
Más de coraje la encienden
Y más de amor la entusiasman,
Y ansiosos de dar su sangre
Por la salud de la patria,

Sobre el caballo se inclinan,
La floja rienda adelantan,
Y fijos los barboquejos
Y el sombrero hacia la espalda,
Entre la niebla y el polvo
Corren, y vuelan y avanzan,
Siguiendo entre los peñascos
Al hombre de la cañada.
Y ya los de Bustamante (1)
Su primer paso avanzaban,
Anhelando en su impaciencia
Como acortar la distancia
Que la interpuesta colina
Con un recodo aumentaba,
Cuando de pie en lo más alto
De las rocas escarpadas,
Vieron alzarse á un jinete
Que con voz sonora y clara,
—«Yo soy el Giro—les dijo,
—Si al Giro es á quien aguardan;
Y el que lo busque que venga
Si tiene honor y tiene alma,
Que á todos espera el Giro
Frente á frente y cara á cara.»—
Dijo: y los fieros dragones
Al grito de «¡viva España!»
Como un solo hombre treparon
Hasta donde el Giro estaba
Dispuesto como los suyos
Á sucumbir por la patria...
Y fué la lucha, y terribles
Al dar la espantosa carga,
Insurgentes y realistas

(1) El general D. Anastasio Bustamante, presidente de la República, que en su juventud militó en el ejército realista.

Ardiendo con cólera y rabia,
Se entremezclaron sedientos
De victoria y de matanza;..
Quiso la triste fortuna
Favorecer á la España,
El brillo de sus fulgores
Negándole á nuestras armas,
Que ya de los insurgentes
Uno tan sólo quedaba
Á caballo todavía,
Pero ya herido y sin armas.
Era el Giro, que entre doce
Dragones que le rodeaban.
Sin rendirse al desaliento
Ni inclinarse á la desgracia,
Luchaba y arremetía
Contra el que más se acercaba,
Convirtiendo á su caballo.
Á un tiempo en escudo y arma.
Por fin un brazo atrevido
Clavó en su pecho una lanza,
Perder haciéndole el poco
Aliento que le quedaba,
Pero él aunque ya en el suelo,
Con fuerza siempre y con alma,
Coge la lanza, del pecho
Sin vacilar se la arranca,
Y estremecido y al grito
De independencia y de patria,
De pie sobre los peñascos
A sus contrarios aguarda;
Y despues de herir á todos
Los que acercársele ensayan;
Hace huir á los restantes
Que ante heroicidad tamaña



**Coge la lanza del pecho
Sin vacilar se la arranca**

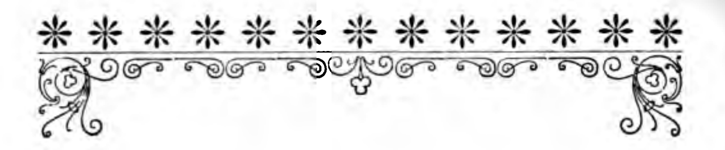
(Pág. 182.)

Se alejan, y desde lejos
Lo rematan á pedradas.

III

Mártir, que toda tu sangre
Supiste dar por la patria;
Tú, de los desconocidos
Que murieron por salvarla,
¡Gracias por tu fortaleza,
Por tu sacrificio gracias!





CINERARIA

ANTE EL CADÁVER DE LA SRA. LUZ PRESA

Jamás pensé al venir á estas regiones
Que mis palabras últimas serían
Para hablar á un cadáver...
Ni nunca que las notas de mi canto
Al perderse en el aire sonarían
Mezcladas con el eco de mi llanto.

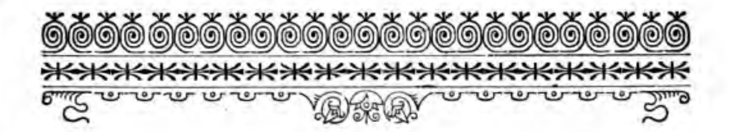
Cuando yo vine aquí, casi acababa
De sentir y estrechar entre mis brazos
Al buen amigo que en su noble empeño,
Soñaba en un laurel para la frente
De la que hoy duerme en el sepulcro el sueño
Que dura y se prolonga eternamente.
Y ese hermano me hablaba del cariño
El más puro entre todos los amores,

Sin penas, sin temores,
Casi volviéndose al hablarme un niño;
Y le enviaba conmigo sus recuerdos,
Y le enviaba conmigo sus abrazos,
Y alegre en el amor en que se ardía,
Ni siquiera pensaba en ese instante,
Que su madre distante, muy distante,
Casi en aquella hora se moría.

Yo también tuve un padre que á la fosa
Rodó sin que mis labios lo besaran,
Y sé lo que es ese dolor profundo
Que hace una noche eterna de los días
Y un desierto tristísimo del mundo.
Yo sé que horizonte es el que se cierra
Delante del espíritu aterrado,
Cuando eleva sus alas de la tierra
La que en su pecho maternal encierra
Cuanto se alza de bueno á nuestro lado.
Yo adivino esa pena, y porque casi
Siento la misma angustia que devora
Al huérfano infeliz que en su aislamiento
Busca á su madre y por su madre llora,
Yo le traigo en su nombre mi gemido,
Y la eterna promesa de que nunca
Caerá sobre esa lápida el olvido
Yo le traigo en el canto de una lira
Que cuando se habla de la madre tiembla
Y cuando se habla de su amor se inspira,
El adiós que sus labios no lograron
Dejar caer sobre sus ojos yertos
Cuando á la luz del mundo se cerraron
Para abrirse á la sombra de los muertos;

Mi adiós que en momentáneo regocijo
La agitará volviéndola á la vida,
Para que pueda oir la despedida
Con que la vengo á saludar por su hijo.





A LA PATRIA

Composición recitada por una niña en Tacuyaba de los Mártires, el 16 de Septiembre de 1873.

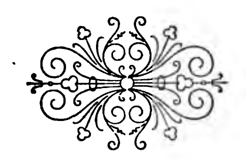
Ante el recuerdo bendito
De aquella noche sagrada
En que la patria aherrojada
Rompió al fin su esclavitud;
Ante la dulce memoria
De aquella hora y de aquel día,
Yo siento que en la alma mía
Canta algo como un laúd.

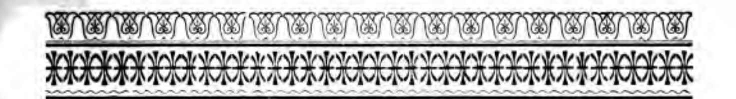
Yo siento que brota en flores
El huerto de mi ternura,
Que tiembla entre su espesura
La estrofa de una canción;
Y al sonoroso y ardiente
Murmurar de cada nota,

Siento algo grande que brota
Dentro de mi corazón.

¡Bendita noche de gloria
Que así mi espíritu agitas,
Bendita entre las benditas
Noche de la libertad!
Hora de triunfo en que el pueblo
Al sol de la independencia,
Dejó libre la conciencia
Rompiendo la obscuridad.

Yo te amo... y al acercarme
Ante este altar de victoria
Donde la patria y la historia
Contemplan nuestro placer,
Yo vengo á unir al tributo
Que en darte el pueblo se afana
Mi canto de mejicana,
Mi corazón de mujer.



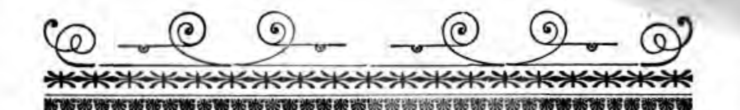


HIDALGO

Sonaron las campanas de Dolores,
Voz de alarma en el cielo estremecía,
Y en medio de la noche surgió el día
De augusta Libertad con los fulgores.
Temblaron de pavor los opresores,
É Hidalgo audaz el porvenir veía,
Y la patria, la patria que gemía,
Vió sus espinas convertirse en flores.

¡Benditos los recuerdos venerados
De aquellos que cifraron sus desvelos
En morir por sellar la independencia;
Aquellos que vencidos, no humillados,
Encontraron el paso hasta los cielos
Teniendo por camino su conciencia!





15 DE SEPTIEMBRE

Desqués de aquella página sombría
En que trazó la historia los detalles
De aquel horrible día,
Cuando la triste Méxitli veía
Sembradas de cadáveres sus calles;
Después de aquella página de duelo
Por Cuahutemoc escrita ante la historia,
Cuando sintió lo inútil de su anhelo;
Después de aquella página, la gloria
Borrando nuestro cielo en su memoria
No volvió á aparecer en nuestro cielo.

La santa, la querida
Madre de aquellos muertos, vencedores
En su misma caída,
Fué hallada entre ellos, trémula y herida
Por el mayor dolor de los dolores...
En su semblante pálido aún brillaba
De su llanto tristísimo una gota...

Á su lado se alzaba
Junto á un laurel una macana rota...
Y abandonada y sola como estaba,
Vencido ya hasta el último patriota,
Al ver sus ojos sin mirada y fijos,
Los españoles la creyeron muerta,
Y del incendio entre la llama incierta
La echaron en la tumba con sus hijos...

Y pasaron cien años y trescientos
Sin que á ningún oído
Llegaran los tristísimos acentos
De su apagado y lúgubre gemido;
Cuando una noche un hombre que velaba
Soñando en no sé qué grande y augusto
Como la misma fe que le inspiraba,
Oyó un inmenso grito que le hablaba
Desde su alma de justo...
— Yo soy — le repetía,
Descendiente de aquéllos que en la lucha
Sellaron su derrota con la muerte...
¡Yo soy la queja que ninguno escucha,
Yo soy el llanto que ninguno advierte!...
Mi fe me ha dicho que tu fuerza es mucha,
Que es grande tu virtud y vengo á verte;
Que en el eterno y rudo sufrimiento
Con que hace siglos sin cesar batallo,
Yo sé que tú has de darme lo que no hallo:
Mi madre que está aquí porque la siento.—

Dijo la voz y al santo regocijo
Que el anciano sintió en su omnipotencia,
— Si el indio llora por su madre, — dijo,
Yo encontraré una madre para ese hijo,
Y encontró aquella madre en su conciencia.

Á esta hora, y en un día
Como éste, en que incensamos su memoria,
Fué cuando aquel anciano lo decía,
Y desde ese momento, patria mía,
Tú sabes bien que el astro de tu gloria
Clavado sobre el libro de tu historia,
No se ha puesto en tus cielos todavía.

Á esta hora fué cuando rodó en pedazos
La piedra que sellaba aquel sepulcro
Donde estuviste, como Cristo, muerta
Para resucitar al tercer día;
Á esa hora fué cuando se abrió la puerta
De tu hogar, que en su seno te veía
Con un supremo miedo en su alegría
De que tu aparición no fuera cierta;
Y desde ese momento, y desde esa hora,
Tranquila y sin temores en tu pecho,
Tu sueño se cobija bajo un techo
Donde el placer es lo único que llora...
Tus hijos ya no gimen
Como antes al recuerdo de tu ausencia,
Ni cadenas hay ya que los lastimen...
En sus feraces campos ya no corre
La sangre de la lucha y la matanza,
Y de la paz entre los goces suaves
Bajo un cielo sin sombras ni vapores,
Ni se avergüenzan de nacer tus flores,
Ni se avergüenzan de cantar tus aves.

Grande eres y á tu paso
Tienes abierto un porvenir de gloria
Con la dulce promesa de la historia
De que para tu sol nunca habrá ocaso...
Por él camina y sigue

De tu lección de ayer con la experiencia;
Trabaja y lucha hasta acabar esa obra
Que empezaste al volver á la existencia,
Que aún hay algo en tus cárceles que sobra,
Y aún hay algo que el vuelo no recobra,
Y aún hay algo de España en tu conciencia.

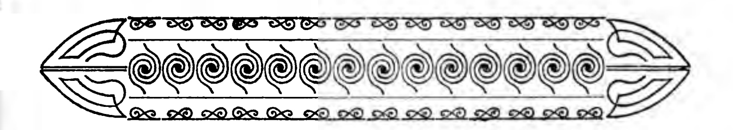
Yo te vengo á decir que es necesario
Matar ya ese recuerdo de los reyes
Que escondido tras de un confesionario,
Quiere darte otras leyes que tus leyes...
Que Dios no vive ahí donde tus hijos
Reniegan de tu amor y de tus besos,
Que no es el que perdona en el cadalso,
Que no es el del altar y el de los rezos;
Que Dios es el que vive en tus cabañas,
Que Dios es el que vive en tus talleres
Y el que se alza presente y encarnado
Allí donde sin odio á los deberes
Se come por la noche un pan honrado.

Yo te vengo á decir que no es preciso
Que muera á hierro el que con hierro mate,
Que no es con sangre como el siglo quiere
Que el pueblo aprenda las lecciones tuyas;
Que el siglo quiere que en lugar de templos
Le des escuelas y le des ejemplos,
Le des un techo y bajo dél lo instruyas.

Así como en tu frente
Podrás al fin ceñirte la corona
Que el porvenir te tiene destinada;
Él, que conoce tu alma, que adivina
En tí á la santa madre del progreso,

Y que hoy ante el recuerdo de aquella hora
En que uno de sus besos fué la aurora
Que surgió de tu noche entre lo espeso,
Mientras el pueblo se entusiasma y llora,
Te viene á acariciar con otro beso.

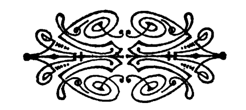


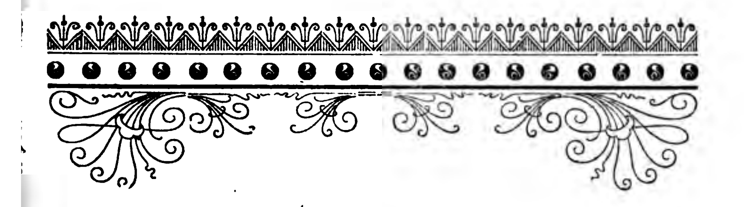


AL MOÑO DE MERCED

Me cuentan que ibas corriendo
Como una sílfide alada,
Cuando de tus blondas trenzas
Te lo robaron las auras;
No sé yo de tal historia
Si es cierta ó es inventada;
Pero lo que sé es que ardiendo
De amor y de dicha el alma,
Traigo tu moño en la bolsa
Desde ayer por la mañana;
Que le he hecho mil caricias
Y pienso hacerle otras tantas,
Que por ser color de rosa
Y por ser tuyo me encanta,
Y que por toda la vida
Lo guardaré donde se halla,
Reunido con un billete
Que compré, de La Esperanza,

Con cosa de diez poesías,
De dos vales y una carta
Que me escribió hace dos meses
La que me dió calabazas.
Aquí lo tengo, y á menos
Que deje esta vida amarga,
No abandonaré tu moño,
Dulce cariño del alma,
Ni por lo uno ni por lo otro,
Ni por esto ni por nada,
Que de esa prenda querida
Pienso, merced adorada,
Hacer el hermoso emblema
De todas mis esperanzas.





NOCTURNO

Á ROSARIO

I

¡Pues bien! yo necesito
decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
con todo el corazón;
Que es mucho lo que sufro
que es mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto,
y al grito en que te imploro
Te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas
que ya hace muchos días

Estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
Que ya se han muerto todas
las esperanzas mías,
Que están mis noches negras,
tan negras y sombrías,
Que ya no sé ni donde
se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo
mis sienes en la almohada
Y hacia otro mundo quiero
mi espíritu volver,
Camino mucho, mucho,
y al fin de la jornada
Las formas de mi madre
Se pierden en la nada
Y tú de nuevo vuelves
en mi alma aparecer.

IV

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos,
Comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás;
Y te amo, y en mis locos
y ardientes desvaríos
Bendigo tus desdenes,
adoro tus desvíos,
Y en vez de amarte menos,
te quiero mucho más.

V

Á veces pienso en darte

mi eterna despedida,
Borrarte en mis recuerdos
y hundirte en mi pasión;
Mas si es en vano todo
y el alma no te olvida,
¡Qué quieres tú que yo haga,
pedazo de mi vida,
Qué quieres tú que yo haga
con este corazón!

VI

Y luego que ya estaba
concluído su santuario.
Tu lámpara encendida,
tu velo en el altar;
El sol de la mañana
detrás del campanario,
Chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
Y abierta allá á lo lejos
la puerta del hogar...

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo,
Los dos unidos siempre
y amándonos los dos;
Tú siempre enamorada,
yo siempre satisfecho,
Los dos una sola alma,
los dos un solo pecho,
Y en medio de nosotros
Mi madre como un Dios!

VIII

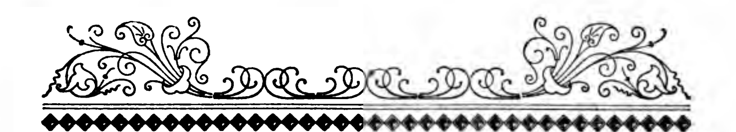
¡Figúrate qué hermosas
las horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
por una tierra así!
Y yo soñada en eso,
mi santa prometida,
Y al delirar en eso
con la alma estremecida,
Pensaba yo en ser bueno
por tí, no más por tí.

IX

¡Bien sabe Dios que ese era
mi más hermoso sueño.
Mi afán y mi esperanza
mi dicha y mi placer;
Bien sabe Dios que en nada
cifraba yo mi empeño,
Sino en amarte mucho
bajo el hogar risueño
Que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer!

X

Esa era mi esperanza...
mas ya que á sus fulgores
Se opone el hondo abismo
que existe entre los dos,
¡Adiós por la vez última,
amor de mis amores;
La luz de mis tinieblas,
la esencia de mis flores;
La lira de poeta,
mi juventud, adiós!



LAS RUINAS

A......

I

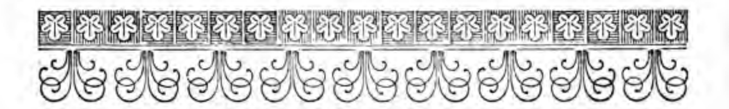
Las ruinas solamente
quedaban del santuario,
Y en medio de las ruinas
la virgen del altar;
Conmigo llegó un ave,
y en trino dulce y vario
Volando en torno de ella
su acento empezó á alzar.
La virgen era hermosa,
y alzándose á porfía
Las flores se agrupaban
en torno de su sien,
Encima estaba el cielo,
y encima estaba el día,
Y el pájaro, entre tanto,
cantaba siempre... ¿á quién?

Los ojos de la virgen
brillaban dulcemente
Del astro de los astros
al mágico arrebol
Y... «¡Oh virgen!—dijo el ave—
bendita sea tu frente.
Puesto que en ella ha hallado
como otro cielo el sol.
Para ella son los trinos
de todos los cantares
Que vengo á darte, ¡oh virgen!
cada hora matinal;
Que rotos y en el polvo
tu templo y tus altares,
Tu frente aún está viva,
¡tu frente es inmortal!»

II

Mañana que las penas
y el tiempo hayan destruído
El templo en que te adora
la ardiente juventud,
En medio de las ruinas
y en medio del olvido
Tendrás un ave siempre
que cante tu virtud.





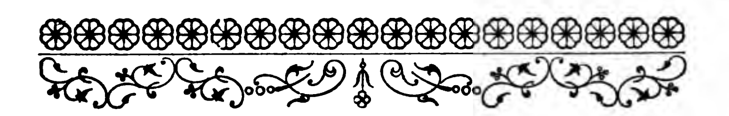
A UN ARROYO

A MI HERMANO JUAN DE DIOS PEZA

Cuando todo era flores tu camino,
Cuando todo era pájaros tu ambiente,
Cediendo de tu curso á la pendiente
Todo era en tí fugaz y repentino.

Vino el invierno, con sus nieblas vino
El hielo que hoy estanca tu corriente,
Y en situación tan triste y diferente
Ni aun un pálido sol te da el destino.

Y así es la vida; en incesante vuelo
Mientras que todo es ilusión, avanza
En sólo una hora cuanto mide un cielo;
Y cuando el duelo asoma en lontananza
Entonces como tú, cambiada en hielo
No puede reflejar ni la esperanza.



LETRILLA

Sí, mi amigo D. Gregorio,
Tiene usted mucha razón,
Eso mismo que usted dice,
Eso mismo que digo yo...

I

Juzga usted que es una plaga,
Que es un castigo de Dios,
Esa turba de mocosos
Sin quehacer ni ocupación,
Que á falta de otra han tomado
La carrera de escritor;
Que si hablan del Nigromante
No lo bajan de chambón,
Que á Altamirano lo acaban,
Que á Peredo le hacen *fo*,
Que á Prieto lo ponen de asco,
Que á Justo lo dejan peor,

Y que llevando hasta Europa
Su crífica erudición,
Destrozan á Victor Hugo
Y á Dumas y á Campoamor,
Y á cuantos hallan al paso,
Con su hidrofobia feroz;
Y agrega usted que sería
Muchísimo mejor
Que hacerles caso ó echarles
Un indigesto sermón,
Dejarlos á que los oiga
La madre que los parió.
Pues sí, señor D. Gregorio,
Tiene usted mucha razón,
Eso mismo que usted dice,
Eso mismo digo yo...

II

Juzga usted que es un espanto
Piensa usted que es un horror,
Ver tantas composiciones
Como se publican hoy,
En que después de salirnos
El imberbe trovador
Con uno de esos ideales
Que ya se hacen de cajón,
Muy sonrosados los labios,
Muy argentina la voz,
Muy los cabellos de seda,
(Vaya una transposición)
Y muy llena de desdenes,
Que los merece el autor,
Termina éste con que la ama
Con todo su corazón,

Cuando mejor que ocuparse
En hablarnos de su amor
Y en pintarnos los efectos
De su estúpida pasión
Según usted, debería,
Aquí para entre los dos,
Decirse bruto tres veces
Con mucha circunspección,
Alzar al cielo los ojos,
Rezar el «yo pecador»
Y en seguida dispararse
Media pistola de Colt.
Pues sí, señor D. Gregorio,
Tiene usted mucha razón,
Eso mismo que usted dice,
Eso mismo digo yo...

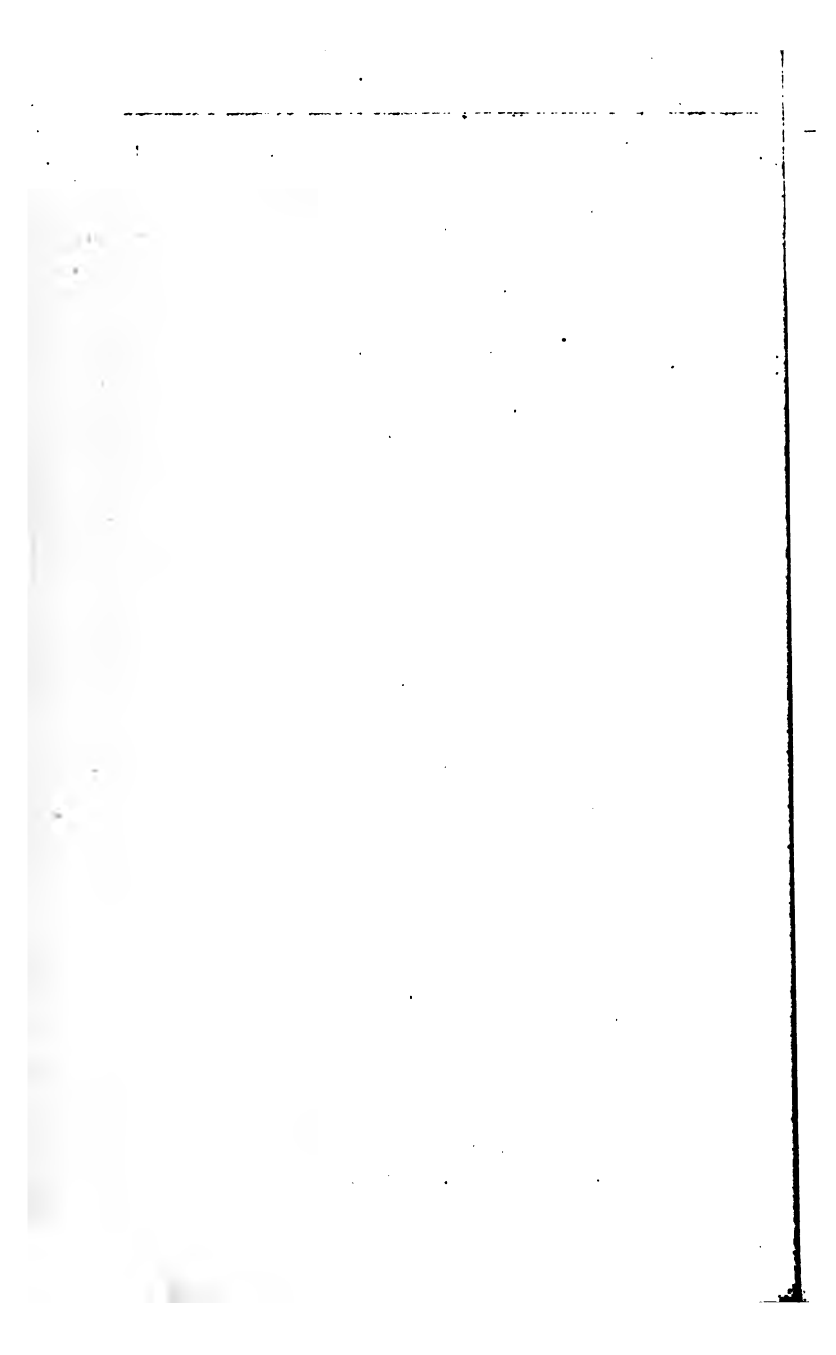
III

Dice usted que ya da miedo
Que vale lo menos dos,
Ver á tantos que pretenden
Demostrar su erudición
Llenando de latinajos
Su inconocible español,
Y que tal verso de Ovidio
Lo dan por de Cicerón,
Cuando nunca escribió versos
El pobrecito orador,
Que á despecho suyo tiene
Que pasar por un ladrón
Gracias al atrevimiento
De esos benditos de Dios,
Y agrega usted amigo mío,
Que en su muy pobre opinión



En cambio le abrazó como una loca
Y le dió de su dicha en un exceso

(Pág. 206.)



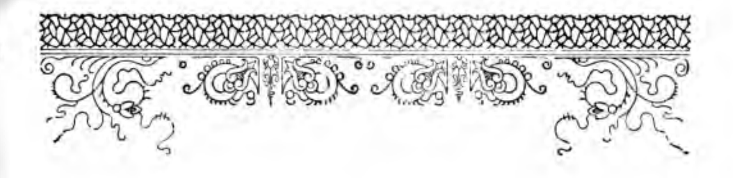
Debieran esos señores
Fijarse en que escriben hoy
Que son tan raros los sabios
En la lengua de Catón,
Y en que cada cita de esas
Sépase la lengua ó no,
Viene á ser como un peñasco
Donde el mísero lector
Tiene á fuerza que pararse
Y aguantarse un tropezón
Que bien puede hacer á alguno
Que mande al diablo al autor.
Pues sí, señor D. Gregorio,
Tiene usted mucha razón,
Eso mismo que usted dice,
Eso mismo digo yo...

IV

Concluye usted en su carta,
Mi buen amigo y y señor,
Diciéndome que no acierta
A encontrar la explicación
De esas ínfulas de sabio
Y ese aire de hombre de pro
Con que se presenta alguno
Por haber sido orador
Y haber gritado en Septiembre,
¡Viva la Constitución!
Lo que le aplaudieron mucho,
Según dice él que lo oyó,
Y protesta usted por su alma,
Que no halla puesto en razón
Que por sólo ese motivo
Se le haga miembro de honor

De cuanta academia existe
Dentro de la población,
Ni que se inscriba su nombre
Como colaborador
A la cabeza de todos
Los diarios que salen hoy,
Haciéndolo revestirse
De este aire de protección
Con que trata aun á los mismos
De donde el necio salió,
Y á quienes usted querría
Degollar de dos en dos
Para acabar con la raza
Y quedarnos usté y yo,
Que somos tan campechanos
Y hombres de tan buen humor
Y que hacemos unos versos
Que le gustan hasta Dios.
Pues sí, señor D. Gregorio,
Tiene usted mucha razón,
Eso mismo que usted dice,
Eso mismo digo yo...





HOJAS SECAS

I

Mañana que ya no puedan
Encontrarse nuestros ojos,
Y que vivamos ausentes,
Muy lejos uno del otro,
Que te hable de mí este libro
Como de ti me habla todo.

II

Cada hoja es un recuerdo
tan triste como tierno
De que hubo sobre ese árbol
un cielo y un amor;
Reunidas forman todas
el canto del invierno,
La estrofa de las nieves
y el himno del dolor.

III

¡Mañana á la misma hora
En que el sol te besó por vez primera,
Sobre tu frente pura y hechicera
Caerá otra vez el beso de la aurora!
Pero ese beso que en aquel oriente
Cayó sobre tu frente solo y frío,
Mañana bajará dulce y ardiente,
Porque el beso del sol sobre tu frente
Bajará acompañado con el mío.

IV

En Dios le exiges á mi fe que crea,
Y que le alce un altar dentro de mí
¡Ah! ¡Si basta no más con que te vea
Para que yo ame á Dios, creyendo en tí!

V

Si hay algún césped blando
cubierto de rocío
En donde siempre se alce
dormida alguna flor,
Y en donde siempre puedas
hallar, dulce bien mío,
Violetas y jazmines
Muriéndose de amor;

Yo quiero ser el césped
Florido y matizado
Donde se asenten, niña,
Las huellas de tus pies;
Yo quiero ser la brisa

Tranquila de ese prado
Para besar sus labios
Y agonizar después.



Si hay algún pecho amante
que de ternura lleno
Se agite y se estremezca
no más para el amor,
Yo quiero ser, mi vida,
yo quiero ser el seno
Donde tu frente inclines
Para dormir mejor.

Yo quiero oir latiendo
Tu pecho junto al mío,
Yo quiero oir que dicen
Los dos en su latir,
Y luego darte un beso
De ardiente desvarío,
Y luego... arrodillarme
Mirándote dormir.

VI

Las doce... ¡adiós...! Es fuerza que me vaya
y que te diga adiós...
Tú lámpara está ya por extinguirse,
y es necesario.
—Aún no.
—Las sombras son traidoras, y no quiero
que al asomar el sol,
Se detengan sus rayos á la entrada
de nuestro corazón...

—Y ¿qué importan las sombras cuando entre ellas
queda velando Dios?
—¿Dios? ¿Y qué puede Dios entre las sombras
al lado del amor?
—Cuando te duermas ¿me enviarás un beso?
—¡Y mi alma!
—¡Adiós...!
—¡Adiós.. !

VII

Lo que siente el árbol seco
Por el pájaro que cruza
Cuando plegando las alas
Baja hasta sus ramas mustias,
Y con sus cantos alegra
Las horas de su amargura;
Lo que se siente por el día
La desolación nocturna
Que en medio de sus pesares
Y en medio de sus angustias,
Ve asomar con la mañana
De sus esperanzas una;
Lo que sienten los sepulcros
Por la mano buena y pura
Que solamente obligada
Por la piedad que la impulsa,
Riega de flores y de hojas
La blanca lápida muda,
Eso es al amarte mi alma
Lo que siente por la tuya,
Que has bajado hasta mi invierno,
Que has surgido entre mi angustia
Y que has regado de flores
La soledad de mi tumba.

Mi hojarasca son mis creencias,
Mis tinieblas son la duda,
Mi esperanza es el cadáver,
Y el mundo mi sepultura...
Y como de entre esas hojas
Jamás retoña ninguna;
Como la duda es el cielo
De una noche siempre obscura,
Y como la fé es un muerto
Que no resucita nunca,
Yo no puedo darte un nido
Donde recojas tus plumas,
Ni puedo darte un espacio
Donde enciendas tu luz pura,
Ni hacer que mi alma de muerto
Palpite unida á la tuya;
Pero si gozar contigo
No ha de ser posible nunca,
Cuando estés triste, y en la alma
Sientas alguna amargura,
Yo te ayudaré á que llores,
Yo te ayudaré á que sufras,
Y te prestaré mis lágrimas
Cuando se acaben las tuyas.

VIII

I

Aún más que con los labios
Hablamos con los ojos;
Con los labios hablamos de la tierra,
Con los ojos del cielo y de nosotros.

II

Cuando volví á mi casa
De tanta dicha loco,
Fué cuando comprendí muy lejos de ella
Que no hay cosa más triste que estar solo.

III

Radiante de ventura
Frenético de gozo,
Cogí una pluma, le escribí á mi madre,
Y al escribirle se lo dije todo.

IV

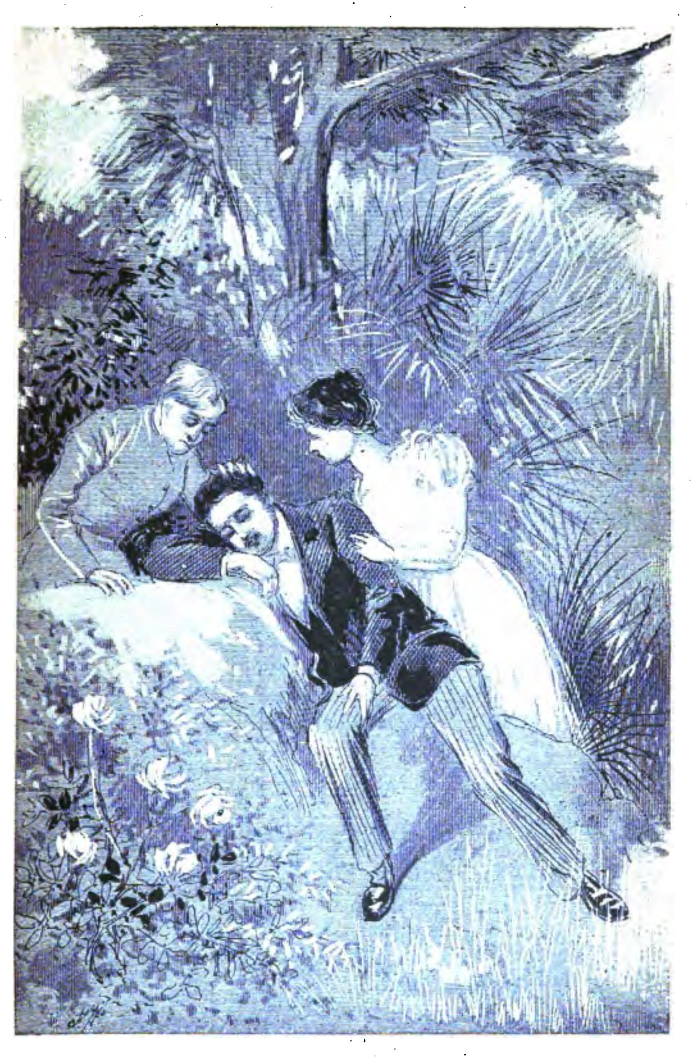
Después, á la fatiga
Cediendo poco á poco,
Me dormí, y al dormirme sentí en sueños
Que ella me daba un beso y mi madre otro.

V

¡Oh sueño, el de mi vida
Más santo y más hermoso!
¡Qué dulce has de haber sido cuando aún muerto
Gozo con tu recuerdo de este modo!

IX

Cuando yo comprendí que te quería
Con toda la lealtad del corazón,
Fué aquella noche en que al abrirme tu alma
Miré hasta su interior.
Rotas estaban tus virgíneas alas



Me dormí y al dormirme sentí en sueños
Que ella me daba un beso y mi madre otro

(Pág. 214.

Que ocultaba en sus pliegues un crespón
Y un ángel enlutado cerca de ellas
Lloraba como yo.
Otro, tal vez, te hubiera aborrecido
Delante de aquel cuadro aterrador;
Pero yo no miré en aquel instante
Más que mi corazón;
Y te quise, tal vez, por tus tinieblas,
Y te adoré, tal vez por tu dolor,
Que es muy bello poder decir que la alma
Ha servido del sol...

X

Las lágrimas del niño
la madre las enjuga,
Las lágrimas del hombre
las seca la mujer...
¡Qué tristes las que brotan
y bajan por la arruga,
Del hombre que está solo,
del hijo que está ausente,
Del sér abandonado
que llora y que no siente
Ni el beso de la cuna,
ni el beso del placer!

IX

¡Cómo quieres que tan pronto
Olvide el mal que me has hecho,
Si cuando me toco el pecho
La herida me duele más!
Entre el perdón y el olvido
Hay una distancia inmensa;

Yo perdonaré la ofensa;
Pero olvidarla... ¡jamás!

XII

«Te amo—dijistes—y jamás á otro hombre
Le entregaré mi amor y mi albedrío,»
Y al querarme llamar buscaste un nombre,
Y el nombre que dijiste no era el mío.

XIII

¡Ah, gloria! ¡De qué me sirve
Tu laurel mágico y santo,
Cuando ella no enjuga el llanto
Que estoy vertiendo sobre él!
¡De qué me sirve el reflejo
De tu soñada corona,
Cuando ella no me perdona
Ni en nombre de ese laurel!

La que á la luz de sus ojos
Despertó mi pensamiento,
La que al amor de su acento
Encendió en mí la pasión;
Muerta para el mundo entero
Y aun para ella misma muerta,
Solamente está despierta
Dentro de mi corazón.

XIV

El cielo está muy negro, y como un velo
Lo envuelve en su crespón la obscuridad;
Con una sombra más sobre ese cielo

El rayo puede desatar su vuelo
Y la nube cambiarse en tempestad.

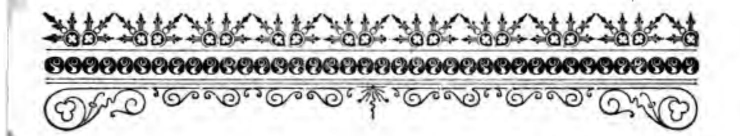
XV

Oye, ven á ver las naves,
Están vestidas de luto,
Y en vez de las golondrinas
Están graznando los buhos...
El órgano está callado,
El templo solo y obscuro,
Sobre el altar... ¿y la virgen
Por qué tiene el rostro oculto?
¿Ves?... en aquellas paredes
Están cavando un sepulcro,
Y parece como que alguien
Solloza allí junto al muro.
¿Por qué me miras y tiemblas?
¿Por qué tienes tanto susto?
¿Tú sabes quién es el muerto?
¿Tú sabes quién fué el verdugo?



LA GLORIA

PEQUEÑO POEMA EN DOS CANTOS



CANTO PRIMERO

LA CABEZA SIN CORONA

Como decir veinte años es lo mismo
Que decir corazón, ternura, amores,
Arranques, heroismo,
Cielos, celajes, pájaros y flores,
Y á falta de otros útiles mejores
Tener para salvar cualquier abismo
Las alas del lirismo,
Que si no son muy buenas, no son malas
Porque al cabo y al fin siempre son alas,
Ya que de comenzar entre los modos
Tengo por fuerza que escoger alguno,
No pudiendo á la vez usar de todos,
Á fin de no pecar por importuno
Y, lo que fuera peor, por indigesto,
Ya que en esto me auxilia la memoria,
Que no siempre me auxilia como en ésto,
Seguro de que todo lo reuno,

Diré que Pablo, el héroe de esta historia,
Se hallaba entre los veinte y los veintiuno,
Al dar principio al poema de la gloria.
Así es que aunque muy alta
La bohardilla en que vive, y aunque pobre,
Porque si tiene mucho que le falta,
No tiene en cambio nada que le sobre;
El muchacho contento en su pobreza
Desde el obscuro fondo de su pieza,
Si sabe que hay un mundo es solamente
Porque así lo ha aprendido de la gente,
Pues él con otro mundo en la cabeza
De su bendita edad bajo la calma,
No cree que exista más naturaleza,
Que la que todo joven lleva en su alma.

II

Pobre razonamiento
Que arrastrando en su vuelo al sentimiento,
De esperanzas origen tan fecundo,
Hace que el hombre triste,
Desconozca este mundo donde existe
Hasta la hora de entrar al otro mundo...
Pues aunque esos rateros
Que en español se llaman desengaños
Lo dejen de ilusiones casi en cueros,
Sin que haya una ilusión que no le roben;
Él, en medio de propios y de extraños
Sostendrá con su ciento y pico de años
Que la alma es siempre nueva y siempre joven.

III

Pablo, apartado por la negra ausencia
Del dulce hogar donde la luz del día
Vió por la vez primera en la existencia,

Siente frecuentemente
Esa vaga y letal melancolía
Del que tiene una madre y en su frente
No puede recibir, porque está ausente,
Los besos que su madre le daría;
Ve á su padre muy lejos
Á través de unos cielos muy obscuros,
Y extrañando su voz y sus consejos
Halla que, visto bien, no eran tan duros
Los que él llamaba *achaques de estos viejos;*
Recuerda á sus hermanos
Con quienes en las horas del cariño
Jugaba esos mil juegos soberanos
Que ocupan en la edad en que uno es niño
La alma al dormir y al despertar las manos...
Y pensando en todo esto
Que por haber pasado le parece
Más bonito y más triste por supuesto,
Se aflige, languidece,
Y para hacer más rápido y más pronto
El término que falta á su carrera,
Se levanta, y después de—Soy un tonto—
Coge el libro y estudia una hora entera.
Y estudia... y dan las dos de la mañana
Que lo encuentran despierto,
Y dan las tres con el libro abierto
Lo sorprende la luz por la ventana...
Pues aunque Pablo sabe
Que no hay fuerza ó vigor que no se acabe
Cuando se abusa más de lo debido,
Ve que su aliento juvenil se agosta,
Y arrojando esa máxima al olvido,
Sigue siempre lo mismo, decidido
Á ser un hombre sabio á toda costa.

IV

Mas no vaya á pensarse que esto es todo
Lo que hace que él trabaje de este modo,
Pues queda y falta por decir que Elena,
Que es muy hermosa y además muy buena,
Le dijo el otro día
Que le gustaba mucho la poesía,
Y que si amarle más posible fuera,
Aún más de lo que le ama le amaría
Si él supiera decir lo que sentía
De la misma manera
Que un poeta cualquiera
Tratando de decirlo lo diría;
Y como Pablo, en cuanto á Elena toca,
Nunca ha sabido desplegar la boca
Mas que para rendirse á sus antojos,
Ha visto en la mirada de sus ojos
Que de ahí en adelante
Si ha de decirles á sus labios—rojos—
Tendrá para encontrar el consonante
Que ponerse de hinojos,
Y queriendo agradarla á cualquier precio,
Aunque nunca jamás ha escrito una oda,
Por no hacerse acreedor á su desprecio
Pensó en una oda y escribió tan recio
Que en menos que lo digo, la hizo toda.

V

La oda era muy buena,
Como es fácil pensarlo; pero Elena
Que se oía llamar la más hermosa
De todo el universo,
Y esto no en simple prosa sino en verso,
Lo cual, como se ve, ya es otra cosa,
Radiante de alegría

Propuso que la prosa
Abolida por siempre quedaría
En cuantas cartas él la escribiría;
Y Pablo, que no hay modo de que pueda
Resistir á un capricho de su amada,
Tras de—la prosa queda desterrada—
No supo más que contestar—pues queda.
Y así con la alma henchida
De ternura y pasión por su querida,
La escribe diariamente
Una carta de dos ó de más hojas,
Donde forzosamente
Hay muchas frases débiles y flojas,
Pero en cambio también y de repente
Alguna que por nueva y por valiente
Recuerda á los Quintanas y á los Riojas;
Pues Pablo en fuerza de escribir cuartetas
Y de educar el gusto y el oído,
Ha conseguido al fin ser aplaudido
Y al nombre y apellido de otros poetas
Ver agregar su nombre y su apellido.

VI

Y ésto que el pobre mozo
Se encontró con grandísimo alborozo
Cierta vez que un periódico leía,
Se lo enseñó á su amada
Con mucho del rubor y la alegría,
Del que por vez primera
Mira una *cosa* suya publicada,
Cuando ha sido, además, acompañada
De una lisonja ó de una flor cualquiera.
Cuán cierto es que la gloria
Brotando de la cosa más sencilla

Toma las formas de lo real y brilla
De la ambición en la óptica ilusoria,
En dos líneas ó tres de gacetilla
Que allá en la soledad de una bohardilla
Se aprenden muchas veces de memoria.

VII

Llena de regocijo
Por la prueba de amor que le presenta,
Quedó Elena con ella tan contenta
Que queriendo hablar mucho nada dijo;
Mas si no pudo hablar porque su boca
No estaba en aquel punto para eso,
En cambio le abrazó como una loca
Y le dió de su dicha en un exceso
Que casi casi en la demencia toca,
Un beso de esa especie que provoca
Á hacer interminable cada beso.

VIII

Pablo, que en la pasión en que se ardía
Por la graciosa Elena,
Al pensar en el beso de aquel día,
No acertaba á encontrar ni comprendía
Que pudiera existir cosa más buena;
Henchido de esperanzas y risueño
Como aquel que no lleva en su memoria
Ni aun la sombra del duelo más pequeño,
Al entregarse aquella noche al sueño
No soñó en otra cosa que en la gloria.
Sobre su altiva frente
Brillaba inmarcesible y refulgente
La corona inmortal de la victoria;
Y entre el inmenso aplauso que la gente
Alzaba vitoreándole á su vista,

Con esa buena fe de todo artista
Que se siente muy grande interiormente
Cree que el laurel de triunfo que conquista,
La gloria misma lo tejió en persona
Aunque sabe muy bien que su corona
Salió del obrador de una modista.

IX

Sueña con que su nombre
Dicho siempre entre muchas alabanzas
Ha hecho concebir mil esperanzas
De que tenga la patria otro grande hombre.
Y de tan dulce sueño despertando
Y al despertar quedándose suspenso
Se incorpora en el lecho meditando
Con un placer inmenso,
En que si la ansia noble que le apena
Llegase al fin á realizarse un día,
Al corazón que ha consagrado á Elena
Su corona de poeta agregaría.

X

Y Pablo, á quien le sobra
Fuerza y valor porque le sobra afecto,
Concibe en su interior un gran proyecto
Y sin pensar en más lo pone en obra;
Llegando á tal extremo en su demencia
Y á tal punto llegando en su arrebato,
Que ha olvidado los libros y la ciencia
Sin ver que está enfermándose de ausencia
Su pobre madre que le dice—*¡ingrato!*

XI

Y es que aunque Pablo quiere á su familia
Con el afecto de un amor gigante,

Por más que lo medita y lo concilia
Siempre halla que el esfuerzo que lo auxilia
Nunca llega á auxiliarle lo bastante;
Que en la eterna vigilia
En que vive soñando con su amante,
Esta, que toda su memoria llena,
Le hace olvidar la obligación, de modo
Que él solo dice que ha pensado en todo
Si ha pensado en la gloria y en Elena.





CANTO SEGUNDO

LA CORONA SIN CABEZA

I

Entre el canto primero y el segundo
Han pasado dos años,
Y como todo pasa en este mundo
Que si en algo es fecundo
Es por desgracia eterna, en desengaños,
Aquel montón de flores
Donde vimos dormir como en un nido
Á nuestros dos hermosos soñadores,
Aquel montón de flores se ha perdido
Con la triste esperanza en sus dolores
De encontrar el remedio del olvido.

II

Dos años han pasado,
¡Y el corazón de Elena está ya helado!..

Ella que era tan buena.
Ya no es aquella Elena
Á la que el pobre Pablo enamorado
Le consagraba en su ilusión serena
La gloria que aún no había conquistado...
En la triste bohardilla
Que aunque muy miserable y muy sencilla,
Era en tiempos mejores
Todo un cielo de encantos y de amores,
Hoy no se encuentra más que el desaliento,
El tedio, la amargura, la tristeza,
Y en medio de todo ésto una cabeza
Donde duerme muy triste el pensamiento.
Y así es que Pablo, el que en su dulce encanto
No lloraba jamás con otro llanto
Que el llanto del placer y la alegría,
Hoy llora en su amoroso desencanto
Con el que antes de amar no conocía;
Repasa una por una,
Aquellas dulces horas tan hermosas
En que después de hablar de muchas cosas
Siempre olvidaban al partir alguna;
Al dar la media noche, vuelve aquélla
Que por primera vez lo halló con ella;
Y tropezando al delirar en eso
Con aquel lindo beso de aquel día
Tan dulcemente en su memoria impreso,
¡Ni puede resistirse á enviarla un beso,
Ni puede aborrecerla todavía!...

III

—«¡Hacer, y hacer lo que hizo!—»
Saltaba él sollozando de improviso.
—«¡Ella que era tan pura y cuya frente
Un cielo hermoso de virtudes era,

Tener que huir del mundo y de la gente
Como la infamia ó la traición lo hiciera!
Matar al sol para sus ojos bellos
Bajo la noche en que el dolor la abisma,
Y sintiendo las lágrimas en ellos
Envolverse la faz en sus cabellos
Con la vergüenza horrible de sí misma;
Buscar en otro pecho las dulzuras
De que mi pecho rebosaba lleno,
Sin dejar á mi amor salvar del cieno
Sus alitas tan blancas y tan puras.
¡Ay! cuando yo por alfombrar su huella
Si para alzarse al cielo hubiera sido,
Con la paloma deshaciendo el nido
Hubiera dado el corazón por ella...»
Y Pablo en el dolor que le devora
De su vida ante el páramo desierto,
Se inclina y gime y languidece y llora
Como deben llorar en la última hora
Los inmóviles párpados de un muerto.

IV

A veces, muchas veces, Pablo suele
Con la ilusión de que ésto le consuele
Buscar en el trabajo y la lectura,
Olvidando las penas de aquí abajo,
Esa tregua al dolor que la amargura
Encuentra en la lectura y el trabajo...
Coge los libros que en mejores días
Formaban de su afán las alegrías,
Y abriéndolos por fin con el denuedo
De una resolución bien meditada,
Después de mucho leer y no leer nada
Concluye al cabo por decir—¡no puedo!
Busca y toma en seguida

La misma pluma aquella
Que de manos de Elena recibida,
Le ayudó con los sueños de su vida
A escribir tantas páginas para ella...
La clava en el papel febricitante
Como queriendo huir de su memoria
Y tratando de hacer la de otro amante,
Mas la historia que escribe es semejante
A la historia de Elena y á su historia,
Que aunque la buena lógica concluya
Que historia escrita así no ha de ser buena,
Raros serán los que al hacer la agena
No se acuerden un poco de la suya.

V

Sea de ello lo que fuere;
Como Pablo no puede aunque lo quiere
Olvidar el recuerdo de la ingrata
Por quien conoce el pobre que se muere,
Pues conoce que eso es lo que lo mata,
Por cuantos medios le es posible cuida
De recoger noticias de su Elena,
No habiendo á quien informes no le pida
Sobre si está contenta de la vida,
Sobre si es muy dichosa y si está buena;
Y cuando oyendo un día sus preguntas
Le contestó abrazándole un amigo:
—No sueña la infeliz más que contigo,
Y tus cartas las guarda todas juntas—
Radiante de ventura al oir ésto
De su amigo, estrechándole, se aparta,
Y nuevamente á la ilusión dispuesto
Con mano alegre y con alegre gesto
Cogió una pluma y escribió esta carta:
«Si fuiste cruel conmigo y si hubo un día

En que apartando tu alma de la mía
Me hundiste en el dolor y en la tristeza,
En prueba de que mi alma te perdona
Te mando con mi amor esa corona
Que anhela por estar en tu cabeza...
Que pues en tu alma aún escondido tienes
Algo de aquel amor que me tenías,
Si yo la conquisté para tus sienes
En ellas debe de estar y no en las mías.»

VI

Puso Pablo su nombre, como un hombre
Que piensa decir mucho con su nombre;
Y después de plegarla en tres dobleces
Y de leerla y leerla muchas veces,
Hallando en su ilusión que estaba buena
Puso en el sobre—A Elena—
Y en seguida radiante y satisfecho
Con un inmenso júbilo en el pecho,
Dando forma á una idea
Que en su amorosa sencillez se abona,
Exclamó contemplando la corona:
—¡Qué dichosa va á ser cuando la vea!

VII

Y en tanto, aquella madre, aquella ausente
Sin consuelo ni alivio en su congoja
Lloraba sola y sin tener ni una hoja
Que enlazar á las canas de su frente...
¡Cuán cierto es que en la vida, aunque ésto asombre,
En medio del placer y el regocijo,
Si el hijo no se olvida de que es hombre,
El hombre sí se olvida de que es hijo!

VIII

Lo que el amigo aquel le dijo un día
Al triste Pablo era una farsa impía;
Pues Elena la ingrata
Ni guarda aquelas cartas que decía,
Ni piensa en Pablo, ni el dolor la mata;
Que parecida en ésto y semejante
A más de alguna amante
A quien mirándose al espejo, he oído
Parodiar con feroz desenvoltura
Una frase muy vieja, de este modo:
—*No se ha perdido nada, cuando todo,*
Se haya perdido menos la hermosura;—
La ingrata Elena como llevo dicho,
Sin huir de las gentes y del día,
Ni llora como Pablo suponía,
Ni ha tenido jamás ese capricho.
Elena va al paseo
De lucir y brillar en el deseo;
Tiene palco en el teatro y no hay velada,
Tertulia, baile, aniversario ó fiesta,
A que oportunamente convidada
No se encuentre á asistir siempre dispuesta.
Si alguna vez lloró su desvarío
Recordando su falta y sus deberes,
Después, y como todas las mujeres
En casos semejantes,
Ha olvidado su falta y su extravío,
Tratando á sus amantes con desvío
Y aprendiendo á olvidar á sus amantes.

IX

De manera que Pablo que en su anhelo
Esperaba soñando con el cielo,
Que su amante por fin le volvería

Todo el cariño y la pasión de un día,
Con el cerebro ardiente
Y un montón de esperanzas en la frente,
Ansiando una respuesta
Que confirmara su ilusión no escasa,
Al entrar en su casa
Se halló un papel y en el papel con esta: —
«Como de aquí á dos meses
Que habré arreglado ya mis intereses,
Pienso casarme con mi primo Antonio
Que ha pedido mi mano en matrimonio,
Le ordeno... le prohibo,
Siendo ésta la razón porque le escribo,
Que se vuelva á ocupar de la que un día
Tuvo el capricho de quererle un poco,
Sin sospechar que le volviera loco
Su demasiado amor á la poesía.
Respecto á su corona
Con la que dice usted que me perdona,
Es un obsequio cariñoso y blando
Que confieso en verdad que no merezco,
Así es que la agradezco,
Y como no me sirve se la mando.»

X

Cuando el triste de Pablo hubo leído
Por una y otra vez este recado
Tan esperado como no temido,
Viendo aquellos renglones
Que en cambio de su fé y sus ilusiones
Le brindan el escarnio y el olvido,
Lleno de ese profundo desaliento
Del que lo pierde todo en un momento,
Cogió aquella corona sin cabeza,
Fruto de su trabajo y su cariño,

Y llorando, llorando como un niño
Que de una falta grave se confiesa,
—«¡Oh gloria!—dijo al fin—si hasta tu asiento
En una hora de amor y atrevimiento
Soñé volar del mundo á arrebatarte
Uno de esos laureles con que el arte
Recompensa el trabajo y el talento;
Tú sabes bien ¡oh gloria!
Que no lo hice por mí sino por ella,
Mas ya que ella tan dura como bella
Ha insultado mi fé y aún mi memoria;
¡Que acaben mi laurel y el regocijo
Que sentí de ceñírmelo al anhelo...!»
Y deshaciendo su corona, dijo,
Y la arrojó en pedazos por el suelo.

XI

Después, tranquilo ya, bajo la calma
De otro cielo mejor y diferente,
Pablo, pensando en la que estaba ausente,
En lugar de un laurel ¡le mandó el alma!



EL PASADO

DRAMA EN TRES ACTOS

Méjico. Epoca actual. La acción empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana del día siguiente.

PERSONAJES

EUGENIA	DAVID
MARÍA	MANUEL
ANTONIO	RAMIRO

Un criado



ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada, con una puerta en el fondo y cuatro laterales. Mesa en el centro con papeles y recado de escribir. Un reloj, una campana, un álbum con retratos, un velador, periódicos. Al levantarse el telón, aparecen *Eugenia,* sentada en un sofá, como meditando, y *David*, que entra de la calle y se detiene por un momento al verla.

ESCENA I

EUGENIA Y DAVID

DAVID

(¡En qué estará pensando!) (*Acercándose*). ¡Eugenia!

EUGENIA

¡Ah! ¿Eres tú, David? Qué pronto has vuelto, amigo mío.

DAVID

¿Muy pronto?

EUGENIA

Por lo menos no has tardado tanto como yo esperaba. Y, á lo que parece, vienes muy contento, ¿no es verdad?

DAVID

Y con razón: figúrate que al volver de Tacubaya me encontré, en el mismo tren en que yo venía, con un antiguo compañero de colegio, á quien tú no conoces, pero del cual

te he hablado muchas veces, citándole como el mejor y más querido de mis amigos.

EUGENIA

¿Manuel Romea?

DAVID

Sí, Manuel Romea. Muy buen muchacho: ya verás cuando lo trates. Y yo lo quiero mucho; como què es la personificación de mis recuerdos de estudiante, época, tal vez, la más hermosa de mi vida, puesto que entonces fue cuando te conocí.

EUGENIA

Gracias, David. Y, dime: ¿has visto ya *El Siglo XIX* de ayer?

DAVID

No. ¿Qué dice de importante?

EUGENIA

Trae un párrafo en que se deshace en elogios para tí, diciendo que... (*Toma un periódico y se lo enseña en el punto á que se refiere.*) mira, aquí está.

DAVID

¡Veamos! (*Leyendo*). «Tenemos el gusto de anunciar á »nuestros leciores que el célebre artista de cuyos triunfos »hablamos en uno de nuestros números pasados, ha vuel»to, después de cinco años de ausencia, á la tierra que le »vió nacer. Sabemos que este tiempo lo ha empleado estu»diando en Italia, y recorriendo las más hermosas ciuda»des del antiguo mundo; estamos seguros de que esto, »unido á su talento y á su genio, hará que el joven artista »se coloque á la altura de los más afamados pintores me»jicanos. Nosotros lo felicitamos sinceramente por s »triunfos, deseando para su frente todas las coronas q »merece.»

EUGENIA

¿Ya lo ves?

DAVID

Estas son picardías de algún buen amigo que me quiere, y que aumenta en su cariño el poco mérito que tengan mis pinturas. Porque, á la verdad, los pobres no merecen tanto. Y ahora que recuerdo, podría jurar que estas líneas han sido escritas por Manuel. Sí, es uno de los redactores de *El Siglo XIX*. Ni sabe lo que se le espera cuando venga. Voy á regañarle. Afortunadamente está aquí dentro de poco.

EUGENIA

¡Felíz de tí, que tienes quien te visite!

DAVID

Si ayer apenas hemos llegado, ¿cómo quieres que vengan á visitarte tus amigas?

EUGENIA

¿Mis amigas?

DAVID

¡Vamos! todavía no tienes razón para quejarte: Ya ves yo: no he visto más que á Manuel, y eso por una casualidad, y, sin embargo, nada digo. Estoy seguro de que mañana van á asediarnos todos nuestros conocidos, y... *(En este momento, María, que llega, interrumpe á David, arrojándose á los brazos de Eugenia.)*

ESCENA II

DICHOS, MARÍA

MARÍA

Eugenia!

EUGENIA

¡María!

MARÍA

Tú!... ¡tú!... ¡después de tanto tiempo!... dame otro abra-

zo... ¡déjame que te bese!... ¿Y usted, David, bueno? *(Tendiéndole la mano.)*

DAVID

Como siempre, María; aunque no, no como siempre, sino mejor.

MARÍA

Pues qué, ¿ha estado usted enfermo?

DAVID

Desde el momento en que dejé las playas de Veracruz... Es tan hermoso este país de flores y de volcanes, tan puro este cielo bajo cuyo azul se deslizaron las primeras horas de mi vida, que, lejos de aquí, se sintió oprimido el corazón por una ansiedad inexplicable, por una especie de nostalgía, semejante á la que Adán debió experimentar al partir del Paraíso. Y luego, que yò no puedo prescindir de las mejicanas... son tan bellas... ¡tan adorables!...

MARÍA

Gracias, en su nombre, mi querido amigo; pero no debiera usted decir eso; delante de Eugenia por lo menos.

EUGENIA

¿Por qué, María?

MARÍA

Porque te encelarás de ese cariño universal de tu marido, que, ya ves, hasta tiene la franqueza de decirlo.

EUGENIA

¡Si te digo que es más enamorado!

MARÍA

¡Ah! ¡Ah! ¿Conque esas tenemos?...

DAVID

En cambio, Eugenia es la amiga más ingrata de t[illegible] las amigas.

MARÍA

¿Cómo?

DAVID

Cuando usted llegó, precisamente estaba acusando

das sus antiguas compañeras de que la habían olvidado, y de que...

NUGENIA

Es verdad, querida; pero tú me perdonarás que lo haya hecho en medio de mi soledad y aislamiento.

MARÍA

Sin duda alguna, Eugenia, y puedes creer que si antes no he venido á verte, ha sido porque hasta hoy en la mañana me participaron la noticia de tu vuelta.

DAVID

Conque, señoritas, ustedes deben tener muchas cosas que decirse, y yo las dejo para que puedan hacerlo más libremente.

EUGENIA

¿Te vas?

DAVID

Sí, querida; tengo un poco de quehacer por allá dentro, y quiero concluir esta misma tarde si es posible. María, que no sea la última vez que nos visite.

MARÍA

No tiene usted razón para decírmelo, David: soy demasiado egoista, para no procurarme el placer de saludar á una hermana y á un amigo á quienes tanto quiero.

DAVID

Gracias.

(Saluda y vase 2.ª puerta izquierda.)

ESCENA III

EUGENIA, MARÍA

MARÍA

Y bien, Eugenia: ¿qué tal has pasado estos cinco años? ¿Te habrás divertido mucho...... habrás estado muy contenta?......

ÉUGENIA

Sí, María; porque es un gran placer vivir al lado de un buen esposo, que nos ama, á quien amamos, y cuyos triunfos en países tan artísticos como la Italia, nos llenan de orgullo y satisfacción. ¡Si vieras cuanto gocé en mi pobre casita de Florencia, el día que supe por un periódico que un cuadro de David había obtenido el primer premio!... ¡Oh!, en aquellos momentos, no me aoría cambiado por nadie, absolutamente por nadie. Dejando á un lado el sentimiento nacional, haciendo abstracción del mejicano, el autor era mi esposo, y ya tú podrás figurarte que la cosa era para volverme loca. Los diarios no hablaban más que del pintor de *El tormento de Cuahutemotzin*, que era el asunto del cuadro, elogiándole y asegurándole un porvenir de gloria y celebridad.

MARÍA

Estarías muy alegre.....

EUGENIA

¡Y sin embargo!......

MARÍA

¿Y sin embargo, qué?...... concluye.

EUGENIA

María: tú, más que mi amiga, eres mi hermana, y te lo puedo decir todo. Cuando yo consideraba que era la mujer del artista á quien todos admiraban y á quien todos ansiaban conocer; cuando yo consideraba que era indigna de llevar su nombre que era un título de gloria, y que yo manchaba con el mío, se anegaban en lágrimas mis ojos, y más de una vez me arrodillé para suplicar á Dios que me matara, que me matara para dejarle libre.

MARÍA

¡Pobre Eugenia!

EUGENIA

Cuando en el paseo, cogida de su brazo, veía yo que guno se fijaba en nosotros y hablaba al oído de su com

ñero, me parecía que aquel hombre estaba al tanto de mi situación, y que hasta se volvería á mí, para acusarme de haber unido mi nombre al de David. Y luego que los artistas se encuentran en una atmósfera tan luminosa, tan radiante, que el borrón más pequeño es advertido inmediatamente, y el mundo no perdona..... el mundo no sólo mata al gusano, sino también al inocente botón que ha carcomido.

MARÍA

¿Y David?

EUGENIA

David no me acusa; ha arrojado al olvido mi pasado; pero mi conciencia no, y la conciencia habla muy alto.

MARÍA

Es que tú no tienes que temer de la conciencia. Si tú le hubieras engañado, si te hubieras unido á él guardando tu secreto, ¡vaya! pero una mujer que tiene la abnegación y la lealtad de presentarse á los ojos de su amado con toda la espantosa realidad de la desgracia, no tiene de qué acusarse, si apesar de eso hay un hombre que le ofrece su corazón y su porvenir. Tú hiciste lo que debías, aún más de lo que debías, para que David prescindiera de tu cariño; si no lo conseguiste, si él se olvidó de todo para enlazarse contigo, ninguno tiene derecho de culparte.

EUGENIA

El mundo no sabe eso, el mundo creerá que yo he abusado de su amor para engañarle, y esto me desespera por David, que tal vez llegará á pensar lo mismo.

MARÍA

¡Vamos! Eugenia, rechaza esos pensamientos que te ıcen sufrir tan rudamente, y no te vuelvas á acordar e semejantes cosas.

EUGENIA

¡Ojalá fuera posible, María!

MARÍA

¿Y por qué no?

EUGENIA

¡Porque en situaciones como la mía, en todas partes, hasta en las sombras, los ojos no encuentran sino aquello precisamente que deseáramos arrojar de la memoria!...... Pero dejemos esto á un lado, como dices tú muy bien. ¿Quieres visitar la pequeña galería que ha formado de sus cuadros nuestro artista?

MARÍA

Iba á suplicarte que me proporcionaras es placer; así es que acepto, y te doy las gracias por haberte anticipado á mis deseos.

ESCENA IV

DICHAS Y DAVID

DAVID

¿Has oido sonar la campanilla, Eugenia?

EUGENIA

No; hemos estado tan distraídas......

DAVID

Pues á mi me pareció...... ¿pero ustedes iban á salir por lo que veo?

MARÍA

Sí, muy cerca.

EUGENIA

Iba á enseñarle tus cuadros á María.

DAVID

¡Ah! Muy bien.

EUGENIA

Conque toma mi brazo, y vamos.

MARÍA

Vamos.

(Vanse primera puerta izquierda.)

ESCENA V

DAVID, LUEGO MANUEL.

DAVID

Si me habré engañado creyendo que tocaban. ¡Vaya! ¡Vaya! Y ese chico que no viene.

MANUEL *(entrando)*.

¡Querido David!

DAVID

¡Manuel! *(Se abrazan)*. Ya me figuraba yo que no vendrías. Siéntate, hombre, siéntate, y déjame que te mire á toda mi satisfacción; pero antes, díme, ¿todavía formas parte de la redacción de *El Siglo*?

MANUEL

Sí, y comprendo por qué me lo preguntas. Has creído que el párrafo relativo á tí ha salido de mi pluma, ¿no es eso?

DAVID

Pues qué, ¿no es tuyo?

MANUEL

No, lo ha escrito un compañero que ni siquiera te conoce. ¡Ya verás!

DAVID

¡Hombre! y yo que estaba en la firme persuación de que era tuyo......

MANUEL

Conque, vamos á ver, cuéntame, ¿qué has hecho en todo este tiempo que has estado ausente?

DAVID

Poco menos que nada: pasearme en Roma ó Florencia ui todo el día, después de dar algunos brochazos en el nzo, y volverme en seguida como tú lo ves.

MANUEL

Debías añadir: después de obtener algunos triunfos en tierra clásica de los artistas.

DAVID

¿Triunfos?

MANUEL

Ya lo creo; en cuantos diarios florentinos caían á mis manos á fines del año pasado, siempre encontraba algún elogio para el autor de *El tormento de Cuahutemotzin.*

DAVID

Sí, ya recuerdo: un pobre cuadrito que tuvieron la bondad de premiar en la Exposición.

MANUEL

¿Bondad, eh?

DAVID

No, Manuel, ni digas que es modestia; si lo conocieras, te convencerías de que en realidad vale bien poco.

MANUEL

Advierte que los italianos son peritos en la materia, y que algo debe valer tu cuadro, cuando obtuvo el primer premio.

DAVID

Una casualidad......

MANUEL

Pasando á otra cosa, puesto que tus pinturas no merecen la pena, ¿qué tal viajaste?

DAVID

Algo; un poco de España, lo mismo que de Italia, Lóndres, París......

MANUEL

¡Ah! estuviste en París, ¿y qué tal?

DAVID

Ya tú lo conoces, á pesar de no haberlo visitado. Una ciudad inmensa y populosa, donde está reconcentrado to do lo bueno y todo lo malo de la tierra. El cerebro de es loca que se llama Francia, en el que es preciso estudiarl para comprenderla; porque, ciertamnnte, el que conoce París, puede decir que conoce á los franceses. Ahí es do

de puede observarse el carácter de ese pueblo, mitad hombre y mitad niño, que por una parte desempiedra una calle para alzar una barricada, representado por sus obreros, y por otra se dirige á Mabille, á divertirse, representado por una comparsa de estudiantes y grisetas.

MANUEL

Hombre, á propósito, ¿se baila allí mucho Can-Can.

DAVID

Mucho; el entusiasmo que ha producido ese baile casi raya en frenesí: aquello es una turba de furiosos, de salvajes, que se olvidan de todo para ensimismarse en sus piernas y en sus piés, y que saltan, se retuercen y se agitan. Ahí, en Mabille, más que un sitio de recreo, le parece á uno encontrarse en el infierno, rodeado por los espíritus del vértigo.

MANUEL

¿Y por supuesto que el Can-Cán está admitido en todas las clases de la sociedad?

DAVID

En todas: no temo exagerarte, si te digo que de las tres cuartas partes de la población apenas habrá una que no lo haya ensayado alguna vez. Lo que yo siento es que Méjico está contagiándose de tal manera en ese punto, que va á ser otro París dentro de poco.

MANUEL

No; aquí el Can-Can está reducido al teatro, y nada más; unas cuantas bailarinas, de piernas más ó menos afrodisiacas, y hé aquí todo. El público lo aplaude, pero no lo acepta por fortuna.

DAVID

Yo me alegro, porque el tal bailecito no es de lo más moral, ni de lo más decente que digamos.

(Eugenia y María aparecen 1.ª puerta izquierda.)

Estas señoras, por lo menos, estoy seguro que participan en todo de nuestra opinión.

ESCENA VI

DICHOS, EUGENIA Y MARIA.

MARÍA

Seguramente que sí. ¿Cómo vamos, Manuel?

MANUEL

A los piés de usted, María.

EUGENIA *(A Manuel.)*

Buenas tardes.

MANUEL

Señorita......

MARÍA

Conque ¿de qué se trataba cuando nosotras llegamos? He dicho que sí, y quiero saber qué es ello, para conformarme, ó para......

DAVID

Decía yo que el Can-Can es una innovación en la coreografía que no debe aceptar nuestra sociedad.

MARÍA

Y tiene usted mucha razón.

EUGENIA

Yo digo lo mismo que María.

DAVID

¡Ah, Eugenia! Antes de que se me olvide, quiero cumplirte mi promesa; te presento á mi amigo y hermano Manuel Romea. *(A Manuel.)* Mi esposa.

MANUEL

Señora, mucho me lisonjea contarme desde ahora en el número de sus más rendidos servidores.

EUGENIA

Gracias, caballero.

MANUEL

Acabamos de tratar de baile, y aprovecho la oportunidad para invitaros á uno que tendrá lugar en San Cosm

esta misma noche. *(A María.)* He estado ya en la casa de usted á convidarla; pero ya que mi buena suerte ha hecho que la encuentre aquí, personalmente la invito, y confío en que aceptará como Eugenia, y como David.

DAVID

Yo......

MANUEL

No, no vayas á decirme que no puedes, porque no admito excusas de ninguna especie; me he comprometido á llevarte, y no creo que seas tú quien me haga faltar á mi palabra: afortunadamente traigo conmigo las esquelas

MARÍA

Yo iré con una condición.

MANUEL

¿Cuál?

MARÍA

Que Eugenia pase por mí, para acompañarme.

MANUEL

¿Qué dice usted á eso, Eugenia?

EUGENIA

Que á mí tal vez no me sea posible asistir, porque......

MARÍA

Entonces yo tampoco iré.

MANUEL

Nada, yo les entrego á ustedes sus billetes; si no los aceptan, pueden romperlos en el acto, porque yo no los recojo.

DAVID

Pues si te empeñas, iremos: querida Eugenia, puedes prepararte para ir á tiempo por María.

MARÍA

¿Es decir que se admite mi condición?

EUGENIA

Ya lo ves.

MARÍA

Pues me voy, y á las nueve te espero en casa; ya tú sabes: la misma donde he vivido siempre. Conque, señores, hasta la vista.

EUGENIA

Voy á acompañarte. Usted tendrá la bondad *(A Manuel.)* De perdonarme si lo dejo para ir á disponer lo necesario.

MANUEL

Con tal de que usted me dé la primera danza, y consiga de María que me dé también el primer wals, le ofrezco á usted mi más completo perdón.

MARÍA

Es usted algo exigente, pero por mi parte......

EUGENIA

Puede usted contar con esas piezas.

MANUEL

Gracias.

MARÍA

Conque hasta la noche.

DAVID

Hasta la noche.

EUGENIA

¡Caballero!

(Saludando á Manuel.)

MANUEL

¡Señorita! Hasta San Cosme.

(Manuel y David las acompañan hasta la puerta del foro.)

ESCENA VII

DAVID Y MANUEL.

MANUEL

Querido; ¿cómo es que en tus cartas no me contaste que te habías casado? Al día siguiente de tu partida se sup

aquí que te habías llevado una muchacha, pero eso lo tomé yo por una simple locura juvenil y nada más. Yo ignoraba, aunque, ahora me lo supongo, que esa compañera de viaje era tu esposa.

DAVID

En efecto, Manuel, era mi esposa.

MANUEL

Permíteme que te diga que no entiendo una palabra. En aquel tiempo yo era tu amigo más íntimo, el que te acompañaba á todas partes, y entre tus novias no recuerdo haber conocido ninguna Eugenia. La última de que me hablaste fué Margarita, la querida de D. Ramiro; pero á esa ni la cuento, porque para haberle dado tu nombre, era preciso que antes hubieras perdido la razón.

DAVID

Según eso, ¿tú no te habrías enlazado con ella?

MANUEL

¡Hombre, no!

DAVID

¿Y por qué?

MANUEL

En primer lugar por mí; y en segundo lugar por los demás.

DAVID

No te comprendo.

MANUEL

¿Tú crees en la rehabilitación de la mujer caída?

DAVID

Sí: yo sostengo que la mujer es rehabilitable, cuando su alma se ha conservado pura, y, sobre todo, cuando su falta ha tenido por móvil, no la vanidad ni los placeres, sino un sentimiento noble y generoso, el de salvar la vida de una madre, como en ese caso.

MANUEL

El fin no justifica los medios, y el mundo jamás olvida

ese refrán. Cuando ve uno de sus miembros gangrenado, teme corromperse, y, sin preguntar la causa, se contenta simplemente con cortarlo. Por lo demás, no hace sino lo que tú mismo harías en circunstancias semejantes.

DAVID

¿Yo?......

MANUEL

Es claro, y te lo voy á probar en dos palabras. Un día, por ejemplo, ves á un asesino que me ataca puñal en mano, y te interpones; de esto resulta que me salvas, pero á costa de tu brazo que ha recibido todos los golpes en la lucha; pues bien, si á consecuencia de esto se gangrena, ¿te detienes en cortarlo porque haya sido el salvador de un amigo tuyo?

DAVID

Si puedo sanar, lo dejo.

MANUEL

El hecho es que eso es imposible, ó por lo menos muy difícil. Mientras el médico *Sociedad* no se convenza de que un miembro podrido es susceptible de curarse, no ha de prescindir de su sistema.

DAVID

Manuel, veo que eres muy severo en tus apreciaciones.

MANUEL

Estoy seguro de que tu piensas como yo; defiendes el caso, y no me extraña, porque Margarita está comprendida en él; pero en el fondo, tú me concedes la razón.

DAVID (*con entusiasmo creciente*)

Te engañas: yo no defiendo el caso por Margarita, com dices, sino porque es mi convicción, porque es mi creen cia, que cualquier culpable puede rehabilitarse de sus fal tas. ¡Yo no condeno como la sociedad al presidiario qu ha robado un pedazo de pan para sus hijos, yo no cond no á la pobre mujer sin educación y abandonada, que

día que se muere de hambre se vende en el vértigo de la miseria, por unas migajas de mendrugo!... ¡Yo á quien condeno es á la sociedad que no da trabajo al artesano!... ¡Al que no educa á la mujer!. . ¡Al que la compra! ¡Yo á quien condeno es á la sociedad que se enfanga y después se asusta de sí misma!... ¡A esa madre que arroja á sus hijos en el albañal y que después no quiere reconocerlos!

MANUEL

¿Y qué le vamos á hacer? Yo quiero convenir contigo en que sea una injusticia imperdonable que los hombres castiguen faltas, de las que tal vez son cómplices; pero está demasiado arraigada para que tú, ó yo, abriguemos la esperanza de destruirla.

DAVID

No: yo tengo mis ideas y mi manera de ver las cosas; pero sin la pretension de hacérselas admitir á la sociedad. Ella puede seguir el camino que le cuadre: yo, por mí parte, lo que nunca haré será sacrificar, en aras de sus caprichos y de sus necedades, ni mis sentimientos, ni mi corazón.

MANUEL

Pues serás un mártir.

DAVID

Mártir es mejor que necio.

MANUEL

Sin embargo...

DAVID

Dime, Manuel; un hombre que piensa y siente y obra por sí mismo sin consultar con la multitud, tú, por ejemplo, si un día te encontrarás con una mujer, ángel en el fondo y meretriz en la superficie, que por la primera vez despertara en tí ese anacronísmo del sentimiento que se llama amor; si al lado de esa mujer divisaras un horizonte

de cielos y un porvenir de felidad, ¿renunciarías á todo esto por el mundo?

MANUEL

¡Francamente, sí!

DAVID

¡Mentira!

MANUEL

¿Mentira?

DAVID

Tú no eres tan miserable para dejarte vencer por la preocupación.

MANUEL

Prescindo del *Qué dirán.*

DAVID

Entonces...

MANUEL

Pero no prescindo de mí mismo.

DAVID

¿Qué quieres decir con eso?

MANUEL

Supongamos por un momento que tú fueras esposo de Margarita. Dime: ¿no es verdad que en medio de tus ilusiones íntimas con ella, cuando febricitante y ebrio la tuvieras en tus brazos acariciándola, ¿no es verdad que sentirás algo como el infierno, ante el recuerdo de que aquellos labios estaban manchados por el ósculo de la impureza?

Suponiendo que tú fueras esposo de Margarita, si mañana te diera un hijo, ¿no es verdad que ese hijo tendría derecho á maldecirte por haberledado una madre, cuya mancha se reflejara sobre su frente? Pero... ¡já! ¡já! ¡já! estamos tomando este asunto tan á lo serio, que no parece sino que mi suposición es verdadera, según el ceño que me estás poniendo. ¡Vamos! querido David, espero haberte convencido por completo, y me retiro contando con que esta n-

che me referirás entre dos ponches todas las circunstancias y todos los pormenores de tu enlace. Yo te conozco, y deben ser interesantes, porque tú tienes muy buen gusto en materia de aventuras.*(Toma su sombrero.)*

Conque arreglarse y hasta la vista! *(Tendiéndole la mano)*

DAVID *(secamente.)*

Adiós.

MANUEL *(desde la puerta.)*

Mis saludos para Eugenia.

ESCENA VIII

DAVID *(solo.)*

Apoyado en un sillón permanece algunos instantes con la mirada fija y como amonadado. En sus palabras como en su acción se hará notar la lucha que sostiene.

Expresiones para Eugenia... ¡Sí, para Margarita!... ¡Y yo que nunca me había fijado en ello!... ¡Manuel tiene razón! Sus primeros besos besos, sus primeras caricias .. ¡Oh! ¡en este momento es cuando estoy sintiendo ese torcedor de los recuerdos, ese infernal suplicio del pasado!... ¡Es verdad! Yo creía tener valor para vencer esa preocupación á fuerza de cariño; pero desde hoy, ya no podré verla sin... ¡Esto es horrible! Y luego, si yo tuviera un hijo... ¡Dios mío! ¿qué he hecho para que me castigues de este modo? *(Pausa.)* ¡Nada! ¡mi porvenir destruído!. . ¡mis ilusiones tronchadas!... De hoy más no seré sino la befa de la sociedad, que me escupirá á la cara ese nombre de lodo... ¡Margarita! ¡Ah! ¡Manuel no sabe que sus palabras han hecho germinar en mi corazón!... ¡Y el baile!... ¡Es preciso que Eugenia vaya al baile!... Exploraré el terreno, así tendré algo á qué atenerme.

ESCENA IX

DAVID Y EUGENIA

EUGENIA

¡Amigo mío!

DAVID

¡Margarita .. Eugenia!

EUGENIA *(con amargura).*

David, ¿por qué pronuncias ese nombre? ¿Tienes algún motivo de queja contra mí?

DAVID

Yo...

EUGENIA

¿Juzgas acaso que no es suficiente lo que sufro, lo que el mundo me hará sufrir mañana para expiar una falta que...

DAVID *(como teniendo ser oído).*

¡Silencio!

EUGENIA

¿Y añades tú también tu insulto...?

DAVID

Eugenia...

EUGENIA

¿Crees que sea necesario que oiga yo ese nombre para acordarme de aquel tiempo en que era la...

DAVID

¡Silencio!

EUGENIA

¡Ah! yo pensaba que jamás encontraría un tormento más espantoso que el que llevo en mi misma hace cinco años, y sin embargo. .

DAVID

¡Vamos! ¡perdóname... yo te juro que... que no tuve ningún objeto al decirte esa palabra... brotó de mis labios sin saber cómo... yo te ascguro que jamás volverá á sonar en tus oídos!...

¿Estás contenta?

EUGENIA

¡David!

DAVID

¡No llores... es la primera vez que cometo esa inadvertencia, y te ruego que me disculpes!... Me parece que tengo derecho para pedirte ese favor...

EUGENIA

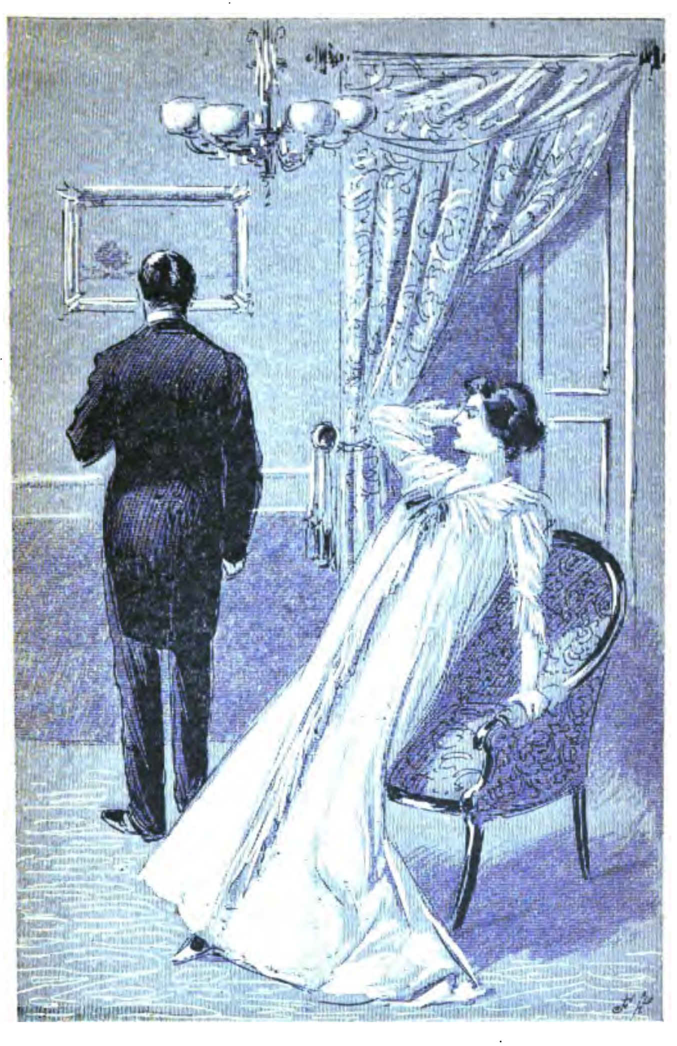
Está bien...

DAVID

¿Y ya has arreglado todo lo necesario pará ir al baile?

EUGENIA

¿El baile? No, todavía no.



David.—¡No!
Eugenia.—¡Ah!

(*El Pasado.*—Final del acto 1.º)

DAVID

¡Perezosa! pues apresúrate mientras yo voy á hacer lo mismo, porque á las nueve prometiste estar en la casa de María.

EUGENIA

¡Es verdad!

(David se retira volviendo la cara y deteniéndose á cada paso para mirar á Eugenia. Al [illegible] á la 2.ª puerta derecha, termina la vacilación de que [illegible] poseído, y como resolviéndose; retrocede [illegible] la cabeza coje entre sus manos para [illegible] Eugenia, cuya [illegible] mente en el instante [illegible])

DAVID

¡No! *(Vase [illegible])*

[illegible]

¡Ah! *(Cae [illegible])*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de [illegible] través [illegible] de [illegible] espe[illegible] bra [illegible]

[illegible]

¡Vaya [illegible] podia [illegible] casi [illegible] con [illegible] el pi[illegible] para [illegible] ¡Y [illegible] clar[illegible] les [illegible]

[illegible]

[illegible]

P
mis
Mar

(Dc
p

Sa

DAVID

¡Perezosa! pues apresúrate mientras yo voy á hacer lo mismo, porque á las nueve prometiste estar en la casa de María.

EUGENIA

¡Es verdad!

(David se retira volviendo la cara y deteniéndose á cada paso para mirar á Eugenia. Al llegar á la 2.ª puerta derecha, termina la vacilación de que ha estado poseído, y como resolviéndose; retrocede apresuradamente hasta Eugenia, cuya cabeza coje entre sus manos para besarla, soltándola bruscamente en el instante de ir á hacerlo.)

DAVID

¡No! *(Vase precipitadamente.)*

EUGENIA

¡Ah! *(Cae desplomada en el sillón cercano.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de descanso, profusamente iluminado, con dos puertas al foro, á través de las cuales se verá un patio con una fuente en el centro, rodeada de tiestos con madreselvas y plantas trepadoras. En el salón, espejos, cuadros, columnas, bustos, sofás, sillones, consolas, alfombra, candil, candelabros, todo de lujo y colocado con gusto.

ESCENA I

D. RAMIRO

¡Vaya una casualidad! ¡Ella aquí! Lo que yo menos me podía esperar en este baile. Después de cinco años en que casi había acabado por olvidarla, se me parece de repente con su verdadero nombre, y casada nada menos que con el pintorcito de David, que tiene todo el descaro suficiente para traerla á una tertulia y presentarla como su esposa. ¡Y qué bien se habrán reido de mí los dos palomos!... Es claro, después de la partida que me jugaron... pero ya, ya les arreglaré las cuentas.

ESCENA II

D. RAMIRO y ANTONIO

ANTONIO

Querido D. Ramiro.

RAMIRO

Querido Antonio, ¿cómo vamos?

ANTONIO

¿Qué diablos se hace usted por aquí tan solo? (Precisamente como yo lo necesitaba).

RAMIRO

Ya lo vé usted, fastidiarme.

ANTONIO

¿Fastidiarse?

RAMIRO

Sí, descansando de la fatiga y huyendo de ese alegre torbellino, donde tanto se baila y se divierte.

ANTONIO

¿Ha estado usted muy contento de la fiesta?

RAMIRO

¡Hombre, sí!

ANTONIO

¿Y qué tal de muchachas? ¿Habrá hecho usted muchas conquistas, no es verdad?

RAMIRO

¿Conquistas?

ANTONIO

¿Y por que no?

RAMIRO

Usted decididamente está de broma, porque de otra manera no puede comprenderse quiera convertir en Cupido á un hombre que cuenta ya diez lustros bien completos.

ANTONIO

Pues lo que soy yo, me he encontrado con una muchacha... ¡y qué muchacha!

RAMIRO

¿Bonita, eh?

ANTONIO

¡Encantadora, y sobre tono novelesca!

RAMIRO

¿Novelesca?

ANTONIO

Ya lo creo, si es todo un tipo, todo un personaje de media.

RAMIRO

¿Y esta noche es cuando usted la ha conocido?

ANTONIO

No, no, señor, hace algún tiempo; sólo que estos últimos años la había yo perdido de vista enteramente.

RAMIRO

¡Ah! ¡ah!

ANTONIO

(Es preciso que este viejo se ponga de mi parte.)

RAMIRO *(á aparte)*

(¿A dónde ira á parar ese muchacho?) ¡Conque decía usted que esa chica es una historia!

ANTONIO

Puede usted juzgarlo por sí mismo por este pasaje de su vida.

RAMIRO

A ver, oigamos. *(Se sientan.)*

ANTONIO

Figúrese usted que la joven á que me refiero vivía muy humildemente con su madre enferma en una casita de los arrabales, cuando un hombre, que probablemente era un gran filántropo, le propuso una de esas infamias que la generalidad de las mujeres no escuchan sin ruborizarse y estremecerse. La infeliz luchó por algún tiempo entre el amor de su madre y el sentimiento de la virtud; pero una noche la pobre señora se moría por falta de un mendrugo, y... ¡el cariño filial venció! El viejo vió cumplidos sus deseos.

RAMIRO

(Es Margarita, no me cabe duda.)

ANTONIO

El sacrificio fué inútil, porque la desgraciada, al acercar el pan de la deshonra á los labios de su madre, encontró que estaba muerta.

RAMIRO

¡Pobre niña...! Pero, prosiga usted, que la historia está positivamente interesante.

ANTONIO

Pues bien; al verse sola y enteramente abandonada, la joven, sin experiencia, y arrastrada por las circunstancias, se dejó engañar por su miserable protector, que en vez de esposa la hizo su querida. Ante la sociedad, pasaba por su sobrina; pero ya usted comprenderá que no todas las co-

sas pueden ocultarse, y que al cabo y al fin se supo de qué naturaleza eran aquellas relaciones.

RAMIRO

Era de esperarse; ya lo creo.

ANTONIO

Un pobre artista, sin embargo, tomando la ficción de buena fe, se enamoró perdidamente de la chica, que no habiendo amado nunca, sintió por él una atracción simpática y desconocida. Así pasaron muchos meses; él engañado y cada vez más ciego, y ella ocultando un cariño que consideraba una locura. A cada instancia del amante, ella contestaba que prescindiera de un amor que jamás podría pagarle, eludiendo la respuesta franca, tanto por no darle un golpe demasiado rudo, como por no tener que sonrojarse ante sus ojos. Una noche, sin embargo, se lo dijo todo, esperando de esta manera disuadirle; pero, por el contrario...

RAMIRO

El muchacho persistió en su idea.

ANTONIO

Y no sólo eso, sino que teniendo que partir para Italia en esos días, la víspera de su marcha se enlazó en secreto, y la mañana siguiente desapareció con ella, dejando burlado al viejo, que se hallaba postrado por la gota, y al mismo tiempo á un pretendiente que tenía el capricho de arrebatársela y hacerla su querida.

RAMIRO

¡Ah! ¿Conque había otro además del afortunado?

ANTONIO

Otro, á quien ella sólo contestaba con desprecios, sospechando tal vez sus intenciones.

RAMIRO *(bruscamente y levantándose).*

¿Y todo esto, en resumidas cuentas, á qué viene?

ANTONIO

¡Hombre! ¡Vaya una pregunta!

RAMIRO

¿Usted conoce á todos los personajes de su cuento?

ANTONIO

¿Y usted conoce á todos los individuos de mi historia?

RAMIRO

Yo á todos.

ANTONIO

Y yo también á todos.

RAMIRO

Ella es Margarita.

ANTONIO

Y él es David.

RAMIRO

Los otros dos...

ANTONIO

Somos usted y yo.

RAMIRO

Tenemos la venganza en nuestras manos.

ANTONIO

Eso es precisamente lo que yo deseo.

RAMIRO

La sociedad esta de nuestra parte.

ANTONIO

Eso era lo que pensaba.

RAMIRO

David es un artista que no sueña más que con sus pin celes y su Eugenia, y...

ANTONIO

Perfectamente, comprendo el plan de usted, y es el mismo que yo me había forjado.

RAMIRO

¡Bien! pues esta misma noche es necesario que reciba el golpe; y muy despreocupado y poco pundonoroso ha de ser, sino se encarga él mismo de vengarnos!

ANTONIO

¡Seguro! (¡Después ella será mía!)

RAMIRO

¿Qué decía usted?

ANTONIO

¡Nada! que lo demás de mi cuenta corre; yo le aseguro á usted que será el golpe de gracia.

RAMIRO

¿Qué es lo que piensa usted hacer?

ANTONIO

Ahorre usted preguntas, y obremos cada cual por nuestro lado. Cualquier medio será bueno, si el resultado corresponde á nuestros intereses.

RAMIRO

Creo que nos hemos entendido, y no sería malo...

ANTONIO

Poner manos á la obra, ¿no es verdad? Pues hasta la vista.

RAMIRO

Sí, querido Antonio, hasta la vista.

(Antonio va á salir, y al llegar á una de las puertas del foro, se detiene por Eugenia y Manuel que aparecen en ella.)

ANTONIO *(al verlos.)*

¡Ah!

ESCENA III

DICHOS, EUGENIA Y MANUEL

MANUEL

¿A dónde tan de prisa, Antonio? Señor D. Ramiro... *(saludándoles.)*

ANTONIO

Vine á orear mi frente bañada de sudor por el cansancio, y vuelvo nuevamente al baile, para aturdirme en su bullicio y en sus armonias. Si ustedes gustan...

MANUEL

¡Gracias! Eugenia está un poco fatigada, y mientras...

ANTONIO

Entonces, ustedes, dispensarán que no los acompañe; pero en cambio D. Ramiro hará mis veces.

RAMIRO

Con mucho gusto.

ANTONIO *(á Eugenia.)*

A los piés de usted. *(á Manuel,)* ¡Adiós!

ESCENA IV

DICHOS, *menos* ANTONIO

MANUEL

Vamos, Eugenia, tome usted asiento, y permítame que la presente á D. Ramiro, uno de los admiradores de David, y que hace un momento me indicaba el deseo conocerla.

RAMIRO

¡Señora!...

EUGENIA

¡Caballero!...

RAMIRO

Usted me perdonará si cree un atrevimiento la indicación que hice á Manuel de que en la primera oportunidad me presentara con la esposa de uno de nuestros más célebres artistas; pero yo soy así: cuando me encuentro con una notabilidad identifico con ella todo lo que se relaciona, me agrada conocerlo.

MANUEL

Y, más, cuando se trata de la compañera de trabajos y de estudios, como en este caso, ¿no es verdad?

RAMIRO

Seguramente, basta con que á sus ojos se haya desarrollado y tomado vuelo el genio artístico de nuestro amigo, para que sobre su frente irradie algo de la gloria que á él le corresponde.

EUGENIA

¡Señores!... (¡Qué situación tan espantosa!)

RAMIRO

Por lo demás, Manuel convenga usted conmigo en que si la carrera del artista es un calvario, el calvario de David ha de haber sido muy dulce teniendo á su lado una esposa como Eugenia.

MANUEL

Sin duda alguna; un artista de corazón como David, necesitaba una joven virtuosa como Eugenia.

EUGENIA

(¡Dios mío!)

MANUEL

Yo lo digo por mi parte; en el caso de tomar estado, elegiría á una mujer indigna.

RAMIRO *(con intención)*.

¿Que le parece á usted, Eugenia?

EUGENIA

A mí......

MANUEL

Eugenia dice lo mismo que yo; y aunque su esposo sea tan soñador que defienda la rehabilitación y quien sabe cuántas otras utopías, yo me felicito de que ella se haya interpuesto en su camino, porque, así, le ha evitado una calaverada que la habría costado muchas lágrimas.

Se levanta con naturalidad para recorrer los cuadros del salón

EUGENIA

(¡El no sabe...! ¡Qué suplicio!)

MANUEL

Yo quisiera que se hallara aquí para preguntarle si insiste todavía en sus opiniones; le pondría un paralelo para que juzgara, á ver si entonces me decía lo mismo.

(*Durante la distracción de Manuel con un álbum que halla sobre una de las consolas, Eugenia y D. Ramiro sostienen apresuradamente el siguiente aparte:*)

RAMIRO

¿Qué respondes á eso, Margarita?

EUGENIA

¿Quién le da á usted derecho para insultarme, caballero?

RAMIRO

Nada de escenas teatrales que pondrían tu situación en peor estado.

EUGENIA

Pero, en fin, ¿qué es lo que usted quiere?

RAMIRO

Casi nada: hablarte á solas un momento sobre ciertas materias que tenemos atrasadas.

EUGENIA

¡Imposible!

RAMIRO

¿Cómo imposible?

EUGENIA

Yo no puedo ni debo acceder á un capricho semejante.

RAMIRO

Te advierto que sino lo haces por bien lo harás por fuerza.

EUGENIA

Sería difícil que usted lo consiguiera.

RAMIRO

Yo pienso que es muy fácil.

EUGENIA

Manuel es amigo de mi esposo...... y.....

RAMIRO

Manuel ignora la verdad, y tù no serás tan necia que quieras descubrírsela.

EUGENIA

¡Pero usted es un infame!

RAMIRO

Tal vez; mas como esto se va haciendo demasiado largo, es preciso que termine.

EUGENIA

¡Por compasión!

RAMIRO

¿No?

EUGENIA

¡Pues bien, no!

RAMIRO

¡Perfectamente! ¡Tú quieres que Manuel, que te ve como una mujer digna y honrada, y que te llama Eugenia, te aplique lo que acaba de decir, y que reconozca á Margarita, que fué en un tiempo mi sobrina! Muy bien; ahora verás cómo eso se arregla conforme á tu deseo.

(*Yendo hacia Manuel*).

EUGENIA (*deteniéndole.*)

¡Piedad! ¡Por última vez, piedad!

RAMIRO

¡Vamos! Inventa un pretexto para dejarle, y acabemos.

EUGENIA

¡Pero, por Dios!

RAMIRO

Le suplicas que vaya á buscar á David, por ejemplo, y entretanto......

EUGENIA

Manuel.

(*Á este.*)

MANUEL

Eugenia.

EUGENIA

Voy á tomarme la libertad de inferirle una molestia.

MANUEL

Me dará usted un placer si en algo puedo servirla.

EUGENIA

Desearía que se tomara usted el trabajo de buscar á David y decirle que lo espero aquí.

MANUEL

Será usted complacida en el instante.

EUGENIA

Entonces......

MANUEL

Con el permiso de usted, vuelvo. (*Vase*).

ESCENA V

EUGENIA, DON RAMIRO

EUGENIA

¡Y bien, caballero, concluyamos!

RAMIRO

Margarita, la casualidad ha hecho que nos veamos al cabo de cinco años, y es fuerza aprovecharla para poner las cosas en su verdadero punto de vista. Tú creerás tal vez que al recogerte librándote de la miseria y del infortunio, no me impulsaba otro sentimiento que comprar de esa manera tus caricias; tú creerás que un viejo respecto de una joven no puede abrigar otra cosa que un capricho, y, sin embargo, Margarita, si tú no lo adivinaste, la verdad era que yo, inscontante por naturaleza, había sentido despertar en mi interior algo que tu presencia y tus miradas hicieron conmover y estremecerse. A fuerza de cariño, pensé hacerte olvidar mis años; confiaba en que tendrías compasión del pobre viejo, y que acabarías por amarle..... y me sonreía á solas, acariciando en mi alma esa ilusión. Yo confieso que mi edad y las circunstancias en que me conociste debieron obligarme á desecharla; pero hay casos en que el hombre se empeña en una idea, y se encuentra capaz hasta de escalar el cielo. Mi alma soñaba en que llegaría á destruir la barrera interpuesta entre nosotros; y mientras, un extraño venía y me lo arrebataba todo, absolutamente todo. Tú me dirás que un hombre puede comprarlo todo en una mujer menos el alma; tú me dirás que el oro no te constituía en la obligación de amarme; que yo no tengo derecho para quejarme contigo, ni para pedirte cuentas; más todavía, me dirás que en vez de una deuda de gratitud, abrigabas hacia mí todo el aborrecimiento de una mujer al que la ha perdido; norabuena Margarita, pero el verdadero amor es exigente, y si tú n me has perdonado tu desgracia, de la que yo te habr. salvado, amándome, yo tampoco he pedido ni puedo pe donarte que de un golpe mataras todos mis delirios y m esperanzas. Hace un instante me decías que era un infan pues bien, sí, seré un infame, pero no es á mí á quien c

bes culpar de que lo sea, sino á la fatalidad que ha hecho nacer en mí esta pasión terrible y egoista. Por lo demás, ¿crees tú que pueda yo resignarme á que un hombre me arrebate lo que yo había divinizado, lo que yo había colocado en un altar para adorarlo? ¡No, Margarita, no! Yo te he amado, te adoro todavía, y es necesario que tú me ames.

EUGENIA

¡Imposible!

RAMIRO

¿Y por qué ha de ser imposible?

EUGENIA

Porque mi alma es de David, y mis deberes......

RAMIRO

¿Tus deberes?...... ¡No! No son ni tu amor ni tus deberes los que te retienen al lado de tu esposo; porque si tú le amaras, por él mismo, sin que tu propio interés tomara parte, comprenderías los sufrimientos que le torturarán mañana, cuando la sociedad te vea á su lado, no con la frente altiva y orgullosa de la mujer sin mancha, sino con la frente humillada de la mujer que ha cometido una falta; comprenderías que él se ruborizará de tu vergüenza cuando el velo de tu pasado llegue á descorrerse, y que acabará por maldecirte al ver encadenado su porveuir al poste de su deshonra. Tú quieres permanecer á su lado, no porque la obligación te lo prescriba, sino porque en la fiebre del cariño, te olvidas de un deber que exige que te apartes, que te alejes para dejarle libre y respetado.

EUGENIA (*estallando*)

¡Dios mío! Pero ¿por qué me dice usted todo eso?

RAMIRO

Porque es preciso que veas la situación tal cual ella se presenta; porque es preciso que palpes ese doble porvenir que se te aguarda: ó el remordimiento y el hastío, viviendo con tu esposo, ó el sacrificio y la satisfacción, anteponiendo á toda su felicidad. Por otra parte, si tú no puedes vivir sin sus caricias, ¿crees que tenga para tí caricias el hombre que mañana te mire constituída en su verdugo? ¡No, Margarita! ¡Aún es tiempo de salvar á David y á tu conciencia! Una separación puede hacernos dichosos á los tres...... al que amas...... al que te ama, y á tí misma.

EUGENIA

¡Está bien......! yo......

RAMIRO

¿Accedes? ¿Te resueltos? ¡Ah! ¡Gracias, gracias!

EUGENIA

¡No, eso; nunca!

RAMIRO

¿Qué es lo que dices? Rechazas mi cariño y mis promesas?

EUGENIA

Sí.

RAMIRO

¿Las rechazas?

EUGENIA

Las rechazo.

RAMIRO

Es decir qué......

EUGENIA

Nada puede haber de común entre nosotros.

RAMIRO

Por última vez, piénsalo.

EUGENIA

Ya lo he pensado.

RAMIRO

Más tarde tal vez no haya remedio, mientras que ahora una sola palabra tuya puede evitar mayores resultados.

EUGENIA

He dicho ya que no.

RAMIRO

Enhorabuena: me retiro...... ya no volveré á molestarte ni con mi presencia. ¡Hasta luego, Eugenia! ¡Hasta luego, Margarita!

ESCENA VI

EUGENIA

¡Miserable! ¡Cómo pudo pensar que yo consentiría! ¡Hh! Si sólo el recordarlo me da miedo!...... (*Pausa.*) ¡Qué suplicio! ¡David!... ¡mis deberes!...... ¡¡mi pasado!!...... No, yo no tengo derecho á esperar que la inquietud y la calma vuelvan otra vez á sonreirme. Antes, yo no sufría más que en mis horas de reconcentración, cuando poniéndome frente

de mí misma, encontraba en vez del semblante de la niña, un semblante que me hacía bajar los ojos de vergüenza; ¡pero llegaba David, y con sus alhagos me hacía olvidarlo todo! ¡Sus caricias......! ¡Ay! ¡Ya esta tarde sus labios han pronunciado el nombre de Margarita!..... ¿Y..... mañana...? ¡Dios santo! yo no quiero que él me acuse de su desgracia...... Sufriré yo solo; pero no mancharé su nombre con el mío; no le pagaré con un infierno el paraíso que me ha dado. Serían una vileza y una suprema ingratitud. ¡Antes la muerte!

ESCENA VII

EUGENIA, MARIA Y ANTONIO

ANTONIO (*en la puerta*).

Manuel decía bien, aquí está Eugenia.

MARÍA

En efecto, Antonio. Gracias.

ANTONIO

(¿Qué habrá sucedido con Don Romiro?)

MARÍA

Que no sea yo causa de que usted desaproveche estos instantes. Le he distraído enmedio del baile para inferirle una molestia, y si desea volver...

ANTONIO

¿Me concede usted permiso? (Así veré al viejo.)

MARÍA

¡Por supuesto, y gracias! (*Vase Antonio.*)

ESCENA VIII

EUGENIA Y MARÍA

MARÍA

¡Querida Eugenia! Pero..... ¿qué tienes? ¿qué te pasa? ¿por qué lloras?

EUGENIA

¡María!

MARÍA

Vamos respóndeme, ¿qué tienes? ¿acaso estás enferma?

EUGENIA

¡Nada, no tengo nada! ¡Vete, vete!

¿Qué me vaya? ¿y por qué quieres que me vaya? No comprendo...

EUGENIA (*sollozando*).

¿Sabes tú quién soy yo?

MARIA

La compañera más querida, la amiga de mi corazón.

EUGENIA

¡No, María! ¡Yo soy la mancha que se extiende, el pantano que lo infecta todo, y que lo mata todo... soy la hija del infortunio, que no puede dar más que infortunio... la pobre criatura que no tiene derecho ni al amor, ni á la amistad, ni á la compasión, que no tiene derecho más que á la burla, y al escarnio...! ¡Vete, María, vete!... En este momento estamos solas, pero si alguno te viera aquí conmigo, te comprendería en sus desprecios y sus risas por haber tenido lástima de mi dolor y de mi llanto!... ¡Déjame!... ¡una mujer como yo, debe estar abandonada, proscrita de la sociedad, enmedio de ella, sin amparo, sin refugio... cuando más con el consuelo de sus lágrimas! En otro tiempo podía yo presentarte mi frente para que la besaras; pero, ahora, tengo miedo de que hasta tú, mi hermana, me desprecies al leer en ella este nombre maldito que la cubre. ¡¡Ayer!!

(*Alza la cabeza cubriéndose luego la cara con las manos.*)

MARIA

¡Eugenia!

EUGENIA

¡Sí, hasta tú, María, lo único que me queda ya sobre la tierra!

MARIA

¡Y David!... ¿Por qué le olvidas?

EUGENIA

¡Ah! es cierto, tú no sabes lo que esta tarde ha sucedido.

MARIA

¿Qué ha sucedido? Acaba.

EUGENIA

David...

MARIA

¡Concluye!

EUGENIA

¡Ha olvidado el nombre de su esposa para llamar! Margarita!

MARIA

¡Margarita!

EUGENIA

¡Sí, y después, cuando comprendió todo el mal que me había hecho, en un arrebato de pasión, cogió mis sienes entre sus manos convulsas para besarme, y cuando yo esperaba sobre mis cabellos el contacto de sus labios, le ví retroceder como horrorizado, desistiendo de su idea! ¡Ah! ¡María Tú ni siquieras puedes figurarte lo horrible que es un desprecio que viene del que se ama; tú ni siquiera puedes figurarte cuánto se encierra en eso de desgarrador y terrible. (*Llora.*)

MARIA

¡Vamos, amiga mía! Cálmate, no llores ni te desesperes, si sufres mucho, mi corazón, al menos, jamás te negará ni el cariño que te debe ni una palabra de consuelo en tus pesares.

EUGENIA

¡Gracias, con el alma gracias!

MARIA

Quizá no estén muy lejano el término ni el remedio...

EUGENIA

¡Sí, en la tumba!

ESCENA IX

DICHAS, DAVID, MANUEL, ANTONIO, *y después* UN CRIADO

MANUEL

¡Bah! querido David, fuerza es que te convenzas. No debes tomar á pechos un asunto que en nada te concierne.

DAVID (*sombrío.*)

¿Que en nada me concierne?

MARÍA

¿Qué sucede, Antonio?

EUGENIA

¿Manuel, de qué se trata? (*Con interés.*)

ANTONIO

Cualquiera cosa, señoritas; ha oido David, en un grupo. ırmurar de una joven que se halla en este baile, y ha ido á su defensa.

MARÍA

¿Y qué decían?

EUGENIA

Sí, ¿y cómo se llama?

ANTONIO

Yo no oí su nombre, si es que lo dijeron. Nosotros (*Señalando á Manuel*) llegamos cuando refiriéndose á sus antecedentes, opinaban que su esposo hacía muy mal en traerla á tertulias como ésta, de personas honradas y de educación.

MANUEL

Eso ha sido todo; pero este David, en su genio quijotesco ha querido probarles que en algunas circunstancias la mujer es perdonable y en sus debilidades y en sus extravíos, y que...

CRIADO *(entrando).*

Me han dicho que traiga esta carta.

ANTONIO

[Ha llegado la hora.]

CRIADO

Es del amo de la casa.

DAVID

¿A quién te dijo que la dieras?

CRIADO (*Señalando á Eugenia.*)

¿La señora se llama Margarita?

DAVID (*reprimiéndose.*)

La señora se llama Eugenia.

CRIADO

Eso es, sí, pues entonces es para la señora.

(*Se la da y se retira*)

MANUEL

(Pues, señor no entiendo una palabra).

EUGENIA

¡Dios mío! ¿Qué contendrá esta carta? [*La abre y lee aparte.*]

«Señora: su nombre y su reputación corren ya de boca »en boca entre los convidados; si usted quiere evitarse y »evitar á su esposo una vergüenza, me atrevo á suplica »que abandone mis salones, tal vez muy peligrosos p »usted.

(*Eugenia permanece como petrificada, viendo á David que arrebata la carta, sin que ella oponga resistencia. David re rre el papel, y se lanza sobre Eugenia, deteniéndose en momento casi de tocarla.*)

DAVID

¡Tú! ¡no!... yo... ¡la fatalidad!

(Sale precipitadamente entre los demás que le abren paso. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

(Decoración del acto primero)

ESCENA I

MANUEL, *un* CRIADO

MANUEL

¿Es decir que no ha vuelto todavía?

CRIADO

No, señor, no ha vuelto. Vino con la señora, y salió inmediatamente, llevando su caja de pistolas.

MANUEL

¿Su caja de pistolas? ¿Y Eugenia?

CRIADO

Está en su habitación. Si usted quiere que la llame...

MANUEL

No, no, déjala. ¡Ni podría yo verla frente á frente! ¡Sin intención me he convertido en su verdugo! ¡Pero como había de sospecharme!... Y David... Cuánto le habrá torturado lo que esta tarde le dije en el entusiasmo de la discusión. ¡Si yo lo hubiera sabido! Hasta cierto punto yo tengo la culpa de todo esto. ¡Qué diablo! Por lo pronto lo que debo hacer es evitarle otra desgracia, ya que esta es imposible remediarla. (*Al criado.*) Si viene tu amo, le dirás que me espere, ¡eh! que le necesito.

CRIADO

Está muy bien, yo le avisaré.

MANUEL

Apresurémonos antes que sea tarde. (*Vase.*)

ESCENA II

EL CRIADO Y EUGENIA

EUGENIA

¿Quién hablaba aquí contigo?

CRIADO

El señor Romea.

EUGENIA

¿Vino á buscar á David?

CRIADO

Sí, señora; le dije que no estaba en casa.

EUGENIA

Bueno puedes retirarte.

(*Vase el criado.*)

ESCENA III

EUGENIA (*sola.*)

¡Qué día tan horrible! ¡Al fin se han realizado todos mis presentimientos! Era fuerza que sucediera de ese modo; era fuerza que en la campana del destino sonara la hora de la expiación y del castigo. Esta noche se ha forjado el primer eslabón de la cadena que debe sujetarme á los dolores. (*Pausa.*) ¡Pobre David! ¡Cuánto habrá sufrido á causa de su infeliz esposa! ¡Ah! ¡todo el cariño que una mujer puede encerrar dentro de su alma no sería suficiente para curar la herida, para cerrar la llaga que ha abierto en su corazón el puñal de mi pasado! Yo nunca debí consentir en este enlace, que á el como á mis nos condena á un martirio siempre palpitante y siempre negro. ¡La sociedad es muy severa! ¡Juzga y sentencia sin ninguna compasión para el culpable! ¡Y si se conformara nada más con eso!... Pero en su fallos incluye hasta al inocente, al que no ha tenido otra falta que disentir de su opinión y despreciarla. Porque David, ¿qué culpa tiene David de mi desgracia? ¡Y yo no tengo ni á quién acusar!... ¡mi madre!... ¡no, no! ¡Mi santa y buena madre ni siquiera se figuraría en el instante de abandonar la tierra que en ese mismo instante su pobre Eugenia se vendía para comprarle otras cuantas horas de existencia! ¡No, yo no tengo derecho ni á su gratitud; cuando más á su perdón... á que no me maldiga der de el cielo!...

ESCENA IV

EUGENIA, ANTONIO

ANTONIO (*colocando su sombrero en la silla próxima á la puerta*)

¡Magnífico! Está sola; entremos. Buenas noches Eugenia

EUGENIA

Antonio, buenas noches. ¿Á qué debo ver á usted á estas horas por mi casa?

(*Antonio se sienta á la invitación muda de Eugenia.*)

ANTONIO

Eugenia, después de lo que ha pasado en el baile de San Cosme, creí que no era conveniente á mi dignidad, como verdadero amigo de usted y de su esposo, permanecer en el salón un solo instante, mi carruaje estaba á la puerta, y me resolví á venir á acompañarlos.

EUGENIA

Gracias.

ANTONIO

Usted me hará justicia en creer que he sentido como ninguno la desagradable ocurrencia de que yo mismo fuí testigo á mi pesar.

EUGENIA

Antonio...

ANTONIO

Porque en fin, usted no merecía que la hubieran abochornado con un desaire tan grosero.

EUGENIA

¡Ah!

ANTONIO

Pero usted no debía haber aceptado la invitación, considerando que...

EUGENIA

(¡Esto más!)

ANTONIO

Esas gentes sin educación y...

EUGENIA

Caballero: podía usted haberme ahorrado una visita cuyas intenciones se traslucen tan á las claras.

ANTONIO

¿Porqué dice usted eso, Eugenia?

EUGENIA

¡Porque sus palabras, aparentemente de consuelo, no son en el fondo sino un insulto cobarde y miserable!

ANTONIO

Eugenia: permítame usted que le diga que me ha com-

prendido muy mal, y que ignoro qué razones pueda usted tener para justificar lo que me ha dicho.

EUGENIA

¿Sí? ¿Piensa usted que desconozco el origen de lo que ha sucedido? ¿Cree usted que yo no he adivinado en que cabezas ha nacido el pensamiento de perderme, el pensamiento de despertar y avivar la murmuración, para que arrojara sobre mi frente lo asqueroso de su insulto? ¡Ah! Ustedes los hombres de mundo y del gran tono son así... ¡infames y mezquinos!... Se figuran que con el dinero pueden alcanzarlo todo; y cuando se encuentran con una mujer que sabe resistir á sus caprichos criminales, porque no quiere conventirse en mercancía, se vengan de ella, como usted, haciendo una arma de su debilidad y de sus faltas. Se llaman católicos y filántropos, y entienden la caridad á su manera perdiendo á una desgraciada que se muere de hambre, y siendo los primeros en el cinismo para levantar la piedra y arrojársela.

ANTONIO

No sabía yo que tenía usted este otro mérito. Sabe usted disertar perfectamente.

EUGENIA

¡Yo también ignoraba que á más de infame fuera usted cobarde!

ANTONIO

Dejémonos de insultos, y acabemos. El incidente de esta noche ha puesto la situación de usted desesperante, su esposo la abandonará probablemente, hasta ahora, y usted, en el último resultado, se hallará sola y sin apoyo, reducida á la mendicidad y á la miseria. Este porvenir se ve tan claro, que ni siquiera se puede poner en duda abrigando otra esperanza; lo necesario es evitarlo en cuando quepa. Si usted quiere, mañana mismo tendrá lugar esa separación, pero al menos no le faltará con qué vivir, no digo en la comodidad, hasta en la opulencia.

EUGENIA (*indignada*).

¡Caballero!

ANTONIO

Permítame usted concluir. En otro tiempo, cuando hubiera sido muy fácil hacer feliz á un hombre que amaba, aceptando sus promesas, usted se mostró infle

ble, inexorable; despreció sus ruegos y sus lágrimas, porque en el horizonte de la vida, divisaba usted un mundo más risueño, un porvenir más halagador y más querido. Pues bien, Eugenia; hoy que el amor de ese hombre vive todavía, hoy que de rodillas viene á pedirle y á suplicarle nada más que un poco de cariño; hoy que David, ese mundo y ese porvenir soñados, se ha vuelto un imposible para usted, Eugenia, ¿no tendrá derecho su pobre amante de ha cinco años para ofrecerle con su corazón y sus riquezas una tabla salvadora en su infortunio? ¿No tendrá derecho para decirla; huyamos á Europa nadie nos conoce, buscaremos un lugar aislado, oculto entre flores, y allí, unidos los dos por el cariño; obligaremos á la fortuna á que vuelva á mostrarnos su sonrisa?

EUGENIA

¡Basta!

ANTONIO

¿Pero qué responde usted, Eugenia?

EUGENIA

Le perdono á usted este nuevo ultraje, pero puede evitar el continuarlo.

ANTONIO

Es que yo...

EUGENIA

De lo contrario me veré en la necesidad de llamar á mis criados para que le arrojen.

ANTONIO

¿Me amenaza usted entonces?...

EUGENIA

Es simplemente una advertencia.

ANTONIO

¡Ah! Sí; como la que recibió usted en la tertulia; ¿no es verdad?

EUGENIA

¡Caballero, salga usted de aquí en el acto!

ANTONIO

Una palabra nada más. Si mañana cuando usted haya mprendido que en esta casa nada tiene que esperar; que ıvid será para usted un remordimiento y una acusación ıstantes; si mañana, recordando lo que hoy le he pro-ıido, quiere usted acojerse en los brazos...

EUGENIA

¡Miserable! *(Dirigiéndose á la campanilla.)*

ANTONIO *(deteniéndola.)*

No es preciso que usted llame, me retiro. La amo á usted demasiado para desear que la crónica escandalosa de mañana la tome por dos veces á su cuenta.

EUGENIA

En el instante salga usted de aquí.

ANTONIO

Obedezco... ¡está muy bien! (*tomando su sombrero*) Adiós, Margarita; y cuente con una invitación para mi próximo baile.

EUGENIA

¡Esto es ya demasiado, Dios mío!

ANTONIO

¡Vaya, vaya, ¡Adiós!

(*Vase.*)

ESCENA V

EUGENIA, *después* MARÍA

EUGENIA

¡Virgen santa! ¿Qué he hecho yo para que me atormente de esta manera mi destino? ¿Què he hecho yo para no ver en mi derredor más que implacables verdugos que en su crueldad hacen una diversión de mis dolores?

MARÍA

¡Eugenia!

EUGENIA

¿Le has visto?

MARÍA

¿Á quién?

EUGENIA

Á Antonio

MARÍA

Le vi subir á su carruaje; ¿por qué me lo preguntas?

EUGENIA

¿Sabes á que vino?

MARÍA

No, ni pudiera sospecharme...

EUGENIA

Á cebarse en su venganza y á ofrecerme una limosna,



Eugenia.—¡Miserable!
Antonio.—No es preciso que usted llame, me retiro.
(*El Pasado.*—Acto 3.º—Escena IV.)

proponerme que abandonara á David para marchar con él á Europa.

MARÍA

Pero ese hombre es un infame....

EUGENIA

Sí, un infame que ha aprovechado la ocasión de devolverme todo el odio que le tengo, y pagarme todo el aborrecimiento que me inspira.

MARÍA

¿Y tu esposo no ha vuelto todavía?

EUGENIA

¡No ha vuelto, se fué prohibiéndome que le siguiera, ó mandara seguirle, y yo me temo que le haya pasado una desgracia! Manuel vino á buscarle, y en este momento tal vez sea el único que le acompañe. ¡Su amigo íntimo... el primero que me ha acusado de mi falta, ignorando todo el martirio que me causaban sus palabras! ¡Ah! si yo no hubiera estado convencida de lo contrario, habría creido que era intencional aquella especie de placer con que parecía gozarse en mi tormento. Yo le disculpo y le perdono.

MARÍA

¡Pobre amiga mía!

EUGENIA

¡Pobre amiga tuya!... Si, soy muy desgraciada!... tienes razón para compadecerme... es tanto lo que sufro, que yo no sé lo que sería de mí si esto durara mucho tiempo. ¡Hace un momento quería llorar, y mis ojos no han tenido ni una lágrima!... la muerte... me parece como el último refugio que me concede el cielo.

MARÍA

Eugenia: no me hables de ese modo, si no quieres que llore yo también contigo. Es verdad que tus quejas son muy justas, y que no tienes más seno que el mío para depositarlas; pero no debes desesperarte, ni pensar en esas cosas. Tú no me harás el agravio de creerme indiferente á tus pesares, soy tu hermana, y tengo derecho á compartirlos y á sufrir con ellos.

EUGENIA

¡Perdóname! pero tú lo has dicho, no tengo más amiga que tú para decirle mis quejas y llorar con ella, tú, mi buena María, que me hablas de tu corazón y de tu cariño,

enmedio de los insultos con que los demás me agobian; tú, que vienes á mi lado en estos momentos de lucha y agonía á enjugar el llanto de maldición que corre de mis ojos *(Dan las tres.)* Una, dos tres, que noche es ya,

MARÍA

Las tres.

EUGENIA

Y David que no viene todavía.

MARÍA

Ya no debe tardar, lo esperaremos.

EUGENIA

No, María, tú te vas á descansar en mi habitación mientras él vuelve. Después, yo te prometo ir á hacerte compañía.

MARÍA

Le aguardaremos las dos, Eugenia, yo no quiero dejarte sola.

EUGENIA

¡Vamos! dentro de un minuto estaré á tu lado; entre tanto rezaré mis oraciones, y le pediré á mi madre que me dé lágrimas y valor para seguir sufriendo.

MARÍA

Y cuando acabes...

EUGENIA

Inmediatamente iré contigo.

MARÍA

Con esa condición, acepto. Hasta luego, Eugenia.
(Besándola.)

EUGENIA

Adiós, María. Reza tu también por mí.

MARÍA

(¡Pobre Eugenia!(*Vase.*)

ESCENA VI

EUGENIA (*sola*)

¡Aprovechemos los instantes; no hay tiempo que per-der! Es necesario que todo haya concluido para cuand él llegue. Ya que en un arrebato de cariño tuve la debil dad de dejarme vencer por sus alhagos y sus ruegos, a cediendo al enlace de dos almas separadas por el abism de la deshonra, yo tengo la obligación de remediar, e cuanto sea posible, los efectos de aquel momento de loc

ra. Sí, sí, Eugenia, ¡valor! No tiembles ni vaciles para cumplir con tu deber. (*Toma un álbum, entre cuyas fotografías se supone que está la de David.*) El que amas, el que adoras, éste, éste que te ha acariciado tantas veces, te deberá á lo menos el sacrificio de tu vida por su libertad y por su dicha! ¡Te lo ordena tu pasado!... ¡mi pasado!... ¡Sí, acabemos! (*Toma un pliego de papel y escribe.*) Ahora sí. (*Cierra la carta, extrae el retrato y lo besa repetidas veces.*) ¡Adiós! ¡Adios! ¡Amado de mis sueños! (*toca la campanilla y aparece un criado*)

ESCENA VII

EUGENIA Y UN CRIADO

CRIADO

¿Llamaba usted, señorita?

EUGENIA

Sí acércate. David ha de volver dentro de poco, no le digas que he salido. Cuando te llame le entregas esta carta.

CRIADO

Está muy bien. Así lo haré.

EUGENIA

No agregues ni una sola palabra más. Si María, la joven que está en mi habitación, sale y te pregunta adónde he ido, le dirás que no me has visto, que no lo sabes, ¿entiendes? que no lo sabes. Toma. (*Le da un bolsillo.*)

CRIADO

Gracias, señorita.

EUGENIA

No olvides nada de lo que acabo de decirte.

CRIADO

Pierda usted cuidado, no lo olvidaré.

(*Vase el criado y vuelve al mutis de Eugenia. Esta toma su abrigo, que estará sobre una silla, se arrebuja en él y sale apresuradamente sin volver la cara. Al llegar á la puerta del fondo, se detiene como vacilando, y resolviéndose al cabo dice.*)

EUGENIA

¡Adiós! ¡Adiós! (*Vase.*)

ESCENA VIII

EL CRIADO *solo*

Pues, señor, yo no sé qué cosas suceden esta noche en casa: el portón abierto hasta las tres de la mañana; visitas

y carruajes; ¡el amo que entra por un lado y la señora que sale por otro!... Aquí debe haber algo, y algo grave necesariamente Nada! Yo voy á seguirla y á acompañarla, aunque sea de lejos, siquiera para que no vaya á pasarle una desgracia. Pero ¿y la carta? Cuando ella me hizo tantas recomendaciones, debe ser de mucha importancia que la entregue. (*Suena dentro un campanillazo.*) Apropósito: parece que el amo llega. Tentaciones me están dando de decírselo todo, y de... pero no, más vale hacer lo que se me ha ordenado.

(*Se coloca tras de la puerta para que no le vean. David y Manuel que llegan. Después de un momento se va.*)

ESCENA IX

DAVID Y MANUEL

MANUEL

Gracias á Dios que hemos llegado. Entra y descansa para que te acuestes en seguida á ver si el sueño y la reflexión consiguen de tí lo que yo me he empeñado vanamente en alcanzar.

DAVID

Es por demás que insistas; lo he pensado mucho, y mi resolución es invariable. Mañana, ó yo, ó ese hombre, quedaremos en el campo. ¡Si él ha querido tener el gusto de insultarme en plena sociedad, insultando á mi esposa, yo se lo amargaré matándole, sí, matándole!

MANUEL

¿Y quién te ha asegurado que D. Ramiro fué el que......?

DAVID

Ninguno otro puede haber sido más que ese viejo ridículo y cobarde.

MANUEL

Suponiendo que él sea: ¿según tu manera de ver te ha deshonrado?

DAVID

Sí.

MANUEL

Y hablando razonadamente, ¿qué provecho crees tú qı te resulte de ese duelo?

DAVID

Ya te lo he dicho: vengarme.

MANUEL

¿Eso si tú quedas vencedor en la partida, pero si, por el contrario, á él le favorece la casualidad?

DAVID

No seré la befa y el baldón de todos, y además habré hecho cuanto pudiera exigirme mi conciencia de hombre honrado.

MANUEL

No, no; en vez de lavar esa deshonra, lo único que alcanzarás será prestarle mayores proporciones y darle más publicidad; tu conciencia no puede ordenarte eso.

DAVID

¿Es decir que yo debo sufrir con los brazos cruzados este ultraje? Ó me aconsejarás que lleve este negocio á los tribunales...... ¿no es así, Manuel?

MANUEL *(impaciente)*.

¡Vamos!

DAVID

¡Para que mañana todos me señalen con el dedo como un hombre sin dignidad y sin honor! Para que mañana mi satisfacción sea imposible, porque para la murmuración y la calumnia no hay espada.

MANUEL

Todo esto se habría evitado, si en vez de dejarte arrastrar por tus ideas, hubieras reflexionado un poco en las terribles consecuencias á que habian de conducirte.

DAVID

¡Manuel!

MANUEL

Una amistad de veintiún años, que tú no puedes poner en duda, me da derecho para decirte esto. Sí, David; si tú hubieras meditado entonces seriamente; si tú hubieras sofocado el amor de Eugenia en sus principios; si no hubie-ras unido tu nombre con el suyo, en este instante no estaría destruído el edificio de gloria en que has trabajado tanto tiempo, ni verías muerto en tu alma hasta el cariño de esa misma mujer por quien hiciste el sacrificio de tu porvenir, olvidándote de que un hombre como tú, un artista, pertenece á la sociedad antes que todo...... á ese terrible juez, que ya lo has visto, no perdona. Enhorabuena

los principios filantrópicos, los principios de caridad y de perdón; pero eso se deja para Cristo. Un soñador, un obrero de la gloria, que tiene necesidad del mundo para realizar sus ensueños, debe apartar á un lado esas ideas, que en el siglo diez y nueve no son más que utopías. La naturaleza de la sociedad es esa: intransigible y exigente. Es una llaga que no admite en su derredor á los leprosos; es un mendigo que no consiente en su derredor á los harapos...... no le hagas ver tus formas, y estará contenta. Permite que lo seas todo, menos miseria. Es preciso que te conformes por haber cumplido tus caprichos.

DAVID

¿Y Eugenia?

MANUEL

La abandonas, asegurando su porvenir, para que mañana no tenga que pedir una limosna.

DAVID

No, yo no puedo ni debo cometer con ella semejante crimen, mi corazón se resiste á una infamia semejante.

MANUEL

¡Entonces déjala á tu lado, eso es lo más sencillo!...... Si tú quieres ver repetidos día por día, hora por hora y minuto por minuto, el infierno y el sonrojo de esta noche, déjala á tu lado y resuélvete á......

DAVID

María llega: silencio.

ESCENA X

DICHOS, MARIA *luego un* CRIADO

MARÍA

¿Y Eugenia?

DAVID

¿Cómo? Pues qué, ¿no está en su habitación?

MARÍA

Ahí he estado yo esperándola...... me obligó á retirarme con la promesa de que pronto iría á descansar conmig pero......

DAVID

¿Entonces?......

MARÍA

Yo me sospecho que, en la inquietud de ver á ust

haya salido acompañada de algún criado para buscarle.

MANUEL

Pronto nos convenceremos de lo cierto.

(*Toca la campanilla.*)

MARÍA

(Yo no sé qué presentimiento horrible me acomete,)

CRIADO

Señor......

DAVID

¿Has visto tú salir á Eugenia?

CRIADO

Sí, señor, salio como á las tres de la mañana. Me encargó que le diera á usted esta carta. (*Se la da y vase*)

DAVID

¡Una carta! ¡Su letra!

(*Rasga violentamente el sobre y lee con marcada agitación.*)

«David: ¡perdóname si no te doy el beso de esta despe»dida eterna! ¡Creiste ser feliz con el amor de una mujer »manchada; te engañaste! ¡Adiós! ¡para siempre!...... ¡El »mundo y tu felicidad exigen que te deje libre! Yo no »debo arrastrarte en mi desgracia, haciéndote víctima y »solidario de mí *¡Ayer!* Dios tendrá misericordia de mí, ya »que los hombres me la niegan. ¡David! ¡perdón! ¡olvida á »tu infeliz Eugenia, y adiós, adiós!» (*Declamando.*) ¡Pero »esto es imposible!» (*Vuelve á leer.*) «¡Adiós para siempre!... »¡Olvida á tu infeliz Eugenia!... y...» (*Declamando.*) «¡No, »no, Eugenia... espérame, perdóname... ya voy, ya voy! *¡Yo »te adoro á pesar de tu pasado!»*

(*Se encamina vacilante hacia la puerta como para correr, y al hacerlo se desploma.*)

MARÍA (*acercándose.*)

¡Pobre mujer!

MANUEL (*señalando á David.*)

¡¡Sí, y pobre mártir!!

(*Telón rápido.*)



ÍNDICE